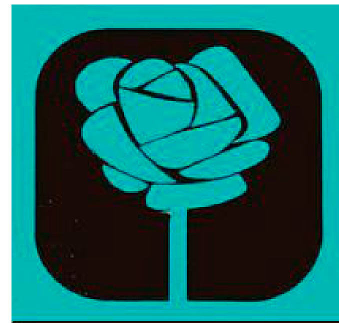


Margaret Rome

Aventura en el Amazonas

LDS

¡Curupira… el salvaje! No era de asombrar, pensó Rebel, que los nativos de la selva amazónica hubieran dado ese nombre a Luis Manchete. Ella nunca había conocido a nadie como él: un hombre civilizado que parecía pertenecer a la alta sociedad de Brasil y que sin embargo, se encontraba en su ambiente en las profundidades de la jungla.

Rebel comprendió, cuando se encontró a solas con él en este medio salvaje, que era un hombre fascinante.

¿Seguiría siendo el Amazonas su único gran amor?



Margaret Rome

Aventura en el Amazonas

Bianca - 20

ePub r1.0
jala 19.07.16

Título original: *The wild man*
Margaret Rome, 1981
Traducción: Luz María Trejo
Publicado original: Mills and Boon Romance (MB) - 1707 y en:
Harlequin Romance (HR) - 2428

Editor digital: jala
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

—No falta mucho para que toquemos tierra, señorita. Calculo que nuestro avión aterrizará en los próximos quince minutos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Rebel, asomándose por enésima vez para contemplar el panorama. El pequeño avión de la selva había volado sobre un mar de árboles, una monótona espesura verde que se extendía interminable por todos los límites del horizonte: la cuenca del Amazonas, uno de los pocos lugares de la Tierra vagamente conocidos por el hombre. Era una región con zonas en donde el hombre blanco jamás había puesto el pie, donde los únicos caminos disponibles eran los ríos y donde había territorios completos marcados en los mapas oficiales del Brasil como regiones inexploradas. Durante siglos, esta parte del mundo había atraído a exploradores, bucaneros y aventureros, que llegaban en busca del fabuloso «El Dorado», donde se suponía que las casas estaban hechas de oro, con techos de plata, y las calles estaban cubiertas con piedras preciosas, en lugar de piedras comunes.

Al mirar a su padre, sentado frente a ella, sonrió. No tenía aspecto de aventurero. Con la figura delgada, los hombros caídos y el aire un poco distraído, resultaba la representación típica de un profesor. Sin embargo, él también había sucumbido al encanto del Amazonas; pertenecía a la legión de hombres que la selva amazónica había cautivado, como una hermosa, fascinante, misteriosa y a veces peligrosa amante.

—No soy ningún experto en navegación, señorita —contestó el joven estudiante de Ciencias, sonriendo—. A pesar de las veces que he hecho este recorrido, todavía me siento tan desconcertado como

usted por estos kilómetros y kilómetros de monotonía. Es esto —indicó el reloj que rodeaba su muñeca— lo que me indica que nuestra llegada es inminente.

—Fue muy amable al realizar un viaje tan tedioso como éste para irnos a recibir al aeropuerto —declaró el profesor Storm con una sonrisa—. Mi hija y yo le estamos muy agradecidos, señor Domínguez.

—Por favor, llámenme Paulo —suplicó el joven brasileño al profesor, aunque con los ojos fijos en el perfil de Rebel, que había vuelto la vista hacia la ventanilla—. No tienen nada que agradecerme. Estoy a sus órdenes. Además, no hago más que cumplir las instrucciones de mi jefe.

—¡Ah, sí! —Los ojos azules del profesor se iluminaron—. He oído hablar mucho sobre el señor Luis Manchete, y todo lo que me han dicho es bueno. Estoy deseando conocerle. Dígame —se inclinó hacia adelante con expresión ansiosa—, ¿conoce tan bien como se dice a los habitantes de lo más profundo de la selva amazónica? ¿Realmente visita y tiene conversaciones con tribus de prehistóricos cazadores de cabezas?

—Así es, profesor. —Paulo asintió con firmes movimientos de cabeza y su expresión se volvió de pronto solemne—. Sin embargo, se vuelve muy callado cuando estos pueblos son el tema de la conversación.

—Pero ¿por qué? —El profesor pareció asombrado—. Sin duda alguna, como uno de los pocos blancos que han ganado la confianza de los salvajes, debe sentirse obligado a compartir sus conocimientos con el resto del mundo, ¿no cree usted?

—No sabría qué decirle. —Paulo frunció el ceño—. Es un hombre difícil de comprender… y no lo digo a modo de crítica —les aseguró a toda prisa—. Puede ser severo, hasta autócrata, si ustedes quieren, y nunca se muestra inclinado a hacer confidencias; pero no lo cambiaríamos por ningún otro hombre, ni nos gustaría que fuera de otra manera. Yo sólo puedo especular sobre sus posibles razones para guardarse los conocimientos que ha adquirido sobre las tribus olvidadas.

—¿Y cuáles son las razones que supone? —preguntó el profesor, interesado.

—El señor Manchete, como usted sabe, es funcionario del

Consejo Nacional de Investigaciones Amazónicas, una organización fundada inicialmente para proteger a los indios y para evitar que los exploradores blancos explotaran las riquezas aparentemente ilimitadas de la selva.

—¿Proteger a los cazadores de cabezas de los hombres blancos? —preguntó Rebel, con voz divertida—. ¿No debería ser al revés?

—No, señorita —explicó Paulo, alentado por el interés de ella—. El número de indios que sobrevive en la actualidad es sólo una fracción de los que existían a principios del siglo XVI, cuando los primeros hombres blancos llegaron e introdujeron las enfermedades europeas que diezmaron tribus enteras. El sarampión, por ejemplo, es una enfermedad que en los niños blancos pasa en cosa de días; en cambio, es una enfermedad mortal para el indio, que no tiene inmunidad contra ese germen. La gripe es también otro cruel asesino. A la luz de tal experiencia, es fácil comprender la violenta oposición del señor Manchete a los planes de nuestro gobierno de ir venciendo la selva por la construcción de carreteras que ayudarían a promover la explotación maderera, la minería y la ganadería. Él es miembro de nuestra aristocracia y, por lo tanto, está acostumbrado a ser escuchado. Sin embargo, en este caso la codicia de los especuladores ha tenido preferencia sobre las necesidades de los nativos. La negativa del señor Manchete para que los forasteros penetren al interior de la selva es, creo yo, su protesta privada contra una política con la cual está en completo desacuerdo.

—Entonces, me temo que tampoco nos aprobará a nosotros —lo interrumpió Rebel—, porque una autoridad superior ya ha aprobado nuestra expedición.

Paulo titubeó, distraído en admirar la belleza de la muchacha. Su rostro era frágil, la mirada altiva, la expresión de la boca dulce y los ojos azules y muy grandes. El pelo, rubio y largo, lo peinaba en unas trenzas recogidas en la cabeza.

—En esta zona no hay autoridad superior a la del señor Manchete —dijo, revelando una adoración por su jefe, que a ella le pareció irritante—. Aquí su palabra es la ley. Los nativos le llaman Curupira que puede traducirse como «espíritu de la selva» o, como insisten algunos que han sufrido el látigo de su furia, «el salvaje».

Los ojos de Rebel reflejaban ira. Solía ser inmune a las antipatías instantáneas y a los prejuicios. Su padre la había enseñado a

mantener la mente siempre abierta, a estudiar con cuidado todo lo que veía, oía y experimentaba, antes de hacer observaciones personales sobre cualquier tema, incluyendo a las personas. Pero en este caso no siguió el consejo de su padre. Sin intención de hacerlo, Paulo había pintado al hombre que iban a conocer, que se suponía sería su anfitrión y su guía al interior del Amazonas, como un autócrata rey de la selva.

—Su jefe me da la impresión de ser un hombre insufrible —dijo ella para asombro del joven científico—, pero si esperan que aceptemos sus órdenes con la misma docilidad que los nativos, se va a llevar una sorpresa.

—¡Vamos, Rebel! —dijo su padre con voz aguda—. ¿Cuántas veces te he dicho que debes contener esa lengua tan impulsiva? Tú sabes lo mucho que el éxito de esta misión significa para mí. ¡No voy a permitir que la pongas en peligro! ¿Cómo puede disgustarte un hombre al que todavía no conoces? Vas a quedar como una tonta, si resulta ser un hombre considerado, bondadoso y encantador, de lo que no tengo la menor duda. Por favor, Paulo, no haga caso a mi hija. Estoy seguro de que cambiará de opinión en cuanto conozca al señor Manchete, ¿no cree usted?

La amplia sonrisa de Paulo pareció indicar cierta diversión secreta, una diversión que no parecía dispuesto a compartir, porque dijo con ligereza:

—El encuentro será… bueno… interesante para ambas partes, con sorpresa para todos. No puede saberse el impacto que causará en Curupira una mujer cuyo nombre significa «rebelde».

La discusión terminó bruscamente, cuando el piloto indicó que iba a aterrizar en un gran claro de la selva. Cuando Paulo la ayudó a bajar, su primera impresión fue que había bajado a un vasto y exuberante invernadero lleno de humedad y calor tropical. Los árboles eran gigantescos y el interior de la selva estaba envuelto en la oscuridad, privado de la luz del sol por su techo de hojas. Las lianas colgaban como serpientes de los troncos de los árboles y subían enroscándose en ellos, buscando la supervivencia.

—Aquí viene nuestro comité de bienvenida —dijo Paulo, indicando a un grupo de nativos que se acercaban a ellos a toda prisa.

Rebel se impuso a sí misma la obligación de no mostrar

turbación cuando los hombres se acercaron. No era, de modo alguno, su primer contacto con tribus nativas; pero estos hombres no sólo parecían primitivos, sino prehistóricos, ya que iban desnudos, exceptuando algunas rayas de pintura roja en el cuerpo. Sus mujeres, también desnudas, llevaban dibujos en el cuerpo y se habían adornado con pintura roja la cara y los pies. Pero cuando formaron un alegre círculo alrededor de los visitantes, riendo y hablando, resultó claro que tenían la naturaleza de niños felices que sentían curiosidad respecto a los forasteros, muy interesados en cualquier cosa nueva para su mundo, vasto en tamaño, pero muy aislado del resto del planeta.

Minutos más tarde se escuchó el sonido de unos tambores invisibles y, como si fuera una señal de su llegada, apareció un hombre que avanzaba hacia ellos procedente de un edificio situado en el extremo más lejano del claro. Era un hombre alto y erguido, tan fuerte como los árboles de la selva. ¡Un demonio que sale de su infierno verde!

Al recordar las palabras de su padre, Rebel, rechazo aquel pensamiento poco caritativo y decidió mostrarse cortés. Como su padre había dicho, nada bueno podía salir de demostrar antipatía; la ayuda del hombre era tan vital para su misión que debía mostrarse cordial hasta el punto de pretender que les impresionaba su omnipotencia.

—¿Señor Manchete? —Su padre avanzó al encuentro del hombre, con la mano extendida—. ¡No sabe las ganas que tenía de conocerle al fin!

—Y yo a usted, profesor —su voz era profunda y fría—. Soy un admirador de la obra que ha realizado usted en el campo de la antropología y he leído todos los libros que ha escrito sobre el tema.

—¡Caramba… pues, muchas gracias, señor! —El profesor casi tartamudeó de placer—. Viniendo de un hombre de sus conocimientos y de su experiencia, considero un alto honor lo que acaba de decir. ¿Me permite presentarle a mi hija? —Se volvió un poco hacia ella para atraerla a su lado—. Rebel —dijo lleno de orgullo—, éste es el señor Luis Manchete, científico, explorador y botánico. Ahora está consagrado a la difícil tarea de dirigir un vivero experimental de árboles aquí, en plena selva —sonrió al brasileño—. ¡Señor Manchete, tengo el gusto de presentarle a mi

hija, Rebel Storm!

—Encantado, señorita Storm.

Ella hubiera podido jurar que los labios del hombre se habían movido en una insinuación de sonrisa al oír su nombre, pero el brasileño había hecho una reverencia y cuando levantó la cabeza, no había rastro alguno de diversión en el rostro delgado, moreno y de facciones claramente definidas. Hubiera querido retirar la mano de su firme apretón, pero obligó a sus dedos a permanecer quietos. No deseaba que imitaran las desconcertantes acrobacias de su corazón, que parecía latir extrañamente ante la mirada astuta y la sonrisa cortante.

—¿Un vivero experimental de árboles en medio de la selva, señor?

La intención de Rebel había sido expresar un cortés interés, pero comprendió, tan pronto como vio el ceño fruncido de su padre, que sus palabras habían proyectado escepticismo y hasta cierto grado de desprecio.

La actitud de él era la culpable, se dijo en silencio, a modo de defensa. Ella no era vanidosa, pero no estaba acostumbrada a que la hicieran sentirse completamente insignificante.

—Su desconcierto es explicable, señorita —con frialdad, pareció descartar la rudeza de ella—. Con frecuencia tengo que explicar a otras personas por qué, aunque estamos rodeados de árboles, queremos cultivar más. Los mercados mundiales de madera consumen en forma casi exclusiva maderas suaves, ¿sabe usted? Pero, por desgracia, sólo una de cada diez árboles que crecen en la selva es comercialmente explotable. Nuestra esperanza es que los árboles que estamos cultivando de semillas especiales estarán menos propensos a ser atacados por enfermedades y parásitos locales y que, en el curso del tiempo, nuestras plantaciones producirán suficiente madera suave para interesar a los fabricantes de papel del mundo. Es todavía demasiado pronto para saber si nuestro experimento tendrá éxito o no, si con métodos científicos modernos podremos domar la selva, o si debemos resignarnos a dejarla tal y como está.

—Estoy seguro, señor Manchete —intervino su padre, deseando compensar la actitud poco amable de su hija—, que si alguien puede lograr domesticar aunque sea en parte la selva amazónica,

sin destruirla, ese alguien es usted.

Rebel se sintió humillada por la explicación que él había hecho y por el visible descontento de su padre, así que guardó silencio mientras eran escoltados, a través de un sendero que cruzaba la selva, hasta la ribera de un río. Allí, firmemente asentada sobre un elevado promontorio, se erguía una villa impresionante, una casa construida de piedra, con techo de tejas verdes y una escalinata que conducía a una amplia terraza.

Cuando llegaron a la terraza, un criado de inmaculada chaqueta blanca, se dispuso a servir bebidas en mesitas bajas de bambú. Había también sillas de bambú, con grandes cojines forrados con telas de alegres colores. Cuando su anfitrión los invitó a sentarse, Rebel se dejó caer en un amplio columpio de jardín, tipo sofá con toldo, y miró a su alrededor con ojos muy abiertos por el asombro. Se preguntó si por equivocación no habría entrado en un estudio cinematográfico en el que fueran a filmar una nueva versión de *Lo que el viento se llevó*.

Le pareció que los pensamientos de su padre andaban por el mismo camino.

—¡Asombroso! —exclamó con voz ahogada—. ¡Nunca me imaginé encontrar este estilo arquitectónico en las profundidades de la selva!

—No son realmente las profundidades —corrigió el señor Manchete con una sonrisa—. Estamos solo en las orillas de ella. Hay muchas de estas casas en Brasil —explicó—. En una época nuestro país abastecía de azúcar a buena parte del mundo. Las primeras plantaciones de caña de azúcar necesitaban mucha mano de obra pero como los indios nativos no eran de gran ayuda, tuvieron que buscar trabajadores en otras partes. Antes de que la esclavitud fuera abolida, trajeron a muchas familias de la costa occidental de África y la vida en las plantaciones brasileñas era muy similar a la de las plantaciones de algodón en el sur de Estados Unidos. Muchas de las historias del «viejo Sur», relatadas por los negros viejos en los Estados Unidos, pueden encontrarse en la tradición brasileña, casi como si fueran una copia de ellas. De forma similar, muchos de los dueños de plantaciones en el Brasil copiaron las casas de los norteamericanos.

—¿Está usted admitiendo que algunos de sus antepasados eran

tratantes de esclavos, señor? —preguntó Rebel, que no pudo resistir la tentación de atacarle.

—No, señorita, no admito tal cosa —le dirigió una mirada fría —. No puedo admitir lo que ignoro. Mi familia poseyó plantaciones de caña de azúcar algún tiempo, es verdad. Pero hasta donde yo sé, ningún miembro de mi familia ha sido acusado nunca de hacer dinero con la desgracia humana.

Con un simple movimiento de hombros, el brasileño pareció deshacerse de ella, dejándola al margen de la conversación. Mientras ella probaba la bebida que le habían servido, se dedicó a observar al hombre. La bebida, llamada batida, estaba preparada con ron blanco, hecho con caña de azúcar, zumo de frutas, azúcar y hielo picado. Rebel trató de decidir qué era lo que le disgustaba de aquel brasileño. Después de unos minutos llegó a la conclusión de que era su actitud altiva y remota, su aire de superioridad. Aunque estas características no eran tan evidentes cuando conversaba con su padre, parecía cubrirse con ellas en cuanto se dirigía a ella.

Su padre y él estaban conversando con gran facilidad. Cuando se mencionó la palabra «mañana» puso gran atención a lo que se estaba diciendo.

—Si usted se siente con fuerzas para hacerlo, podríamos hacer un recorrido por la plantación en cuanto salga el sol. Estoy seguro de que usted encontrará interesante el trabajo que estamos realizando. Pero si prefiere, puede descansar unos días, para recuperarse del largo viaje desde Inglaterra, y para que se acostumbre a la humedad de nuestro clima.

—Le agradezco mucho, señor, que muestre tanta consideración por lo avanzado de mis años —dijo su padre sonriendo—, pero creo que olvida usted que he pasado la vida viajando por todos los países del mundo. En consecuencia, las condiciones climatológicas no me afectan. Lo mismo le ocurre a mi hija —indicó a Rebel con un movimiento de cabeza—. La pobre niña ha aprendido a aceptar como hogar el lugar donde estoy trabajando en un momento dado. Mi difunta esposa siempre insistió en que la familia permaneciera unida. Me acompañaba a todas partes, aún cuando estaba embarazada. Por eso mi hija nació en una remota zona de Australia, donde yo estaba estudiando las tribus aborígenes. El lugar de su nacimiento influyó en la elección de su nombre. Rebel es un

nombre bastante común en Australia, una región colonizada por gente muy valiente, que no vacilaba en oponerse en voz alta a todo lo que consideraba equivocado o perverso, a pesar de que en esa época la rebeldía era ilegal y se castigaba con el exilio. Debo admitir —concluyó frunciendo el ceño—, que con frecuencia he sentido remordimientos al pensar que he sido muy egoísta con mi hija. La he privado de un hogar y del tipo de existencia tranquila a que toda criatura tiene derecho. Sin embargo, me consuelo con el pensamiento de que esa privación ha tenido sus compensaciones. Como usted comprenderá, señor, mi hija es una jovencita que ha viajado mucho, que sabe muchísimas cosas, además de ser una experta en su trabajo. Sin su habilidad como fotógrafo, no habría usted encontrado mis libros tan informativos e interesantes como dice que son.

Turbada por las alabanzas de su padre, Rebel colocó su bebida en la mesa y se puso de pie.

—Estoy segura de que al señor Manchete no le interesa la historia de mi vida, papá —su voz sonaba más aguda de lo que ella intentaba—. No hay nada más aburrido que un padre orgulloso que elogia a su hijo.

Lamentó su impulsiva protesta en cuanto vio la sombra de dolor reflejada en el rostro de su padre. Abrió los labios para disculparse, para explicar que era turbación y no irritación lo que había hecho que su tono fuera brusco.

Pero la reacción del señor Manchete fue más rápida que la de ella, y reflejó un profundo desprecio.

—Es obvio, señorita, que su padre tiene razón al preocuparse por los huecos que hubo en su educación. Si usted hubiera tenido la oportunidad de estudiar las obras de Shakespeare, su famoso compatriota, habría recordado su comentario: «¡Más doloroso y destructor que la mordedura de una serpiente es tener un hijo ingrato!».

Capítulo 2

El interior de la casa fue toda una revelación para Rebel. Era un intento de llevar la civilización a la selva. Del contenido de cada habitación era posible reconstruir la historia de la familia Manchete que, ya desde el siglo XVI había empezado a reunir un verdadero tesoro en obras de arte.

El suelo del dormitorio que le asignaron era de azulejos. Cuando se sentó en la orilla de la cama y se quitó los zapatos, sus dedos se deslizaron por los azulejos para disfrutar de su deliciosa frescura.

La esperaba el sorprendente placer de una ducha, en un cuarto de baño de mosaicos verdes, del tono que tiene el fondo del mar. Todo a su alrededor parecía enfatizar la frescura. Se había hecho todo lo posible por alejar del ambiente el calor húmedo.

Por primera vez, Rebel se dio cuenta de lo inadecuada que era la ropa que había traído. Al abrir su maleta y colgar el vestuario en el armario, vio que tenía sólo unos cuantos vestidos; la mayor parte de las prendas eran pantalones de dril y camisas de corte masculino. No venía preparada para un ambiente de lujo. Tampoco su padre lo estaba. Recordó con intranquilidad que el profesor poseía sólo una chaqueta de lino, de color claro, que podía ser clasificada, con muy buena voluntad, como respetable.

«Bueno, se dijo a sí misma encogiéndose de hombros, mientras elegía el que consideraba mejor de los tres vestidos que tenía, al menos no habrá competencia femenina. No habrá ninguna otra mujer ante la cual pueda sentirme avergonzada de mi apariencia. ¡Ésta es una de las pocas compensaciones de vivir en un mundo de hombres!».

Cuando se acercaba a la cama, se detuvo de pronto, sorprendida por la desacostumbrada elección de palabras que habían dominado sus pensamientos. ¿Una de las pocas compensaciones de vivir en un mundo de hombres?

Nunca había dudado que estaba viviendo la vida exactamente como deseaba vivirla. No se sentía esclavizada por las posesiones, no tenía lazos que la ataran a un hogar, vivía una vida de libertad, de independencia y, lo que era más satisfactorio todavía, una vida salpicada de aventuras. ¡El señor Manchete tenía razón, era una hija ingrata!, reflexionó. Tenía todo lo que una muchacha podía ambicionar y mucho más de lo que tenían la mayor parte de las chicas de su edad. Después de todo, ¿qué les ofrecía la vida sino un marido, una casa y niños? ¡Y ésas eran cosas tan ajenas a su vida como un paseo por la selva a una ama de casa común!

Se bañó, se puso el vestido camisero que había escogido, y casi no se molestó en mirarse en el espejo. Era una prenda sencilla, práctica, con un tono azul ligeramente descolorido. Sin embargo, dedicó más tiempo a su cabello, del que estaba muy orgullosa. Lo cepilló con movimientos regulares. Con todo cuidado enredó los mechones sobre su cabeza, a modo de turbante. Su cabeza parecía casi demasiado frágil para sostener el peso del pelo. Entonces se quedó mirando su imagen reflejada en el espejo. Sintió un extraño deseo de poder adornar su peinado, aunque sólo fuera en esa ocasión, con una diadema de brillantes.

«¡No hay que soñar con la luna, niña!», dijo a su imagen con disgusto. «Tendrás que depender de tu encanto personal, si quieres hacer un buen papel esta noche, porque no hay la menor duda de que tu ropa no va a contribuir a que los demás noten tu presencia».

Cuando llegó el momento de bajar la escalera, se sentía más alegre, ya que se había convencido a sí misma de que todas sus preocupaciones eran innecesarias. La experiencia le había enseñado que los hombres que pasaban la vida en lugares muy aislados casi nunca se preocupaban por las apariencias. Para ellos era un esfuerzo hasta ponerse una camisa limpia para sentarse a cenar.

Su sorpresa fue indescriptible cuando al acercarse a una amplia sala escuchó varias voces en animada conversación. Entonces se quedó petrificada en el umbral, desde donde contempló horrorizada un grupo de hombres vestidos con elegantes chaquetas blancas,

para cena formal, con pantalones perfectamente planchados e inmaculadas camisas blancas con corbatas de lazo negras. Todos parecían girar en torno a una elegante mujer, asombrosamente atractiva. Rebel vio a su padre, mal vestido pero muy tranquilo, bebiendo un aperitivo, mientras escuchaba con gran atención lo que su interlocutor le estaba diciendo. Entonces le invadió el pánico, se dio la vuelta y se dispuso a huir.

—¡Ah, señorita Storm! —Una voz odiosa la saludó, al mismo tiempo que una mano firme rodeaba su codo—. Permítame ofrecerle una copa, antes de presentarla a los miembros de mi personal, que han estado esperando con ansiedad su llegada.

Por un instante sus tormentosos ojos acules chocaron con los grises de él, acusándole en silencio de hacerla aparecer tal como se sentía en esos momentos: una don nadie, insignificante y mal vestida, que no estaba acostumbrada a mezclarse con la sociedad refinada. Con unas cuantas frases de advertencia, dichas con mucho tacto, le habría podido decir esa tarde lo que iba a ser la cena. Le habría evitado el bochorno de sentirse como se sentía en esos momentos. Pero él había decidido humillarla como castigo, sin duda alguna, por negarse a doblar la rodilla ante su autoridad.

La necesidad de huir fue sustituida por la furia. Su trampa despreciable, pensó ella, era un reto que para su espíritu fiero, no podía pasar desapercibido.

—Oh, gracias, señor —trató de dar a su voz un tono alegre y se obligó a dominar el temblor causado por la ira—. Le pido disculpas si les hice esperar.

Dirigió una mirada a su alrededor, saludando con la cabeza y sonriendo a la gente reunida. No veía más que un montón de caras anónimas, hasta que su mirada se detuvo en la única mujer del grupo. Se encontró con una mirada penetrante, que reflejaba sorpresa, desdén y cierta burlona diversión.

—No hay necesidad de disculparse, señorita —contestó él—. Los hombres estamos acostumbrados a esperar mientras ustedes, las mujeres, se arreglan —ahora se estaba riendo claramente de ella—. Ante todo, permítame presentarle a Saffira de Pas, la única mujer de nuestro establecimiento.

Aumentando la presión que ejercía sobre su brazo, la impulsó hacia adelante.

—Saffira —exclamó dirigiéndose a aquella belleza latina, de exquisita figura cubierta por un vestido de encaje rosa—, esta jovencita es la hija del profesor Storm, a quien te acabo de presentar. Se llama, y creo que en forma muy apropiada, Rebel.

—¿En forma apropiada…? —Saffira de Pas le ofreció una mano desganada, mientras enarcaba una ceja en expresión interrogadora —. Pareces tener un conocimiento muy profundo del carácter de la señorita Storm, Luis. Es extraño, porque tú nunca emites juicios precipitados. ¿Estoy equivocada al suponer que llegó hace apenas un par de horas?

—No, no estás equivocada.

Para sorpresa de Rebel, la voz del señor Manchete sonaba tersa, como si fuera vulnerable no sólo a la crítica, sino también a la verdad que contenían las palabras de la brasileña.

—Pero la juventud de la señorita Storm la hace refrescantemente transparente.

«¡Soy tan simple que puede leer mis pensamientos!», pensó Rebel, ocultándose tras una máscara de compostura, cortés y sonriente.

—¿De veras? —Saffira de Pas pareció aburrida de pronto—. En ese caso, formaríais una pareja poco común: una yegüita indómita y un potro bien domado.

A medida que avanzaba la velada, Rebel descubrió que en la habitación, que a primera vista se le había antojado llena de gente, había menos de una docena de personas. La cena fue agradable y la conversación amena y variada.

Aunque se daba cuenta de que estaba demostrando ser lo que Luis Manchete pretendía que era, al mostrarse aburrida y malhumorada, Rebel resistió todos los intentos de los hombres por enfrascarla en conversaciones con ellos. Como se obstinaba en contestar con monosílabos y en mostrarse poco comunicativa, terminaron por darse por vencidos y dejarla en paz.

Sintiéndose humillada, jugueteó con cada exótico plato que le fue servido, sin lograr que se despertara su apetito ante las delicias que fueron puestas frente a ella. Todo lo que sentía era una insaciable sed de venganza por la humillación que había recibido, que seguía recibiendo, porque un hombre, que acababa de conocerla, había decidido que necesitaba una rápida y dolorosa

lección de humildad.

—¿Qué es exactamente lo que espera usted descubrir dentro del Amazonas, profesor Storm? —Oyó a Saffira de Pas preguntar a su padre, que parecía estar disfrutando inmensamente de todo, inmune al resentimiento que bullía dentro de su hija.

—Información —dijo el profesor sonriendo—, material para un libro de una serie que he estado escribiendo a través de los años, y que trata de las costumbres y estilos de vida del hombre primitivo. Como este libro va a ser el último, algo así como el canto del cisne de mi retiro, quisiera que fuera muy especial. Por eso espero, con ayuda del señor Manchete, hacer de los indios del Amazonas el tema del último volumen de la serie.

Rebel se puso en tensión, esperando la negativa que Paulo había considerado inevitable.

—Será un privilegio para mí ayudarle en lo que pueda, profesor. En cuanto esté usted listo, le acompañaré a los campamentos de las tribus que viven en los alrededores, cuyos jefes todavía recuerdan muchos de los ritos antiguos, que en un tiempo fueron practicados con regularidad, pero que por desgracia han desaparecido a lo largo de los años.

Ella hubiera querido interrumpirlo. Comprendía muy bien la razón que había tras el ceño fruncido de su padre. ¡Él también reconocía que le estaba tratando con aires de superioridad!

—Pues… no es eso lo que había pensado exactamente, señor —corrigió con suavidad—. Las tribus a las que usted se refiere ya han sido estudiadas a fondo. Mi meta es llegar hasta los indios a los que todavía no ha tocado la civilización, los que se dice que habitan lo más profundo de la selva y viven como hombres prehistóricos.

Un silencio inmediato cayó sobre toda la mesa. Los ojos de todos los presentes se clavaron en Luis Manchete, cuyas facciones eran duras e inescrutables.

—Eso no va a ser posible, profesor.

Casi con alivio, Rebel se aprovechó de la negativa del brasileño para dar rienda suelta a su furia.

—Imposible es una palabra que nosotros no conocemos, señor —se anticipó a la protesta de su padre—. Mi padre y yo hemos sobrevivido a las monstruosas tormentas de arena y los desiertos interminables del Turquestán; a los volcanes activos y los animales

salvajes de los valles africanos; a los timbones asesinos de la Barrera de Arrecifes; a las selvas impenetrables y los pantanos inaccesibles de Borneo, junto con incontables misiones más… ¡Todas las cuales nos habían dicho que eran imposibles!

Todos los presentes, excepto ella y Luis Manchete, parecieron esfumarse.

—¿Y se ha detenido usted a pensar, señorita Storm, en lo que deja a su paso? ¿No se le ha ocurrido pensar que el estornudo que usted considera un trivial germen de resfriado podría borrar de la faz de la tierra, en una semana, tribus que tenían siglos de existencia? ¿Es usted tan egoísta, está tan cegada por la ambición que se niega a respetar la opinión de los expertos que, a pesar de haber dedicado su vida entera a ayudar a esta infortunada gente, declararon públicamente, hace poco tiempo: «Estamos convencidos de que cada vez que nos ponemos en contacto con una tribu, estamos contribuyendo a la destrucción de las cosas más puras que esa tribu posee»?

—¡Pamplinas! Las tribus primitivas han sobrevivido a adversidades inimaginables; tienen casi tanto que dar de cultura, como tienen que recibir de la nuestra. ¡Pueden enseñarnos mucho, señor, impartir conocimientos especialmente benéficos para gente como usted —se atrevió a mostrarse despreciativa—, que se humedecen la punta de los pies en el río del descubrimiento y después pretenden ser nadadores, que posan en la selva como actores, pretendiendo que pueden vivir de la tierra, cuando en realidad no pueden vivir si no les traen por avión todos los días zumo de naranja y langostas frescas!

Una especie de silbido se escapó de los labios de alguien y fue ahogado rápidamente. Ni una sola mano se movió, ni una pestaña parpadeó, mientras todos esperaban, tensos de expectación, la reacción de Luis Manchete.

Pero su respuesta fue sorprendentemente suave, llena de una cierta negligencia que contrastaba de manera notable con la frialdad de sus ojos.

—¿Está usted acusándome de cobarde, señorita?

Rebel, nerviosa, inclinó la cabeza.

—Sólo si acepta usted mi crítica sin defenderse, señor Manchete. ¡Si lo he juzgado mal, es cosa fácil para usted demostrarme lo

contrario!

De pronto, él sonrió. Era una sonrisa fugaz y sin gracia.

—No sería yo tan poco galante como para contradecirla, niña mía. Creo que una criatura frustrada merece que se le siga la corriente, sobre todo cuando desea llamar la atención. Una niña que nunca ha jugado con muñecas es tan digna de piedad como una mujer que no ha tenido hijos.

No le dieron tiempo de refutar la acusación de falta de madurez que le había hecho. Como si reaccionara a una señal, Saffira de Pas se puso de pie y con una rapidez nacida de la turbación, los hombres empujaron hacia atrás sus sillas, se levantaron y se dirigieron en grupos hacia una sala adjunta.

—¡Rebel! —Ella se dio la vuelta para enfrentarse a su padre, que parecía muy enfadado—. Creo que ya es hora de que tú y yo tengamos una conversación seria. La actitud que has adoptado hacia el señor Manchete es intolerable… yo no voy a…

—Vamos, vamos, profesor… —Saffira se acercó a ellos con aire de triunfo—, no debe reprender a su joven palomita por probar sus alas. La discusión fue en parte culpa de Luis —sus ojos brillaron—, si él no fuera tan agresivamente masculino, si no fuera tanto el macho dominante, las jóvenes impresionables no se sentirían obligadas a recurrir a cualquier maña para ser notadas por él. He visto esto muchas veces —suspiró con tristeza—. Las muchachas suponen que pueden domar al indómito; empiezan por molestar un poco al tigre y luego corren despavoridas en cuanto él les lanza un manotazo. Hará usted bien en recordar, señorita —aconsejó a Rebel, que se había quedado sin habla—, que los hombres que conocen bien el río dicen que el Amazonas es una mujer. Sí, el Amazonas es una mujer… ¡y Luis está casado con ella!

Rebel estaba mirando todavía con expresión incrédula la figura de Saffira que se alejaba, cuando escuchó la voz perpleja de su padre.

—Hay ocasiones —suspiró el anciano—, y ésta es una de ellas, en que tu madre me hace una falta tremenda. Lo siento, cariño, no tenía ni idea… bueno, esta situación nunca se había presentado antes…

—¡Ni se ha presentado ahora! —Se dio la vuelta hacia él, con ojos relampagueantes de furia—. Por favor, papá, ¿es realmente

necesario que niegue yo todo lo que ha dicho esa mujer? ¡Debe estar loca, tal vez sea víctima de la locura del Amazonas… si cree que me siento atraída por un demonio que gobierna un infierno verde!

Salió corriendo de la habitación, humillada por la sospecha de que Saffira de Pas andaba muy ocupada haciendo comentarios maliciosos a quien los quería oír. Por alguna razón, la brasileña había adquirido instantánea antipatía por ella y estaba convirtiendo su choque con Luis Manchete en un chisme.

Las lágrimas subieron a sus ojos y fueron sacudidas por ella con ferocidad. El vivir en un mundo de hombres, primero como una niña protegida, después como una colega admirada por su valor y su habilidad como fotógrafo, no la había preparado para luchar contra un enemigo que hasta entonces nunca había encontrado: ¡la rivalidad femenina!

Sin ser notada, escapó hacia la terraza y encontró el aire de la noche sorprendentemente frío. La luna brillaba en lo alto e iluminaba la silueta de una hilera de palmeras en las que jugueteaba un grupo de monos. Detrás de ellos, el cielo azul se iluminaba con frecuencia con los relámpagos que estallaban en la distancia. Una espantosa tormenta parecía estar teniendo lugar en lo alto del cielo. Era una tormenta silenciosa y el espectáculo tenía fascinada a Rebel, demasiado fascinada para notar el brillo de un cigarrillo encendido en la oscuridad, en el extremo opuesto de la terraza, o la figura que avanzaba lentamente hacia ella.

—Como el camaleón, busca usted el ambiente más apropiado a su naturaleza, señorita Storm.

El frío sarcasmo de la voz le hizo volver a la tierra con brusquedad. Se volvió rápidamente para enfrentarse a su adversario.

—Lo mismo podría decirse de usted, señor Manchete —dirigió una mirada llena de desprecio a la lujosa villa inundada de luces, de la que se desprendía ruido de música, risas y refinadas conversaciones—. ¡Cuanto más veo este lugar, más fácil me es comprender que se niegue a abandonar una vida de placeres!

Él aspiró el humo de su cigarrillo con fuerza, de modo que éste brilló en la oscuridad. Rebel se estremeció, sintiendo un frío repentino, y se dio cuenta de que él lo había notado.

—No debe aventurarse en la noche, sin algo con qué cubrirse. Dos horas antes del amanecer la temperatura desciende mucho y hace que hasta los nativos sientan frío. Es entonces cuando bajan al río a bañarse, porque el agua, sin estar caliente, es mucho más agradable que el aire helado y húmedo de la noche. Si alguna vez pasa una noche en la selva, señorita, dispóngase a acurrucarse muy cerca de sus compañeros, para mantenerse caliente.

—¿Y usted considera eso una incomodidad? —dijo ella con aire de desprecio—. He estado en situaciones mucho más difíciles y las he resistido igual que un hombre.

—Lo creo —lo dijo con tanta lentitud y suavidad que no se dio cuenta de que lo decía como un insulto—. El Amazonas toma su nombre de una raza legendaria de mujeres guerreras que los nativos describen como «mujeres de piel blanca y cabellos brillantes, cada una de ellas capaz de vencer en combate a diez hombres ordinarios». Los indios juran que esas mujeres existen y las adoran como diosas. Yo, personalmente, no admiro nada a las mujeres que tratan de usurpar el papel de cazador que corresponde al hombre. Sus padres hicieron mal en privarle de muñecas y compañeros de juego, señorita, porque el viajar de manera constante y crecer en la compañía de hombres adultos, casi exclusivamente, ha producido en usted una desconcertante mezcla de dureza y femineidad. Tiene usted un cuerpo hermoso, pero lo tiene también la gata salvaje que merodea la selva en busca de presa. Yo me enorgullezco de ser tan viril como cualquier hombre. Sin embargo, estoy seguro de que una noche con usted en la cama no elevaría para nada mi temperatura.

Capítulo 3

Rebel encontró a su padre sólo cuando bajó a desayunar a la mañana siguiente. Aunque era temprano, Luis Manchete ya había desayunado y salido de la casa. Rebel se había asegurado porque había estado mirando por la ventana de su dormitorio y no salió hasta que él se alejó.

—Luis se acaba de ir —le informó su padre, al mismo tiempo que le servía una taza de café, humeante y aromático.

—¿Luis…? ¿No estás demostrando demasiada cordialidad hacia un hombre que no quiere cooperar con nosotros, papá? —dijo ella, enfadada.

—Es una persona que me agrada —admitió el profesor con franqueza, empujando hacia ella un plato de bollos recién hechos—. Después de pensar mucho en el asunto, he decidido que hay mucho de verdad en lo que él dice. Desde su punto de vista, nuestra insistencia en buscar la satisfacción de nuestros intereses en detrimento de las tribus, debe parecer una cosa muy egoísta.

—¡No me digas que estás dispuesto a abandonar tu proyecto, a dejar sin terminar tu colección de libros, simplemente porque un hombre se opone a ello! Nunca hubiera creído que alguien te lavara el cerebro de ese modo, papá —exclamó y le miró enfadada.

—No, no estoy diciendo eso —sonrió él, negándose a perder los estribos—. Luis ha prometido darme todas las notas que ha reunido a través de los años y de las cuales me asegura que podré obtener toda la información que necesito sobre los hábitos, costumbres y estilo de vida de las tribus olvidadas. Ya sé que es material de segunda mano —el profesor se movió con inquietud, mortificado

por la mirada furiosa de su hija—, pero si la vida me ha enseñado algo es que hay ocasiones en que uno debe ceder, buscar soluciones y no problemas. Creo, mi querida Rebel, que el éxito del trabajo que hemos realizado hasta ahora nos ha hecho un poco vanidosos, demasiados seguros de que lo que estábamos haciendo beneficiaría a todos, incluso a los nativos a los que nos hemos impuestos como huéspedes sin invitación —se limpió los labios con una servilleta y concluyó diciendo, con gran asombro de Rebel—: Estoy dispuesto a admitir que tal vez estaba equivocado, y espero que tú también lo admitas.

Hizo a un lado su plato, abrumada por la actitud de su padre. Se dio cuenta de que él, cuyo deseo y entusiasmo por hacer memorable su último libro había sido igual al suyo, estaba ahora dispuesto a someterse a la voluntad de un hombre tan acostumbrado a manejar a los nativos, que su deseos eran considerados en la selva como ley.

—¡Tal vez tú estés dispuesto a aceptar órdenes del señor Manchete, pero yo no! Debe mantenerse el mismo nivel de calidad que hemos tenido en los libros anteriores. Tú siempre has dicho que mis fotografías son tan esenciales como tus explicaciones escritas, y aunque tú puedes trabajar con las notas, ¿cómo se supone que voy a hacer fotografías de algo que no he visto? ¡No, si Luis Manchete no me quiere llevar a donde está la acción, debo encontrar a alguien que lo haga!

Su padre frunció el ceño, visiblemente disgustado.

—¿Por qué tienes que ser tan testaruda? Si yo hubiera sospechado que ibas a tener las características de tu nombre, habría insistido en llamarte Paciencia, o Prudencia…

Para evitar nuevas discusiones, el profesor Storm se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta.

—¡Ah, profesor! —dijo una voz alegre desde el umbral—. Tengo un mensaje para usted del señor Manchete. Dice que está listo para llevarle a hacer el recorrido de las plantaciones y que le espera junto a las caballerizas.

—¡Encantado! —dijo el profesor bruscamente, empujando a Paulo hacia un lado con una premura que hizo al joven arquear las cejas—. ¡Ningún momento sería más oportuno que éste!

—Parece que su padre está un poco nervioso —dijo Paulo yendo hacia donde estaba Rebel—. ¿Cree usted que le estará afectando la

humedad?

—No, soy yo la que le afecto —confesó ella—. Me temo que le he irritado.

—¡Imposible! —dijo Paulo sonriendo. Se sentó en la silla que su padre acababa de dejar vacía—. Basta con mirar su rostro para que se calmen los nervios de cualquier hombre.

—Dudo que mi padre esté de acuerdo con usted —contestó ella secamente—, o el señor Manchete. Desde que llegué aquí parece que no he hecho otra cosa que molestar a todo el mundo.

—A mí no, querida —negó él con suavidad y extendió la mano para oprimir la de ella en un gesto consolador—. Lo que necesita es un poco de distracción. Ha estado encerrada mucho tiempo. Venga, permítame que sea el primero en mostrarle algunas de las maravillas de nuestra selva.

—Me encantaría hacer eso —dijo sonriendo—. Déme sólo un momento para traer mi cámara.

—Y un impermeable ligero —exclamó él, cuando vio que se alejaba—. Seguramente lloverá.

Cuando empezaron a caminar por el sendero que conducía al claro en donde había aterrizado el avión, Paulo la cogió de la mano. Después de un inicial estremecimiento de sorpresa, ella aceptó aquello como un gesto de amistad. Una vez que cruzaron el claro, se metieron en la selva tenuemente iluminada.

Siguieron un sendero marcado por muchas pisadas y obstruido de vez en cuando por árboles caídos; algunos de ellos parecían blandos bajo sus pies. Había poca vegetación en el suelo, no había plantas podridas, ni el olor a humedad de otras selvas.

—¡Qué limpia parece esta selva! —murmuró Rebel.

—¡Alto! —dijo de pronto Paulo y entonces se quedó inmóvil, deteniéndola a ella con una mano.

Ella se puso rígida y después sintió que se le erizaba la piel cuando una enorme serpiente, de unos cuatro metros de largo, se deslizó frente a sus pies.

—¡Ah! —exclamó Paulo, con expresión de alivio—. Es sólo una jiboa.

—¿Sólo…? —repitió ella con voz débil.

—Sí —sonrió tomándola de nuevo de la mano para continuar andando—, es una boa tan inofensiva, que los ejemplares más

pequeños se usan muchas veces como animales domésticos, para limpiar las casas de ratas, ratones y hasta murciélagos.

—Creo —dijo con voz ronca—, que prefiero un gato o un perro para eso…

Paulo se rió por el comentario. El aire de la mañana era fresco y tibio comparado con el aire helado de la noche anterior y cuando continuaron avanzando hacia el interior de la selva, Rebel empezó a comprender que la selva del Amazonas era un mundo completo en sí mismo. El viajar en forma constante, el vivir en lugares remotos, la había hecho un poco escéptica, en el sentido de que había empezado a pensar que no había realmente nada nuevo bajo el sol, ningún paisaje que antes no hubiera visto; pero con Paulo como guía, Rebel tuvo que reconocer que lejos de ser como cualquier otra selva, la del Amazonas era tan diferente como si estuviera en otro planeta. A veces se detenían y Paulo le mostraba algunos de los pequeños animales que vivían en la selva.

Rebel se detuvo ante un árbol caído, para fotografiar un ramillete de flores multicolores que parecía crecer en una de sus ramas superiores, sólo para retroceder sorprendida, un momento después, cuando al acercarse a ellos, los capullos emprendieron el vuelo, revelando que eran mariposas verdes, amarillas y blancas.

—No tardará en descubrir que la selva del Amazonas está llena de sorpresas como ésta —le aseguró Paulo—. Es un mundo completo y diferente, con sus propias leyes, sus peculiares condiciones y sus particulares estaciones. Aquí no hay verano, otoño, invierno o primavera, sólo la estación seca y la lluviosa. Después de un aguacero, verá usted aparecer muchos capullos, que le harán pensar en la primavera; sin embargo, a mediodía empiezan a caer las hojas y las flores empiezan a secarse también, como si hubiera llegado el otoño. Otra de sus contradicciones es que, aunque la selva es exuberante, produce muy pocas cosas que sean comestibles. Para sobrevivir, los indios tienen que vagar por su territorio en busca de alimento.

Como para proporcionarle una prueba de lo que estaba diciendo, apareció un pequeño claro entre los árboles, y en ese centro había una choza, flanqueada por un sembrado de limitadas proporciones, cubierto de plantas escuálidas.

—Han sembrado mandioca —le explicó Paulo—. Es una planta

cuya harina, junto con el pescado, forma la base alimenticia de los *caboceos*, o sea, de los indios de la región.

Cuando una mujer apareció en el umbral de la choza, los dedos nerviosos de Rebel levantaron la cámara. En forma instintiva, apuntó la cámara hacia la mujer; entonces, con ella en el objetivo, titubeó para preguntar con vacilación.

—¿Cree usted que se enfadará?

—Estoy seguro de que no —sonrió Paulo, dando palmadas a una bolsa de lona que colgaba de su hombro—, sobre todo cuando descubra que voy a recompensarla con una bolsita de preciosa sal.

Cuando se acercaron a ella, Rebel descubrió que la mujer no era tan vieja como había pensado. Aunque su rostro parecía cansado y apenado, la carne de sus brazos era firme. Su actitud, al invitarles a pasar a la choza, era digna.

Mientras la mujer conversaba con Paulo en su propia lengua, Rebel se dedicaba a fotografiar, a captar para la posterioridad el interior de la choza, las hamacas colgadas de estacas, las ollas de barro y las cestas de diferentes formas, algunas poco profundas, como cedazos, otras hondas como cuencos, cuyas aplicaciones Rebel no pudo adivinar.

A solicitud de Paulo, la mujer se puso en cuclillas en el suelo, colocó una de las cestas hondas entre sus rodillas, puso otra de forma plana encima, y empezó a frotar troncos de mandioca seca en el improvisado cedazo.

—Después de un trabajo intenso —explicó Paulo—, obtendrá con el tiempo una áspera sustancia blanca, que es el equivalente a nuestra harina.

Pasaron una hora feliz conversando con la mujer. Aceptó compartir con ellos su comida de bocadillos y café, que había llevado Paulo, y usando a este como intérprete, dijo que su esposo y sus hijos habían ido a pescar al río, para completar el alimento que se obtenía de las cosechas plantadas en un pedazo de tierra cuyo subsuelo quedaría totalmente agotado en dos años. Esto les impondría la necesidad de irse a otro lado, para empezar de nuevo en otro trozo de terreno.

Cuando reanudaron su viaje a través de la selva, Rebel expresó su asombro.

—Lo que no entiendo es cómo surgió la leyenda de «El Dorado»,

cómo los primeros exploradores pudieron decir que existían espléndidos caminos de piedra y ciudades blancas y relucientes en medio de la selva.

—Espejismos, sin duda alguna —se apresuró a afirmar Paulo—. No se ha encontrado ninguna prueba que confirmara que «El Dorado» existió, como tampoco se ha encontrado ninguna prueba de la existencia de las amazonas. Uno debe llegar a la conclusión, por lo tanto, de que los primeros exploradores se dejaron llevar por su fantasía, sufrieron alucinaciones, volviendo a mi propia teoría, estaban viendo espejismos. En algunas partes, el río Amazonas es tan ancho que las orillas desaparecen de la vista y las islas que se ven en el horizonte parecen islas suspendidas en el aire. Una vez casi no podía dar crédito a lo que veían mis ojos cuando, al avanzar en lancha por un tramo desierto del río, vi lo que parecía ser una enorme catedral que se erguía sobre una elevada orilla del río.

Los ojos de Rebel, muy azules, se agrandaron ante esta nueva confirmación de las enormes diferencias que existían entre esta región y otras áreas incivilizadas del mundo. El Amazonas era, en verdad, una mujer, con el peculiar misterio de todas las mujeres, deseosas siempre de retener y ocultar algo. Como una mujer, alentaba y fascinaba a los hombres; entonces, cuando ellos creían que habían llegado a sus profundidades, se volvía contra ellos para abrumarlos con alguna inesperada sorpresa. No era de admirar que durante siglos los hubiera mantenido fascinados, ni que un hombre en particular estuviera tan dedicado a la tarea de asegurar su supervivencia que hasta otra mujer, incluso una esposa, sería considerada por él como una intrusa.

Mientras estaban sentados junto a un estanque tranquilo y cristalino, en cuyas aguas se reflejaban los árboles y arbustos que los rodeaban, Rebel pensó que Paulo podía ser la solución al problema que tenía en mente.

Él se había quedado tan quieto, que Rebel pensó que tal vez estaba dormido, hasta que de pronto sintió sus dedos cálidos en su nuca y le oyó gemir con voz ronca:

—¡Rebel, eres tan hermosa, que necesito besarte! —Sin darle oportunidad a protestar, atrajo la cabeza de ella hacia adelante y su propia cabeza oscura pareció cubrir el cielo que había frente a los ojos de Rebel, mientras se inclinaba a robarle un beso dulce,

explorador.

La retenía con firmeza, sin embargo, ella hubiera podido liberarse de él con facilidad si hubiera querido. La alternativa era suya y después de una momentánea vacilación, sucumbió al pensamiento traidor. «¡Aquí está el instrumento con el cual lograr tu ambición!».

Cerrando la mente a un murmullo que insistía en que debía sentirse avergonzada de aprovecharse de un muchacho cuyas emociones parecían tan poco maduras como las suyas propias, no ofreció resistencia, sino que correspondió al beso. Aunque éste no era desagradable, no produjo la menor reacción en su corazón, sus nervios o sus sentidos.

Por fin Paulo se retiró. Con un suspiro de éxtasis, se apoyó en el tronco de un árbol. La mano de ella estaba apoyada en su hombro, mientras que un brazo de él le rodeaba la cintura.

Al ver que los ojos de Paulo estaban cerrados, que una sonrisa de contento jugueteaba en sus labios, eligió ese momento para lanzar su ataque.

—¿Paulo…? —preguntó en un tono ligero, casi somnoliento.

—¿Sí, mi amor? —murmuró él.

—Si tuvieras que hacerlo, ¿podrías encontrar el camino hacia el pueblo de las tribus olvidadas, a través de la selva?

Por fortuna, estaba demasiado atontado en esos momentos para analizar la intención de la pregunta.

—Creo que sí… si tuviera que hacerlo —contestó lleno de ternura—. Una vez acompañé al señor Manchete hasta la misma orilla del pueblo; pero no vi nada, ni oí nada, ya que me ordenó que me quedara donde estaba hasta que él volviera.

—Pero ¿podrías encontrar el camino hasta allí? —le preguntó con urgencia, incapaz de disimular o contener su excitación.

—Sí… —titubeó, como si hubiera sonado una campanita de advertencia en su cerebro—. Supongo que sí.

—Entonces, por favor, por favor, Paulo —hizo girar su cabeza de tal manera que él se encontró con la mirada esperanzada de Rebel —, ¿me llevarás hasta allí? Podríamos escapar furtivamente tú y yo… entonces, al volver, podríamos encontrar alguna excusa convincente para explicar nuestra ausencia. De esa forma, yo podría hacer las fotos y nadie sabría nada.

Paulo comprendió que había una docena de puntos débiles que hubiera podido señalar en el argumento de ella. Pero con el rostro suplicante y encantador de Rebel tan cerca del suyo, no pudo pensar en uno solo.

—He disfrutado tanto de tu compañía, Paulo —le aduló, sobreponiéndose a un leve ataque de remordimiento—, que si me prometes hacer lo que te pido, podré recordar este día como uno de los más felices de mi vida.

—Yo lo recordaré también, querida mía —murmuró él, hipnotizado por los ojos azules—. Si mi promesa es lo que necesitas para asegurar tu felicidad, cuenta con ella.

—¡Oh, gracias, Paulo! —exclamó ella, sonriendo emocionada.

Pero mientras él la miraba en silencio, el aire pareció cargarse de tensión. El pánico la sacudió cuando Rebel se preguntó si no se había precipitado en su deseo de desafiar a Luis Manchete.

La escena fue interrumpida de manera repentina por el estallido de un trueno distante. El viento sacudió la selva, golpeando las copas de los árboles y haciendo que se estremecieran con fuerza. Mientras corrían hacia la selva para buscar la protección de los árboles, las nubes se abrieron y comenzó a llover con fuerza.

Mientras corrían tomados de la mano, el agua se deslizaba de todas las hojas y ramas, formando grandes charcos. Entonces, de manera tan repentina como había empezado, la tormenta cesó y empezó a subir el vapor del suelo. Se produjo un gran silencio, una quietud, que parecía llena de amenazas.

Cuando cruzaron el claro que servía de pista de aterrizaje y apareció ante ellos la casa, los pasos de Rebel se hicieron menos rápidos. Por fin se detuvo y se estremeció, no porque le produjeran frío las ropas empapadas que se adherían a su cuerpo, sino que, por alguna razón desconocida, había recordado al hombre al que los nativos llamaban *Curupira*, el salvaje, un nombre que implicaba que cualquier infractor de sus leyes, tropezaría con toda la fuerza de la selva.

Capítulo 4

Por primera vez en su vida, Rebel sentía miedo. Eso le hizo recordar las tres heladas noches que había pasado temblando dentro de un saco de dormir que ofrecía escasa protección contra la humedad que descendía sobre la selva en cuanto oscurecía.

Los molestos insectos, casi invisibles, que cenaban con su sangre y después dejaban como recuerdo una violenta comezón; la presencia en el río de capas completas de pirañas, los peligrosos peces que podían devorar en minutos un cuerpo humano y que hacían imposible bañarse en el río; los cocodrilos, que flotaban en la superficie del agua como troncos inocentes, eran peligros secundarios ante el temor producido por una sospecha que aumentaba a cada instante que pasaba: que estaban perdidos en la selva, que Paulo había olvidado o nunca había conocido con certeza la ruta a seguir.

Durante los dos primeros días, Rebel había estado muy ocupada acostumbrándose a la extraña sensación de estar rodeada solo por agua y selva, para poner en tela de juicio la capacidad de Paulo como guía. Cuando escaparon furtivamente de la plantación, en una canoa cargada de provisiones, que habían sido tomadas, a instancia de ella, de las bodegas de Luis Manchete, Paulo se lanzó muy confiado por los ríos que constituían los únicos caminos a través de la selva. Habían navegado en línea recta, durante horas, antes de tomar uno de los innumerables afluentes del Amazonas, que Paulo juraba que le eran tan familiares como las calles de su pueblo.

Pero entonces, algunas horas antes de ese momento, la canoa había empezado a retroceder, empujada por la enorme presión que

ejercía un afluente crecido por la lluvia, que se dirigía rumbo al mar. Paulo había luchado desesperadamente por mantenerla en el curso que él quería seguir, pero por fin, vencido por el agotamiento, se había dejado caer derrotado y había permitido que la canoa flotara a la deriva, dando saltos y tumbos, siempre hacia atrás hasta que se detuvo en un remanso de agua estancada.

—¿Qué… que hacemos ahora? —preguntó ella y fue recompensada inmediatamente con una mirada muy cercana al odio.

—Tú me dirás —la retó Paulo con voz desagradable—. Tú eres la experta, la hábil exploradora que se burló de mí cuando traté de explicarle los peligros que entrañaba esta aventura, que hasta insinuó que era la cobardía lo que había inspirado mi cambio de opinión.

Rebel se sentía como si alguien la observara sin ser visto. Pero en la selva no se oía el menor ruido sospechoso.

Después de vencer su propia inquietud, trató de calmar la humillación del muchacho que se estaba arrepintiendo del impulso por el que había querido aparecer ante ella más maduro de lo que realmente era.

—Lo siento, Paulo, la culpa es mía. No debí haberte convencido para que me trajeras aquí. No estuvo bien que te provocara cuando te diste cuenta de que la idea era absurda. Perdóname por acusarte de ser un cobarde —le suplicó suavemente, tratando de ocultar el terror tras una falsa calma—. Por favor, no te enfades conmigo, Paulo. ¡Prefiero estar perdida en la selva con un amigo que con un enemigo!

Con gesto cansado, Paulo se pasó una mano por la sudorosa frente, olvidando su enfado.

—No puedo permitir que cargues con toda la culpa. Parte es mía… la mayor parte —insistió con vehemencia cuando ella hacía un gesto de negación—. El señor Manchete nos ha advertido muchas veces de los peligros que corremos al ir por la selva sin un guía. Yo pensé —la humillación parecía ahogarle— que con un compás y mi excelente sentido de la orientación era suficiente para reconstruir la ruta que habíamos seguido cuando visitamos el pueblo indio; pero en algún punto del camino —levantó la cabeza y sus ojos revelaron una dolorosa vergüenza mezclada con un miedo

creciente—, perdí las pistas. Debo admitir, Rebel, que estamos perdidos, varados en un perverso infierno verde que nunca devuelve a los muertos.

Aunque la declaración de él sólo confirmó lo que sospechaba Rebel, tuvo que hacer un gran esfuerzo para detener la oleada de pánico que amenazaba con minar su valor.

—No seas tonto, Paulo. Estás dejándote llevar por la imaginación. Lo primero que debemos hacer —decidió, haciéndose cargo de la situación— es empujar la canoa hasta ese claro que hay en la orilla del río, para que podamos bajar las provisiones y encender una fogata. Estoy segura de que después de comer no estarás tan pesimista.

Alentado por las rápidas instrucciones de ella y por la forma competente en que había supervisado el claro donde harían su campamento, para asegurarse de que no había intrusos acechando en la espesura, su rostro joven empezó a verse un poco menos tenso y sus ojos menos asustados. Rebel había dirigido también la colocación de las hamacas y había preparado una buena comida, en la hoguera que él había encendido. Ambos se dieron cuenta de que sus provisiones estaban disminuyendo de manera alarmante, pero no comentaron nada.

—Haces que me sienta avergonzado —confesó Paulo, devorando la comida con visible deleite, a pesar de ser la misma que venían comiendo desde hacía tres días—. Se supone que las mujeres son el sexo débil. Sin embargo, tú has demostrado mayor resistencia a las penalidades que muchos hombres.

Ella sonrió y estaba a punto de contestar, cuando de pronto se puso rígida escuchando muy concentrada.

—¿Qué es…? —Paulo se movió nervioso—. ¿Oyes algo?

—¡Cállate! —ordenó bruscamente. La noche no había caído todavía, así que los monos no iniciaban aún su parloteo nocturno.

Entonces volvió a captar, una vez más, el sonido que le había llamado la atención, un extraño ruido, muy tenue, pero que aumentaba en intensidad.

—¡Es una lancha de motor! —Paulo se puso de pie de un salto y empezó a gritar—. ¡Es la lancha del señor Manchete! ¡Gracias a Dios! Debe habernos seguido… si hubiéramos sabido que todo el viaje ha venido casi pisándonos los talones…

«Yo me hubiera tirado al río y arriesgado a ser devorada por las pirañas», pensó Rebel, pero en el acto se sintió avergonzada por su ingratitud. Sin la oportuna intervención del señor Manchete, era muy probable que hubieran muerto de hambre.

Los enloquecidos gritos de Paulo para llamar la atención hicieron que los pájaros volaran, chillando asustados, dé las ramas en que estaban encaramados y atrajeron una diatriba de insultos de los monos enfurecidos, que se unieron a la fuga de los pájaros. Aunque estaba esperando el espectáculo, cuando vio aparecer la lancha que se dirigía hacia la laguna de agua estancada, con una figura imponente de rostro sombrío en el timón, Rebel se estremeció.

El único compañero de Luis Manchete era un indio que parecía muy intranquilo y dirigía miradas nerviosas a su alrededor cuando bajó del bote. Rebel se preparó para una avalancha de palabras furiosas. Paulo se quedó mudo de la impresión, petrificado por la furia del hombre que se dirigía decidido hacia ellos.

Pero la tranquilidad de su tono les impresionó más que si les hubiera gritado. Sus ojos, fríos, se clavaron en el rostro de Rebel, mientras daba instrucciones a Paulo, sin mirarlo.

—Camina lentamente hasta la orilla del claro y sube a la canoa. No trates de hablar; haz lo que te digo y deja que el indio te lleve de vuelta a la plantación para que puedas tranquilizar al profesor Storm diciéndole que su hija no corre ya ningún peligro. ¡Vete inmediatamente! —Detuvo la protesta de Paulo, esforzándose por mantener la voz controlada—, porque si los cazadores de cabezas que os han venido siguiendo desde hace varias horas deciden salir de entre los arbustos, donde están ocultos, puedes estar seguro de que terminarás asado, con la grasa de tu cuerpo convertida en aceite para cocinar.

La enfurecida exclamación ahogada de Rebel no pareció preocuparle, no hubo el menor rastro de piedad para la desesperación de Rebel, cuando vio que Paulo y su guía indio subían a la canoa y se alejaban rápidamente, dejándola a merced de aquel demonio.

—Siéntese y termine de cenar —le ordenó él con toda calma, y le dio el ejemplo poniéndose en cuclillas junto al fuego, para servirse en un plato una porción de carne y un poco de sopa, ya

fría.

Rebel obedeció sin vacilación. Le alegraba aquella excusa para sentarse, porque las piernas le temblaban. Hizo un esfuerzo por mostrarse indiferente, pero no pudo resistir la tentación de dirigir miradas inquietas hacia los arbustos que el brasileño había indicado. Alentada por la completa inmovilidad de los arbustos, se volvió hacia él con aire desafiante.

—Sospecho, señor, que este melodrama fue inventado por usted como una forma de castigo, y que no hay razón alguna para que no hayamos podido irnos nosotros con Paulo y su guía.

—En este mismo momento estamos siendo cuidadosamente observados por un público que calculo en no menos de diez personas. Seguirán observándonos mientras no hagamos nada violento. Si hubiéramos intentado irnos todos juntos, se habrían lanzado sobre nosotros. Por eso debemos actuar como rehenes, hasta que Paulo salga de su territorio —dijo lentamente.

—Pero usted conoce a esta gente, le aceptan como amigo… al menos, eso he oído decir a mi padre.

—Por eso precisamente, hasta ahora, jamás he abusado de esa amistad —siguió haciendo movimientos casuales, casi ociosos, en honor a los que los observaban—. Tan pronto como haya terminado de comer, entregaré mis «tarjetas de visita»: bolsas de sal para condimentar sus alimentos, unas cuantas baratijas para sus esposas y uno o dos utensilios metálicos. Entonces, pasado un rato, registraré para ver si mis ofrendas han sido aceptadas. Si lo han sido, sabré que mi solicitud de visitar su pueblo ha sido concedido, pero si no…

La forma en que se encogió de hombros le hizo sentir escalofríos.

—Pero ¿no han sido aceptadas siempre? —preguntó ella con voz aguda.

—Sí, hasta ahora —asintió en actitud indolente—. De otra manera no estaría sentado aquí, hablando con usted. Pero en cada una de mis visitas anteriores he venido solo. Por lo tanto, no puedo saber cómo reaccionarán ante un extraño que es introducido a sus dominios… y menos ante una mujer extranjera. No necesito decir, a alguien con la experiencia y conocimientos de usted, que los pueblos primitivos son en extremo caprichosos. Uno nunca puede

prever lo que van a hacer, nunca se debe dar por sentada su buena voluntad. Es una lección que aprendieron no pocos misioneros complacientes, que llegaron hasta su Creador como parte de un estofado comunal.

—¡Es usted cruel! —le acusó Rebel—. Me niego a dejarme intimidar por sus absurdas exageraciones.

—Si la suerte está de nuestra parte, señorita, ya encontraremos tiempo suficiente para intercambiar insultos. Tiempo, por ejemplo, para que le exprese con toda claridad mi desprecio por una cazadora experimentada, que de forma deliberada se propuso seducir a un jovencito impresionable, y volverle sordo a cualquier orden que no fuera la suya, cegarle hasta el punto de hacerle destruir su carrera, que hasta la llegada de usted había sido la máxima ambición de su vida.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¡No me diga que quiere despedir a Paulo solo para vengarse de mí!

—No puedo perder el tiempo haciendo de niñera de un miembro de mi personal que es lo bastante tonto como para desobedecer mis órdenes —replicó él—. Paulo ha sido advertido muchas veces de los riesgos de una selva que alberga ranas ponzoñosas cuyos llamativos colores sirven para anunciar al mundo que contienen el veneno más eficaz de la tierra, en la que hay arañas peligrosas que se enroscan imitando capullos de flores, exóticas flores cuyas espinas producen infecciones mortales en cuanto penetran en la piel. No puede quejarse, por tanto, si después de decidir que quería perseguir una mariposa de brillantes colores —su mirada la recorrió de arriba abajo—, se encuentra con resultados desagradables como consecuencia de ello.

Con una rapidez que indicaba que su paciencia se estaba agotando, se puso de pie y se dirigió a la lancha, para hurgar en su bodega. Volvió al claro con los brazos llenos de cosas: cacerolas y sartenes, varios martillos y cinceles, hilos de cuentas de alegres colores… Empezó a andar alrededor del perímetro del claro, colocando los objetos en lugares diversos. Colgó las cuentas de ramas bajas, puso las ollas y las herramientas en un medio círculo irregular, a poca distancia del círculo que formaba la luz desprendida de la hoguera.

Entonces, demostrando una asombrosa inmunidad al temor,

volvió a ocupar su asiento junto al fuego.

Insegura, sin saber si sentirse consolada o confundida, Rebel levantó la cabeza con brusquedad.

—¿Es usted un ser humano o un autómata? Tal vez usted esté dispuesto a esperar sentado aquí a que esos salvajes decidan si van a matarnos o no, ¡pero yo no lo estoy! En cualquier caso, empiezo a dudar que tales salvajes existan. Por eso he decidido correr hacia la lancha… ¿Viene usted conmigo o no? —le preguntó con aire retador.

—No —contestó con calma—. Pero no piense que voy a detenerla —ella se sintió muy desconcertada—. El darse a la fuga es una manera excelente, aunque un poco drástica, de descubrir si un enemigo está lo bastante cerca de uno para matarlo o no.

Aquel hombre le había resultado antipático a primera vista; pero ese sentimiento no era nada, comparado con el odio que le inspiró su sonrisa burlona.

Ella se puso en tensión ante su desafío. Lo veía tanto como un reto para ella, como una expresión de desprecio ante lo que él consideraba una presunción pueril. Sintió que sus pies se ponían en tensión para la carrera y las manos bajaban al suelo para darse impulso con ellas. Sin embargo, la advertencia de él, dicha con labios apretados, frenó su intención de echarse a correr.

—Antes de que haga otra tontería, señorita Storm, le aconsejo que mire detrás de usted.

Exactamente cuando se disponía a huir, Rebel volvió la cabeza hacia donde él indicaba. Se dejó caer en el suelo, desconcertada. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en los lugares donde él había esparcido sus regalos y que ahora estaban vacíos.

—Puede usted dormir ahora, señorita, si lo desea.

Sólo se dio cuenta de lo tonta que había sido, cuando vio que retiraba con una mano las gotas de sudor que le caían por la frente.

—Los indios esperan que aceptemos su invitación para visitar su pueblo mañana por la mañana —añadió.

Capítulo 5

Apagaron el fuego de la hoguera y guardaron todos los utensilios en la lancha, que habían llevado hasta la rivera del río y atado a un árbol.

Luis Manchete estaba muy ocupado cubriendo la lancha con ramas de palmera, para disimularla y protegerla, mientras Rebel reunía y preparaba su equipo fotográfico.

Empezaba a sentirse asustada, al tiempo que emocionada. Sólo el día anterior a su fuga de la plantación, le habían contado la historia de una mujer indígena, que como resultado de años de contacto cercano con los blancos se la llegó a considerar civilizada, que había matado a palos a su padre enfermo, para liberarlo de los malos espíritus que ella estaba convencida eran la causa de su enfermedad. Si tales creencias eran todavía cultivadas por los indios relativamente educados, ¿qué rituales no encontrarían, se preguntó, en un pueblo cuyo estilo de vida se decía que era idéntico al de sus remotos antepasados?

Sus manos temblaban de emoción cuando se colgó en el hombro el estuche con su equipo, y buscó con la mirada a Luis Manchete, deseando iniciar la aventura, excitada por la posibilidad de fotografiar los hábitos y costumbres de una tribu prehistórica.

—¿Está usted lista, señorita? —Cuando él llegó a su lado, Rebel casi le sonrió; pero después de una mirada de sus fríos ojos, sustituyó su intención de sonrisa por un simple movimiento de cabeza. Con lentitud la examinó, buscando, pensó, cuáles eran los defectos que podría criticar en su apariencia. Tuvo que soportar el examen de su mirada, que bajo del sombrero verde, de ala suave,

que se había puesto para proteger sus cabellos, hasta los resistentes y viejos zapatos que la habían acompañado en muchas expediciones anteriores. No se dio cuenta con cuánta tensión había estado esperando sus comentarios, hasta que él, sin un pestañeo siquiera que revelara su aprobación, se dio la vuelta e hizo un breve movimiento con la cabeza para que le siguiera.

Ella se había imaginado que el pueblo indio debía estar más o menos cerca, pero avanzaron a través de la selva durante horas, deteniéndose a veces para abrirse paso con el machete de Luis a través de la exuberante vegetación. En otras ocasiones habían tenido que sortear áreas cubiertas de lodo que les llegaba hasta las rodillas. Habían cubierto ya muchos kilómetros cuando, con un gruñido de satisfacción, Luis Manchete indicó un sendero, libre de hierba, que había aplanado el paso constante de hombres. Sin prestar atención alguna a la visible determinación de Rebel de no quejarse, de no confesar que se derretía con aquel calor húmedo, el brasileño continuó avanzando, hasta que el sendero se desvió hacia la izquierda. Él dudó un momento e inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando.

Durante unos segundos ella no pudo escuchar nada, pero entonces sus oídos percibieron un ahogado ruido regular y monótono, semejante al de tambores lejanos.

—Parece interesante —comentó él, moviendo la posición del rifle y la bolsa de provisiones que colgaban de su hombro. Cuando se puso en marcha, en dirección del sonido, Rebel lo siguió con aire cansado. Lo único que había frente a ella era una ancha espalda que revelaban músculos que se movían de manera sinuosa bajo una camisa oscurecida por el sudor. Cualquier otro hombre le habría preguntado cómo estaba; se habría detenido para que ella descansara un poco; pero no tenía le menor duda de que el dictador de la selva estaba decidido a hacerla andar hasta que cayera de cansancio… preferentemente en un estanque lleno de cocodrilos.

Indignada, Rebel le siguió, demasiado consciente de la fatiga y del deprimente calor para mostrarse curiosa por el ruido que iba aumentando en intensidad. Su sorpresa y placer, por lo tanto, fueron todavía mayores cuando salieron de pronto a un claro y ella vio una alta cascada de agua que caía desde lo alto de un peñón negro, hacia un estanque de aguas cristalinas.

—¡Qué belleza! —exclamó, olvidando de pronto todo su cansancio—. ¡Tengo que fotografiar esto!

Con ansiedad, luchó por sacar su cámara, exasperada por las numerosas correas que rodeaban las diferentes partes de su equipo y que se habían enredado en su cuello.

—¡Paciencia, señorita! —La voz del hombre era tolerante—. El agua ha estado cayendo desde ese peñón negro y desapareciendo en las nubes formadas por su propio rocío desde siempre. Esta misma vista probablemente cogió por sorpresa a los primeros hombres que exploraron el Amazonas. Así que puede estar segura de que seguirá aquí, para que usted pueda fotografiarla, incluso después de que nos hayamos refrescado un poco, ¿no cree usted?

Aquella primera insinuación de que existía un ser humano bajo aquel rostro severo, la hizo sentir inexplicablemente turbada. Se tendió boca abajo en la orilla del estanque, para introducir la mano en el agua, mientras él servía tacitas del café que había guardado en una cantimplora.

Luis Manchete parecía increíblemente tranquilo y relajado. Se tumbó en la orilla del estanque y se desabrochó la camisa descubriendo su pecho.

Rebel mantuvo fijos los ojos en la masa de follaje que flotaba sobre la superficie del estanque y ocultó sus nervios tras un comentario banal.

—Me asombra cómo estas plantas tan delicadas logran sobrevivir a la fuerza del agua que cae a su alrededor.

—Estas plantas no pueden sobrevivir en ningún otro ambiente; necesitan ser bañadas constantemente por el agua. Como otras criaturas de aspecto delicado, han demostrado ser mucho más duras de lo que parecen.

Si ella hubiera tenido la más ligera duda de que acababa de hacer una referencia velada a ella, habría sido eliminada en el acto, porque él se acercó a ella rodando por la hierba. Quedó lo bastante cerca como para hacerla sentirse inquieta, pero no lo bastante como para darle pretexto para alejarse de él. Su corazón empezó a latir con fuerza. Rebel sintió que se encogía, mentalmente, cuando los ojos de él se clavaron en su rostro para después bajar hasta la curva de su pecho.

Cuando, con un gesto inconsciente, Rebel cruzó los brazos sobre

el pecho, él se echó a reír.

—¿Qué le sucede, señorita Storm? —preguntó con voz burlona —. ¿Por qué se sienta tan erguida?, ¿por qué su rostro parece angustiado y desvía los ojos cada vez que la miro?

Ella se sintió tentada a confesarle que desconfiaba de su repentino cambio de actitud, pero titubeó, consciente de que no había, en realidad, nada específico de que pudiera acusarlo. Si hubiera dicho que su mirada era demasiado penetrante, se habría expuesto a la acusación de que el significado de cualquier mirada sólo podía interpretarse por conjetura, que era cosa de interpretación personal. ¿Por qué, entonces, se sentía tan abrumada, tan amenazada por la virilidad de este hombre, cuya sonrisa burlona hacía muy clara su falta de buenas intenciones, su deseo de castigar?

Una repentina idea le hizo comprender su motivo con toda claridad. ¡Por supuesto! Sin duda había malinterpretado la situación entre ella y Paulo. ¡Ésa era la razón de su desconcertante cambio de actitud! Ayer había dicho que era una cazadora experimentada; unos minutos antes había insinuado que era tan dura como las plantas de aspecto frágil, cuyas firmes raíces habían perforado la propia roca, negra como el infierno. Ninguna de las dos declaraciones eran ciertas. Pocas mujeres habían viajado a lugares tan lejanos como ella, pocas habían visto, oído o experimentado tantas cosas como ella…, y, sin embargo, se había mantenido, de manera increíble, muy inocente e ignorante respecto al sexo. Sin una madre que la instruyera, sin tiempo para leer libros sobre la materia, ni libros disponibles siquiera, y siempre al lado de un padre tan absorto en la evolución del hombre que no había notado que se convertía en una mujer, Rebel no había tenido otra alternativa que permanecer tan inocente como el día en que nació.

¡Pero Luis Manchete no lo sabía! ¡Y ella no intentaba poner en sus manos un arma tan poderosa para atormentarla!

—Se contradice usted, señor —dijo ella, con la tranquilidad de su tono de voz desmentida por el leve temblor de sus rodillas—. Me acusa al mismo tiempo de ser dura como la roca y de ser frágil y tierna como una de las señoritas de su país que, aún en la actualidad, pocas veces cruzan el umbral de su casa sin un acompañante respetable. ¿Por qué habría de sentirme tímida ante

usted? —Con gran audacia se enfrentó al reto de sus ojos penetrantes—. Después de todo, usted no es más que un hombre, uno más de los incontables viajeros anónimos que han pasado por mi vida.

Se obligó a sí misma a mantener la mirada firme, una sonrisa enigmática prendida a sus labios, mientras los ojos grises parecían ensombrecerse.

—Ahora resulta más fácil comprender por qué Paulo sucumbió tan rápidamente ante usted, señorita Storm. ¡La exploración es sólo una actividad secundaria para usted, un recurso que le proporciona ilimitadas aventuras amorosas! Admito que al conocerla no pude decidir si era usted una niña provocativa o una mujer intrigante. Pero ahora ya no tengo la menor duda. A un hombre se le puede perdonar la afición a la caza, porque esta constituye un reto en su forma más elemental. Casi desde que el hombre empezó a vivir en la tierra, ha tenido que cazar para sobrevivir, pero usted no tiene la misma excusa. ¡Usted caza por la simple emoción de la persecución! Y, sin embargo —las comisuras de su boca se curvaron en un gesto de desprecio—, yo sospecho que en el fondo es usted cobarde, que su éxito como cazadora depende de que seleccione el tipo adecuado de presa —hizo una pausa y continuó—: Todas sus víctimas han sido tan jóvenes e inexpertas como Paulo, ¿verdad? Yo la reto, señorita —ella sintió su aliento sobre la mejilla— a probar su ingenio, habilidad y experiencia, luchando contra un enemigo más formidable…, ¡a convertirse en cazadora de piezas mayores! Enfrentarse al peligro es el mayor atractivo de la caza. ¡Atrévase a aceptar mi reto y descubra por usted misma la emoción de vivir la vida intensamente, experimentando el peligro, por el placer del peligro mismo!

Rebel permaneció inmóvil y rígida. Sabía que el hombre esperaba algún tipo de respuesta; pero ella no podía extraer ninguna idea clara del torbellino de sus pensamientos. ¿Qué era exactamente lo que esperaba que ella hiciera como consecuencia del reto? ¿Enfrentar sus habilidades femeninas a su susceptibilidad masculina, su experiencia contra su habilidad, seducir sus emociones como él se imaginaba que había seducido las de Paulo?

Inspirada por la necesidad de salvar su dignidad, logró dar a su voz un tono lento y aburrido:

—Ustedes, los hombre latinos, son tan temperamentales, que es fácil predecir cómo van a reaccionar. Están dedicados en cuerpo y alma a impresionar al sexo opuesto con su masculinidad. A mí me parece que, con todos los peligros de la selva a nuestro alrededor, debía seguir mi ejemplo y concentrar todas sus energías en la supervivencia, en lugar de desperdiciarlas en una inútil y aburrida batalla de los sexos.

Alegrándose de tener una excusa para poner cierta distancia entre ellos, Rebel se puso de pie de un salto y cogió su cámara. Se había movido sólo un par de pasos, cuando las manos de él se posaron sobre sus hombros, haciéndola volverse y enfrentarse a su rostro enfurecido. Sus palabras habían dado en el blanco.

—O es usted frígida o ha adquirido una técnica muy hábil para atraer el interés de los hombres —exclamó en tono acusador—. No me deja otra alternativa que descubrir por mí mismo cuál es la verdad.

Rebel no pudo determinar tiempo después el efecto que el salvaje beso tuvo en sus labios. De forma vaga, durante su lucha verbal, ella había notado que se acumulaban las nubes oscuras en el cielo, pero aun así, no estaba preparada para el ensordecedor estallido del trueno, la luz del relámpago y el estremecimiento de la tierra bajo sus pies, que coincidieron con el impacto de su boca violenta.

Instintivamente, se adhirió a su cuerpo musculoso por el efecto de la impresión, y sus dedos desesperados se asieron a los hombros de él, mientras era sacudida por los elementos y por su beso deliberadamente sensual, decididamente provocativo.

Se sintió muy humillada cuando escuchó la sonora carcajada de Luis Manchete. Rebel se puso en tensión, clavó las uñas en las palmas de sus manos, esperando que él la acusara de ser una novata. Se sonrojó cuando él le dijo con voz burlona:

—¡Su pasión es una chispa que se convierte en llama con sólo un beso!

Todavía muy consciente de la presión de los dedos de Luis Manchete en su piel, de la exploradora intimidad de su beso, Rebel dijo bruscamente:

—¡Cuando las pasiones no pueden controlarse se vuelven vicios, señor!

—Hay capacidad para el vicio en todos nosotros —le recordó él con dureza—. La virtud y el vicio van tan unidos, que con frecuencia es difícil separarlos.

Temblando de furia, Rebel levantó su cámara, ansiosa por captar algunas de las raras formas vegetales que se acumulaban alrededor del estanque y flotaban sobre sus aguas. La mayor parte de las especies de vegetación selvática parecía haber invadido aquel claro: lianas que buscaban la luz del sol: plantas enormes con hojas de colores; hojas de lirios que se extendían completamente planas; racimos de hongos de formas extrañas, algunos como estrellas, otros espinosos como cactus, otros más elevándose sobre tallos esbeltos que les daban el aspecto de delicadas sombrillas multicolores.

Consciente de que los ojos de él la estaban mirando con impaciencia, empezó a tomar fotos con furiosa rapidez. En su afán por fotografiar tantos objetos extraños como fuera posible, no se dio cuenta de que una erupción había brotado en su brazo.

Se detuvo un segundo para frotarse con aire distraído la parte irritada de su brazo, cuando él dijo:

—¡No se rasque! —Le tomó la muñeca para examinarle el brazo —. ¿Qué le está molestando: una picadura o una irritación?

Se estremeció al sentir su contacto, mientras él le levantaba la manga, viendo unas gotas de sangre coagulada en su piel.

—No es nada —murmuró Rebel.

Cuando trató de retirar el brazo, los dedos de él se adhirieron con fuerza a su muñeca, deteniéndola. En silencio, tuvo que resistirse al cuidadoso escrutinio del hombre; aunque estaba convencida de que la erupción no tenía ninguna importancia, se sintió aliviada cuando él lo confirmó.

—Le mordió una mosca plum. Es un insecto diminuto, casi invisible, que pulula cerca de las aguas turbulentas. Venga, aléjese de la cascada —los ojos de él se empequeñecieron para ocultar lo que ella estaba segura era el principio de una sonrisa burlona—. Creo que los dos nos refrescaríamos si nadáramos un poco. Verá usted que el extremo más lejano del estanque es seguro, transparente y deliciosamente fresco.

Como se sentía pegajosa y acalorada, la idea le pareció a Rebel demasiado buena para resistirse. Asintió con ansiedad; entonces titubeó, al recordar un serio problema.

—No se me ocurrió traer traje de baño —confesó con tristeza.

—A mí tampoco —confirmó él—. Pero, sin duda alguna, con todos esos años que lleva viajando por el mundo, debe haber aprendido a aceptar que la comodidad es mucho más importante que el pudor, ¿no?

Ella había aprendido eso, desde luego, y en cualquiera otra circunstancia no habría vacilado en quitarse la ropa y bañarse en cualquier lugar seguro; pero en este caso, aunque el estanque era seguro, sospechaba que el hombre no lo era.

Recordó que entre los exploradores existía un código de honor que protegía a las viajeras del sexo femenino. Era un código al que se adherían todos estrictamente, que hacía innecesario temer una intromisión desagradable o una mirada indiscreta.

—Muy bien —dijo por fin, confiando extrañamente en que Luis Manchete, era también un caballero honorable—. Dese la vuelta mientras me desnudo, por favor. Le gritaré cuando esté lista.

El agua resultó tan agradable como parecía. Durante diez gloriosos minutos, Rebel disfrutó la deliciosa sensación de sentirse totalmente cubierta por el agua fresca y cristalina. Procuró mantenerse siempre de espaldas a su inquietante compañero, confiando en que él no dirigiría miradas furtivas a su desnudez, pálidamente visible bajo el agua transparente y sintió que su fe en él estaba justificada, cuando, después de chapotear ruidosamente durante un rato, Luis gritó desde el otro lado del estanque.

—¿Quiere que le preste mi pastilla de jabón?

—Sí, por favor —gritó ella con gratitud—. Me encantaría lavarme el pelo.

—El hacérsela llegar presenta claras dificultades —por el tono de su voz ella supuso que estaba sonriendo—. Para evitarle cualquier turbación, mantendré los ojos cerrados… si usted sigue mi ejemplo o no, es cosa suya.

Un intenso sonrojo subió a sus mejillas cuando un ruidoso chapuzón le indicó que él se había hundido en el agua y nadaba hacia ella. Empezó a mirar con desesperación a su alrededor, buscando alguna forma de protección. Entonces, con una exclamación de alivio, cogió una gran hoja de lirio, que pasaba flotando en esos momentos.

Cuando un rostro moreno, con ojos todavía cerrados, surgió del

agua, ella colocó la hoja entre los dos.

—Puede abrir los ojos si lo desea —dijo ella, confiada en que su desnudez estaba suficientemente protegida.

Su instantánea aceptación la turbó, al igual que su visible desilusión.

—Siento desilusionarle, señor —dijo con voz muy seria—. Obviamente usted pensó que la invitación tenía una doble intención.

Sin mostrarse desconcertado, le extendió la pastilla de jabón por encima de la hoja y sus ojos hicieron un tranquilo recorrido por los hombros suavemente redondeados, para detenerse con notoria intensidad en el cabello.

Nerviosa por la silenciosa observación a que la tenía sometida y con el recuerdo de sus palabras todavía hirientes, dijo con brusquedad:

—¡Soy la chica que es incapaz de elevar su temperatura, recuerde! ¡Lo cual me parece muy bien, teniendo en cuenta que le considero el último hombre del mundo que merece ese privilegio!

Consolada por el pensamiento de que por fin había logrado desconcertar a aquel brasileño con lengua de látigo, se dedicó a enjabonarse generosamente. Sabía, por el sonido de sus movimientos, que había salido del estanque y tenía éste para ella sola. Así que se dedicó a nadar libremente, hundiéndose y chapoteando hasta que estuvo libre de jabón. Por fin, casi a su pesar, salió del estanque.

Cuando iba a coger su ropa, se quedó inmóvil, aterrorizada por una hilera de rostros anchos, feos, con tatuajes bárbaros, que la miraban desde los arbustos. Hasta que no empezaron a moverse hacia ella, en actitud amenazadora, no recobró la voz.

—¡Luis! —gritó y echó a correr, invadida por el pánico, hacia el lugar donde le había visto por última vez.

El respondió saltando de los arbustos que había al otro lado, y se tambaleó cuando Rebel se lanzó a él.

—¡Luis… Luis! —balbuceó, sin darse cuenta en medio de su terror que le estaba llamando por su nombre de pila—. ¡Vienen hacia mí…, de aquellos arbustos…, es una horda de horribles salvajes!

Brazos consoladores rodearon su cuerpo mojado y desnudo, pero

la risa contenida en la voz de él hizo que se quedara rígida por la sorpresa.

—¡Eres un desconcertante enigma, querida mía! —dijo Luis en tono de broma, tuteándola por primera vez—. No hay la menor duda de que eres una chica valiente, pero tu mayor fuerza está precisamente en tus repentinos ataques de debilidad.

Capítulo 6

El calor de la humillación secó la humedad del cuerpo de Rebel. Oculta tras los arbustos hacia los cuales la había empujado Luis Manchete, se puso la ropa a toda prisa y entonces hizo acopio de todo su valor para salir de nuevo al claro.

Luis Manchete se encontraba de pie, de espaldas a donde ella estaba, rodeado de salvajes desnudos. Éstos tenían los cuerpos pintados con manchas y rayas que imitaban de forma elemental las marcas peculiares de la piel de los animales salvajes. Para sus ojos asustados, los salvajes se antojaban muy amenazadores. Habían formado un círculo alrededor de él, y hacían gesticulaciones acompañadas de extraños gruñidos. Él parecía muy tranquilo, sonreía y asentía, como si encontrara sentido a los gruñidos que lanzaban los otros. Ella titubeó y esperó un momento, sin ser notada, en la orilla del claro, mirando con ojos muy abiertos a aquellos hombres que parecían apenas a un paso de poder ser considerados animales, más que seres humanos.

Sin embargo, de manera extraña, no era la posibilidad de enfrentarse a sus miradas lo que la hacía temblar mientras se preparaba para la confrontación, sino el desprecio contenido en la burla de un solo hombre.

La reacción de los indios a su presencia fue desconcertante. Tan pronto como uno de ellos la vio, el aullido que lanzó atrajo las miradas de sus compañeros. Cuando Rebel esperaba una reacción hostil a su presencia, la asombraron cayendo de rodillas ante ella y bajando la cabeza hasta el suelo. En apariencia, no sólo estaban impresionados, sino invadidos por el temor.

—¿Qué significa esto? —preguntó a Luis Manchete, que se deslizó entre los hombres postrados ante ella, para llegar a su lado.

—Su reacción no es sorprendente —dijo él indicando con un gesto las alborotadas cabezas negras—. Póngase en un lugar de estos hombres, que han estado siempre aislados del mundo que nosotros conocemos. —Rebel se dio cuenta de que volvía a hablarle de usted—. Han estado separados de la civilización por muchos kilómetros de selva impenetrable, viviendo en lo que casi podría considerarse como otro planeta, rodeados solamente de árboles, tierra y agua. Hasta hace unos años, las únicas criaturas vivientes que habían visto, eran los animales de la selva. Por eso mi aparición aquí fue recibida con asombro y un grado considerable de desconfianza. Sin embargo, ni siquiera el contacto con un miembro de una raza diferente fue suficiente para prepararlos para el espectáculo de una criatura con piel tan blanca y pelo tan rubio, que surgió de un estanque para aparecer a sus ojos como uno de esos ángeles que hicieron su aparición en los tiempos bíblicos. Ellos la consideran a usted su milagro privado, señorita —ni en sus ojos ni en su voz había el menor rastro de burla—, una reencarnación de la amazona que han adorado como diosa de su tribu durante siglos.

«¡Es demasiado absurdo para ser verdad!», se dijo Rebel a sí misma, mientras su compañero y ella eran escoltados a través de la selva.

—¡No puedo creer que esto esté sucediendo! —murmuró y se llevó una mano a la frente, en actitud de desconcierto—. ¿Cómo puedo parecerles yo la representación de un ángel?

—Hay dos tipos de ángel —le recordó él en tono seco—. Por la seguridad de ambos espero que no sospechen nunca que es usted de los ángeles caídos. De otra manera, nuestra visita, que debe ser un intervalo de corta duración, terminaría como la historia de Lucifer…, ¡con un rápido y doloroso descenso a los infiernos!

La aldea de los nativos se encontraba en un claro, rodeado por la espesura de la selva. Estaba formada por chozas con techos de palma. Pequeños montones de la harina blanca preparada de las raíces de mandioca habían sido colocadas anta la puerta de cada casita. Las chozas estaban esparcidas sin mucho orden alrededor de una elemental plazoleta. En el exterior de ellas había también hachas, utensilios de pesca primitivos, arcos hechos con madera de

palmera y algunas puntas de flecha, de aspecto amenazador.

Cuando iban en dirección a la plazoleta, un grupo de nativos de ambos sexos empezaron a reunirse en tomo a un hombre con muchas cuentas alrededor del cuello y el cuerpo muy pintado que parecía ser el jefe de la tribu. Una exclamación que podía interpretarse como *Curupira*, salió de sus labios al ver a Luis Manchete. Entonces él y el resto de los nativos retrocedieron con una exclamación general de asombro, cuando vieron a Rebel.

—¡Otra vez lo mismo! —murmuró Luis Manchete entre dientes —. ¡Trate de mostrar una actitud llena de dignidad, si le es posible, y dé gracias a las estrellas por nacer blanca, rubia y de ojos azules, porque cualquier otro tipo de mujer habría sido colgada del árbol más cercano!

Sospechando que él consideraba esta última posibilidad nada desagradable, exclamó con exagerada dulzura:

—¿Qué le pasa, señor? Parece un poco disgustado, ¿será porque una mujer ha logrado arrebatarle el poder? Tal vez usted esté ciego a mis encantos, pero los nativos no lo están.

—Lamento mucho desilusionarla —dijo él con sarcasmo—, pero si se imagina que los nativos la miran como un símbolo sexual, está muy equivocada. Su gusto se inclina hacia las mujeres de enormes proporciones; cuanto más gordas son, más fuertes y bellas les parecen.

Él parecía poseer una extraña habilidad para desinflar su ego. En todas las batallas, fuera de palabras o de miradas, ella resultaba perdedora. Cuando la condujo hacia adelante, para presentarla al jefe de la tribu, Rebel se encontró deseando tener la oportunidad de, por lo menos una vez, humillarle como ella había sido humillada, de bajarle de su pedestal, para que supiera lo que se sentía al morder el polvo.

Siguiendo las instrucciones de Luis Manchete se puso muy erguida, aunque fuera para demostrar el gran valor que se esperaba de alguien importante. El jefe extendió lentamente la mano y sus dedos negros y ásperos se acercaron lo suficiente para tocar apenas la piel suave e inmaculada del brazo de Rebel. Dio un salto hacia atrás, como si el contacto con ella le hubiera producido una descarga eléctrica. Entonces se dirigió a Luis con lo que parecía ser una pregunta.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó ella a su vez, sintiendo curiosidad por la expresión de asombro del jefe.

—Él esperaba que su diosa fuera más etérea —le dijo con una perversa sonrisa—, pero ahora que ha descubierto que usted es de carne y hueso quiere saber si trae el cuerpo cubierto porque es diferente a otras mujeres, o si su atuendo masculino es para recordarme que el practicar el sexo con una diosa es tabú.

El color que subió a sus mejillas produjo exclamaciones de asombro en los nativos que la observaban. Intensamente intrigados, formaron un círculo cerrado y curioso alrededor de ella.

Involuntariamente, ella expresó su repulsión moviendo las manos para alejarlos. Un gesto de desdén que tuvo el efecto de hacerlos retroceder tambaleantes, para caer al suelo, a pocos metros de sus pies.

Cuando el jefe hizo sonar las manos, los nativos se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia el interior de las chozas, para salir casi inmediatamente, unos llevando tambores, otros con largas flautas hechas de carrizo y las mujeres adornadas con plumas y muchos collares de piedras de colores, toscamente cortadas.

Indicando a Rebel y a Luis que se sentaran, el jefe se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Cuando los músicos, los ancianos y los niños de la comunidad lo imitaron, ellos ocuparon su lugar en un amplio semicírculo. Cuando los tambores iniciaron un ritmo palpitante, los hombres y las jóvenes que habían quedado dentro del círculo empezaron a tomar diferentes posturas y a saltar; después hicieron graciosos movimientos y entonces, gradualmente, sus cuerpos desnudos empezaron a retorcerse y a balancearse al ritmo de los tambores, que se iba haciendo más y más rápido.

Usaban el lenguaje de la danza para demostrar su alegría, su asombro y su profunda adoración a la diosa que les había honrado con su visita.

Con ojos brillantes por la admiración, miró de reojo a Luis y se sorprendió de ver que estaba frunciendo el ceño.

—No parece usted muy contento con la danza, señor —dijo ella inclinándose y mirándole con aire desafiante.

—No me gusta el fervor que están poniendo en esto —admitió con lentitud—. Las tribus primitivas bailan para expresar su actitud emocional hacia algún acontecimiento que piensan afecta a toda su

tribu. En este caso, parecen muy felices de que se haya sumado a sus filas una gran benefactora. De acuerdo con sus cantos, ahora los animales se lanzarán hacia sus flechas, los peces saltarán de los ríos y habrá suficiente mandioca para satisfacer todas sus necesidades. Aun si estos beneficios no materializaran —le aseguró con seriedad —, su filosofía pueril les convencería de que si se le da un poco de tiempo, su diosa les hará un milagro.

Rebel le miró fijamente y se sintió tentada de burlarse de su teoría, pero su expresión sombría le hizo contenerse.

—Usted posee la desagradable habilidad de ponerme nerviosa —dijo temblando—. ¿Me quiere decir que cuando estemos listos para irnos, es posible que encontremos dificultades para convencerles de que nos dejen ir?

—Cualquier cosa que tiene influencia sobre su abastecimiento de alimentos es de primordial importancia para ellos —explicó de forma lacónica—. Aunque la selva parece tan exuberante, debido a la pobreza del subsuelo los nativos tienen que trabajar muy duramente solo para sobrevivir. Todo lo que logran cultivar son unos cuantos sembrados escuálidos de mandioca, algunos plátanos y cocoteros, un poco de algodón y tabaco. Se consideran afortunados si consiguen pescar o cazar algo. No es de asombrar que sean pueblos llenos de supersticiones, que tratan cada acontecimiento desacostumbrado como un presagio, cuando su principal fuente de supervivencia es la esperanza.

Cuando los danzantes dejaron de bailar, la noche había caído ya, y empezaban a encenderse hogueras bajo las ollas de la comida, frente a las *malocas*, que eran chozas que albergaban a tres o cuatro familias.

Indicándoles que deseaba que lo siguieran, el jefe les condujo a través del claro y entonces señaló con orgullo una nueva *maloca*, que estaban terminando de construir.

En el interior, una joven nativa estaba anudando algodón alrededor de los manojos de fibra de palmera, para terminar un par de hamacas, una de las cuales estaba ya colgada de dos estacas, por encima de su cabeza.

—¿Prefiere dormir en la hamaca de arriba o en la de abajo? —preguntó Luis en tono perezoso, disfrutando de la ola de turbación que coloreó las mejillas de Rebel—. Para librarme de la

incomodidad de compartir una choza con los solteros del pueblo, que duermen tan apretados en el suelo, que cuando uno se da la vuelta tienen que hacerlo todos los demás, le dije al jefe que es usted mi esposa. Sin embargo, para no quitarle su condición de diosa les expliqué que cuando una diosa asume forma humana, naturalmente hereda todos los apetitos humanos. Encontraron muy lógico ese razonamiento.

—No dudo que sea así —murmuró ella—, teniendo en cuenta que su estructura mental es tan simple como la de un niño. ¡Pero le va a ser muy difícil convencerme para que comparta una choza con usted! Si no quiere dormir con los nativos, entonces coja una manta y duerma en la selva.

Él esperó hasta que el jefe se marchó y estuvieron solos dentro de la choza, para reprocharle en tono de burlona lamentación:

—¿Me dejaría a merced de las serpientes, de los ciempiés y de las hormigas que pueden convertir a un animal en un esqueleto en cuestión de minutos?

Rebel pensó que Luis estaba tratando de aprovecharse de su compasión. Era un viajero demasiado experimentado para caer en una trampa así.

—Pues búsquese un oso hormiguero, para que se las coma —sugirió ella, andando nerviosa alrededor de la choza.

Desorientada por una casi total oscuridad, calculó mal la posición de Luis y fue a dar precisamente contra él.

—¡Mujercilla sin corazón! —Manos inmisericordes se aferraron a sus hombros—. ¿De qué tiene miedo? —Él la sacudió con fuerza—. ¿De mi venganza? ¿Tiene miedo de que ha llegado por fin el día de la justicia y que no puede correr a refugiarse bajo el ala paternal? ¡Tiene usted mi palabra, señorita, de que no necesita temer nada de mí…, ni siquiera si estuviéramos compartiendo una cama y mucho menos durmiendo en dos hamacas separadas!

Pero sus sentidos, invadidos por el pánico no quisieron darle crédito, no cuando la intimidad de su beso ardía todavía en sus labios.

¡Pero él parecía decidido a quedarse! ¡No podía echarle de allí por la fuerza, y no había a quien ella pudiera acudir, a menos que…!

Tan pronto como el presentimiento se le ocurrió, actuó de

acuerdo con él. Corrió hacia la puerta de la choza y gritó tan fuerte como le fue posible en dirección de las hogueras donde podía percibir las siluetas de los grupos de nativos.

—¡Socorro, auxilio, ayúdenme, por favor…!

El lenguaje de un grito femenino de auxilio es universal. En cosa de segundos los nativos les rodeaban, mirando a Rebel y a Luis, que había aparecido en el umbral.

Irguiéndose hasta donde le era posible, Rebel señaló con un dedo acusador a Luis. Entonces hizo gestos a los nativos, diciéndoles que se lo llevaran.

—¡Vaya, condenada diablilla intrigante…! —Furioso, empezó a andar hacia ella, con expresión amenazadora, sólo para ser detenido por una lanza que amenazaba clavarse en su cuello.

—Por fin, señor —dijo ella con aire de triunfo—, he encontrado una forma de pagarle por su arrogancia, por sus eternos insultos y, sobre todo, por ese truco amoroso con el que trató de hacerme pagar por la forma en que se imaginó que había tratado a Paulo.

Sin embargo, después de cinco minutos de estar sola, en la profunda oscuridad de la choza, Rebel se convenció de que había actuado como una tonta. En cierto sentido, Luis Manchete estaba en lo cierto: echaba de menos la compañía de su padre. Por primera vez en su vida estaba sola, en un lugar mucho más peligroso que cualquiera de los que había explorado. Comparados con esta experiencia, sus viajes anteriores habían sido simples juegos, juegos de placer, con escasos riesgos verdaderos. ¡La realidad del Amazonas se había vuelto mucho más dramática de lo que ella se había imaginado!

Mientras se balanceaba en la hamaca, en el centro de un foso de oscuridad, Rebel sentía que se iba hundiendo más y más en una extraña selva; estaba segura de que sería tragada por ella y desaparecería sin dejar rastro, sin que nadie supiera cuál había sido su destino. El ruido de algo que se arrastraba la hizo levantar el pie del suelo. ¿Era una serpiente venenosa que se deslizaba hacia ella para morderla? La histeria se apoderó de ella. ¡Qué tonta había sido al entregar a Luis Manchete a los salvajes, cuya conducta nadie podía predecir! ¿Qué pasaría si le hacían algo…, si lo mataban?

Ese pensamiento no se le había ocurrido hasta entonces. Un grito se ahogó en su garganta. Saltó de la hamaca; ante esa

posibilidad, todos los demás peligros quedaron olvidados. Corrió hacia la puerta, con desesperación. Afuera había un oscuro y abrumador silencio; ni siquiera los vestigios del fuego de las hogueras iluminaban ya la oscuridad. Casi llorando de miedo, empezó a correr en dirección a la plazoleta del pueblo. Llevaba los ojos dilatados de terror, tan cegada que no se dio cuenta de la sombra oscura que avanzaba hacia ella y que la asió por los hombros, cuando ella hubiera pasado corriendo por su lado, sin notarla. Una mano cubrió su boca, ahogando el grito que había subido a sus labios. Entonces una voz familiar murmuró a su oído:

—¡Por lo que más quieras, cállate! Soy yo… Luis. ¿Qué haces corriendo por aquí como una loca?

—¡Luis…! —exclamó, sin intentar siquiera disimular su terror o el temblor que la estaba sacudiendo de pies a cabeza—. ¡Pensé…, me aterrorizaba pensar que los nativos podían haberte hecho algo…, no se me ocurrió eso cuando te hice esa broma tonta! ¡Oh, Luis, me alegro tanto de que estés bien!

Ella percibió su vacilación, escuchó su exclamación de sorpresa; entonces fue repentinamente levantada del suelo y sostenida muy cerca de su pecho. Se sintió tan feliz por su presencia, que le había tuteado sin darse cuenta y aceptaba, de igual forma, que él volviera a tutearla.

—No era necesario que te asustaras —la consoló él, con cierta severidad, andando hacia la choza que surgía como una sombra en la oscuridad—. Basándome en la premisa de que las mujeres y sus maridos actúan de la misma forma en el mundo entero, expliqué a los nativos que nuestra dificultad había sido una simple riña de enamorados. Demostraron que mi suposición era correcta, porque me urgieron a probar suerte contigo una vez más. Me alegra mucho haber seguido su consejo, querida mía. Los hombres sabemos tan poco de las mujeres —admitió con un suspiro—, que no es de asombrar que piense en el Amazonas como en una mujer. Como una mujer, puede ser fascinante e irritante, vigorizante y abrumadora, bromista o mortal. Entonces, cuando el hombre cree que le conoce bien, puede confundirlo con un cambio total de carácter.

Entró en la choza; sus ojos de merodeador nocturno encontraron la hamaca sin dificultad. Entonces, después de colocarla con suavidad en ella, retrocedió para decir:

—Duerme bien, mi joven amazona…, desconcertante enigma del hombre…

Capítulo 7

El día había amanecido fresco, pero Rebel esperó hasta última hora de la tarde, cuando los rayos de sol empezaban a declinar, antes de tomar su cámara y dirigirse hacia el río. Había pensado ir sola, pero cuando se disponía a salir de la choza, Luis Manchete se acercó a ella. Parecía venir de la plazoleta del pueblo.

—¿Adónde vas? —preguntó, mirando el equipo fotográfico.

—Hay una fotografía que quiero tomar del río y a esta hora del día la luz es casi perfecta —le explicó. Se puso a la defensiva a causa de la severa mirada de él, ya que le había ordenado que nunca se alejara sola de la aldea.

—Iré contigo —le dijo y después la sorprendió agregando—: Con frecuencia he examinado las fotografías de los libros de tu padre, asombrado de la habilidad de un fotógrafo capaz de captar todo…, uno casi puede sentir el movimiento del viento, o percibir la humedad del agua. Algunas de tus fotografías son tan extraordinariamente bellas, que nunca me canso de mirarlas. Tal vez tenga usted defectos como viajera, señorita, pero son ampliamente compensados por tu habilidad como fotógrafo. Si me lo permites, me encantaría observar tu técnica. Prometo no molestarle.

—Por supuesto —dijo ella, casi tartamudeando, confundida por aquella ola de alabanzas procedentes de un hombre que le había tratado con tanta dureza—. No me molesta tu presencia —le aseguró con cierta timidez—. Pero debo advertirte que si encuentro un tema interesante, mi trabajo me absorbe de tal modo, que me olvido del resto del mundo.

Mientras penetraban en la selva, Rebel se sorprendió al descubrir lo interesado que estaba él en su trabajo y los profundos conocimientos que tenía sobre la fotografía. Su timidez desapareció, cuando se concentró en dar respuestas claras y sensatas a sus preguntas.

—Aunque un tema puede parecer bello —le explicó—, no siempre resulta en una bella fotografía. Mucho depende del uso que un fotógrafo haga de su cámara. Esta tarde, por ejemplo, me gustaría tomar una foto que dé la impresión de que se está viendo la cascada a través de las hojas. Pero, para lograr el efecto deseado, debo organizar con todo cuidado el marco, de modo que la forma de la cascada sea complementada por las hojas del frente. Esto también contribuye a resolver el problema de hacer una composición fotográfica cuando hay movimiento.

—¿Cómo evitas el error de permitir que las hojas del frente roben la atención de quien está viendo la fotografía?

—Encuadrando con el máximo cuidado. La exposición es también crucial; con poca velocidad en el obturador se hace un poco borrosa el agua en movimiento, mientras que las piedras y el follaje destacan con intensidad. Debido a que, en tales casos, se usa una abertura más pequeña, esto da mucha vitalidad a la escena, que es uno de los secretos de la buena fotografía. Muchas de mis fotos favoritas han sido tomadas con una exposición múltiple. Usando tales métodos he logrado captar los detalles y dar la impresión de movimiento al mismo tiempo; las hojas parecen bailar en un árbol, las flores parecen inclinarse y ser sacudidas por la brisa. Ése es el método que intento emplear esta tarde —confesó ella—. La foto que intento tomar esta tarde es en una zona llena de sombras, donde apenas hay suficiente luz para captar el movimiento del agua y dar suficiente profundidad a la escena; por lo tanto yo, voy a probar una serie de exposiciones cortas que, espero, intensifiquen la luz, pero den por resultado una imagen bien definida.

De pronto se dio cuenta de cuánto había hablado sin detenerse. Se interrumpió y se apresuró a disculparse, ruborizada.

—Perdóname por abrumarte con tanta explicación… no hay nada más aburrido que escuchar a un poeta recitando sus propios versos.

—¡Qué gran cúmulo de contradicciones eres! —le riñó él con

suavidad—. Por una parte, tratas de ser un paladín de causas absurdas, y por otra, un pozo secreto de inteligencia y serena capacidad. Tienes mucho en común con el Amazonas, Rebel, un río que, debido a la forma caprichosa en que llegan a él los afluentes, nunca es regular su curso.

A pesar de esta extraña comparación, la tarde se convirtió en una de las más agradables que Rebel había pasado jamás. Con la tranquilizante presencia de él a su lado, se volvió fácil admirar la violenta belleza del ambiente y olvidar la siempre presente amenaza del peligro.

Cuando el calor de la tarde se hizo excesivo, suspendieron el trabajo. Luis despejó un pequeño espacio en el suelo, cerca del río, asegurándose de que estaba libre de hormigas antes de reunir suficientes hojas de plátano silvestre, hojas anchas y lisas, que extendió sobre el suelo, a modo de manta improvisada.

Durante un rato se sentaron en silencio, contemplando la calma aparente del lugar y que, con un poco de observación, se transformaba en impresionante actividad: unas hojas se movían cuando corrían por ellas las lagartijas; las ramas de un arbusto se estremecían bajo el peso de una araña merodeadora; mariposas de tonalidades brillantes de azul y negro revoloteaban lánguida y silenciosamente y se oía el crujido de la fruta madura que caía de los árboles.

Rebel fue sacada de sus sueños, por un aullido que resonó por toda la selva.

—Es un mono que advierte a posibles intrusos que respeten su territorio —explicó Luis, divertido por la expresión de Rebel.

—¿Hay animales grandes en la selva? —preguntó, dándose cuenta de pronto, que las únicas criaturas que había visto entonces eran insectos, pájaros y unos cuantos reptiles pequeños.

—Muy pocos —contestó él— y los que existen están tan aislados que uno los ve pocas veces. A eso se debe que los indios coman muy poca carne fresca. La razón de la escasez de animales es simplemente que no hay suficiente comida para permitirles sobrevivir. Los únicos que han subsistido son aquellos que se han adaptado a las condiciones peculiares de esta región, ya sea haciendo sus hogares en lo alto de los árboles, o en las riberas de los ríos donde la luz y los alimentos se han concentrado.

—¿Quieres decir que la mayor parte viven allí arriba? —Rebel miró hacia el techo de la selva y vio precisamente un grupo de monos acrobáticos deslizándose de rama en rama.

—Sí —afirmó él moviendo la cabeza—, hasta el jaguar y el puma, que parecen encontrarse más a gusto en tierra firme y a los que vemos muy pocas veces de día. Por la noche la selva retumba con los rugidos de los felinos mayores, que andan al acecho. Pero no dejo de preguntarme por cuánto tiempo más… —A Rebel le asombró la repentina amargura de su voz y la dureza de su expresión cuando continuó malhumorado—: Dentro de poco tiempo, serán desplazados, perseguidos y, por último, destruidos por la invasión del hombre blanco.

Ella contuvo el aliento al darse cuenta del efecto que sus pensamientos parecían estar teniendo en aquel hombre tan duro.

¡Curupira! Hasta ese momento había considerado que el título resultaba demasiado dramático para aquel hombre remoto, de modales fríos, que mantenía un firme control sobre sus emociones; pero ahora pudo percibir la fuerza de su furia interna, la potencia de su preocupación por los habitantes de esta zona tan peculiar. ¡Y empezó a darse cuenta de que con causa suficiente, con las pasiones debidamente inflamadas, Luis Manchete podía convertirse en un hombre digno del título de salvaje!

—¿Usted considera que traer aquí la civilización sería más una amenaza que un beneficio? —preguntó ella.

—Es una tragedia, ni más ni menos —le dijo con sencillez—, un crimen contra la única forma simple de humanidad que queda en este mundo cada vez más materialista. Sólo para satisfacer la ambición de riqueza del hombre, el Amazonas está siendo violado, despojado de su pureza. Sus lugares más preciosos y secretos están siendo pisoteados por la codicia de los buscadores de oro, los leñadores y por miles de agricultores, que se disponen a colonizar esta región engañados por literatura promocional llena de mentiras. En ella se insinúa que, debido a que la selva es tan exuberante, se obtendrán cosechas igualmente exuberantes. Pero esta región jamás será adecuada para la agricultura, como lo han estado comprobando los indios que han estado sembrado en la selva desde hace muchos miles de años, con lamentables resultados. Sin embargo, la destrucción continúa. Excavadoras y Jeeps siguen ganando terreno

a la selva. Miles de hectáreas de selva han sido taladas y quemadas, por hombres que se niegan a aceptar el hecho de que el Amazonas no puede ser domesticado, ¡que, como una verdadera amazona, el río prefiere morir que someterse al vasallaje!

Rebel lo miró en silencio. Envidió al río, al que se imaginaba como una mujer, preguntándose con cierta tristeza cómo una mujer de carne y hueso podría competir por el cariño de un hombre tan profundamente comprometido, dominado de forma tan absoluta por su impresionante amante.

—Hablas del Amazonas como si fuera una mujer…, la única mujer que has amado —murmuró ella, con voz vacilante.

La brillante sonrisa de él hizo que el corazón de Rebel diera tal salto, que parecía querer subir también a la copa de los árboles.

—Un objeto bienamado que estoy en peligro de perder —admitió con voz muy seria—. Por eso me alegra, y agradezco, que el resultado de tus esfuerzos ayude a preservar su memoria.

Cuando Rebel hubo tomado suficientes fotografías de la escena que quería captar, el cielo se había oscurecido y empezaba a soplar un viento que enfriaba rápidamente el ambiente. Sin embargo, cuando Luis sugirió que ya era hora de regresar, ella le pidió:

—¿No podíamos ir un poco más adelante? Me parece oír otra cascada no lejos de aquí.

Para su alivio, él no protestó, sino que indicó una canoa atada a un árbol, en la orilla del río.

—Podemos usar esta canoa —su sonrisa bonachona pareció indicar que estaba muy de acuerdo con el plan de ella—. Parece muy primitiva, pero es perfectamente segura, siempre y cuando recuerdes que no debes moverte mucho si no quieres volcarla.

Rebel no tenía intenciones de hacer nada que le disgustara. Durante aquella tarde la relación entre ellos parecía haber progresado de una corriente rápida y turbulenta, a un remanso de aguas tranquilas. Una o dos veces se habían mirado fijamente a los ojos, y se habían llamado por su nombre de pila. En ambas ocasiones, Rebel sintió que se le secaba la boca y le latía intensamente el corazón. Sus repentinas alabanzas, su sincero interés en el trabajo de ella, habían sido para Rebel bálsamo en su orgullo herido, de tal modo que el recuerdo de la tarde anterior, en que había corrido desnuda a sus brazos, empezaba a volverse un

tanto borroso, así como el terrible dolor que había sentido desde la primera vez en que él declarara que no tenía interés en ella como mujer.

Como hombre, en cambio, ella le encontraba muy interesante. Por primera vez en su vida había empezado a sentir todo tipo de aterrorizantes, emocionantes, confusas y sensitivas emociones, por estar en compañía de alguien del sexo opuesto. Para una muchacha que había sido privada hasta de jugar con otros niños, que durante toda su adolescencia su padre había estado siempre presente, para asegurarse de que la trataran como a una niña, una hermana, una sobrina, o hasta una nieta sus compañeros de viaje o de expedición, había sido difícil llegar a la conclusión de que estaba enamorada…, ¡enamorada de un hombre que en más de una ocasión había expresado su completa indiferencia hacia ella!

Sin embargo, cuando tomaron una ligera curva que hacía el río y vieron caer volúmenes de agua de un acantilado hacia las puntiagudas piedras que había abajo, el mundo le pareció más maravilloso que nunca. Cuando vivió la cabeza hacia Luis, se sintió presa de una repentina ola de alegría.

—Rema un poco más hacia el torrente —le suplicó, con las manos temblando de emoción mientras enfocaba la cascada de agua, sombreada por una nube, que apenas si dejaba penetrar los últimos rayos de un sol agonizante. Ella empezó a disparar su cámara de manera febril, ansiosa por captar la escena desde todos los ángulos, antes de que desapareciera el débil rayo de sol.

—¡Con cuidado, Rebel! —El grito de advertencia de Luis llegó tarde para impedir que se inclinara demasiado para la seguridad de la frágil embarcación. Mientras estaba gritando la advertencia, la canoa se volcó, precipitándolos en el agua turbulenta, llena de afiladas piedras.

El único pensamiento de Rebel, al caer en las heladas aguas, fue que debía salvar su cámara. Con desesperación estiró todo lo que pudo el brazo hacia arriba, mientras con el otro nadaba hacia la orilla, que por fortuna estaba bastante cercana. Pero cuando una mano áspera le tomó el hombro, se relajó y flotó boca arriba sobre la superficie, mientras Luis la remolcaba hacia aguas poco profundas.

Había puesto apenas el primer pie en la orilla, cuando explotó la

furia de él.

—¡Tonta! ¡Necia! ¡Grandísima estúpida! ¿Cómo pudiste arriesgar tu propia vida para salvar un objeto que es reemplazable? Si no hubiera llegado a tiempo, te habría visto por última vez con una mano izando una cámara…

El cabello negro y empapado, que se adhería a la cabeza, añadía un énfasis marcado a su furia, mientras permanecía de pie en la orilla, rugiendo como una fiera de la selva, con su esbelto cuerpo escurriendo agua de arriba abajo. Esta breve comparación resultó demasiado para el sentido del humor de Rebel. La risa empezó como un murmullo ahogado en el fondo de su garganta, para después ascender a sus labios y estallar en una explosión de incontrolables carcajadas.

Cuando más reía ella, más furioso parecía él, hasta que por fin el cuerpo dolorido de Rebel no pudo resistir más la presión de la risa y pudo contenerse.

—¡Oh, Luis…! —dijo, con voz todavía trémula—. Siento mucho que te hayas asustado, pero no hay necesidad de que estés tan indignado. ¡Después de todo no ha sido más que un simple chapuzón!

Su comentario fue como la chispa que encendió la dinamita. Tuvo una impresión momentánea de ojos enfurecidos, entonces la tierra, el cielo, los árboles y el agua parecieron explotar a su alrededor, cuando fue tomada y sacudida con tanta fuerza que pensó que la cabeza se le iba a desprender de los hombros.

La dicha que había sentido toda la tarde desapareció como por arte de magia, devorada por el calor de la furia de Luis.

—¿No tiene usted sentido del humor, señor? —exclamó, enfadada, a través de la pequeña distancia que había logrado poner entre ellos—. ¿Es usted tan consciente de su papel de orgulloso conquistador, que no puede apreciar un chiste hecho a costa suya? ¡Ha vivido demasiado tiempo entre nativos impresionables! —se empezó a frotar los hombros para borrar el dolor producido en ellos por las manos masculinas—. ¡Necesita usted ser ridiculizado de vez en cuando, aunque sólo sea para recordarle que en el país de los ciegos, el tuerto es el rey!

—¡Como usted, señorita, necesita que se le recuerde que debe actuar en la forma que se espera de una mujer, en lugar de hacerlo

como un marimacho, que prefiere los pantalones a las faldas y tiene una irritante tendencia a comportarse como una alocada adolescente!

Ella luchó por contener las lágrimas. Mirando hacia atrás, comprendió que se había portado alocadamente, que debía haber reaccionado de forma instantánea a su advertencia, en lugar de dejarse absorber por su tarea. Aun así la fuerza de la reacción de él era del todo desproporcionada al tamaño de su pequeño «crimen», después de todo él debía saber, como lo sabía ella, que la mayor parte de los cocodrilos y otros animales peligrosos acechaban en las partes más profundas y pantanosas del río, y que muy pocas veces se les encontraban en aguas turbulentas poco profundas. Tuvo que llegar a la conclusión de que había sido el inesperado chapuzón lo que había alterado tanto a aquel altivo caballero.

—¡Todos los hombres deberían aprender a soportar incomodidades de vez en cuando! —exclamó, llena de desprecio.

—¡Como todas las mujeres deberían aprender a llorar! —replicó él.

De pronto unos brazos salvajes la cogieron con fuerza. Ella le habría perdonado la violencia del beso si hubiera sido un simple y dulce arrebato, en lugar de ser resultado de su resentimiento.

Mientras ella luchaba contra la perversa languidez que estaba invadiendo su cuerpo como consecuencia de las caricias de aquellas manos expertas, mientras luchaba contra la ola de pasión despertada por sus besos tormentosos, sintió que un estremecimiento sacudía el cuerpo de Luis, oyó un quejido ahogado en el fondo de su garganta y comprendió, con repentina claridad, que los papeles se habían invertido. Este convencimiento le produjo alivio y una embriagante sensación de gozo que la llevó casi al punto de la entrega total. ¡Él la quería! ¡La deseaba no simplemente para probar su superioridad o demostrar que era el amo, sino porque no podía evitarlo!

Con un suspiro de ternura, presionó sus labios tímidos contra la boca dura de él. Pero entonces, con una exclamación que era casi un gruñido, la empujó lejos de sí.

—¡Dios mío, señorita! Usted es una caja de sorpresas para mí. ¡No esperaba que mi reto fuera aceptado con tanta rapidez! Primero recibo el favor de una exhibición de desnudez para avivar mi

apetito, seguida de una demostración de gran deseo físico calculada para minar la voluntad de cualquier hombre. ¡Por un momento me pareció una mujer deseable, hasta que recordé que los hombres dicen la verdad cuando declaran que en las profundidades de la selva no hay una mujer que no parezca atractiva!

Capítulo 8

Rebel se retiró con la mano las gotas de sudor de la frente. Se dirigía hacia la orilla del río con ropa para lavar; no era la primera vez que envidiaba a los nativos su desnudez, que hacía innecesaria la tarea de lavar la ropa. Había llevado sólo la ropa indispensable, lo que significaba que todos los días, debido a la intensa humedad, debía lavar.

El esfuerzo no lograba muy buenos resultados, debido a la falta de jabón. La pequeña cantidad que habían llevado se reservaba para el aseo personal y para entonces estaba reducida a un trozo delgado cuidadosamente atesorado. Pero por lo menos la ropa, una vez enjuagada y tendida, estaba más fresca.

Luis atendía sus propias necesidades y la irritaba intensamente porque siempre se presentaba, si no elegante, al menos con mejor aspecto que ella. Desde su riña un par de días antes, la atmósfera entre ellos se mantenía muy fría. Se había salido de la choza esa noche, sin una palabra de explicación, dejando que Rebel durmiera sola. Debido a que Luis desconfiaba de las normas de higiene de los indios, los ingredientes de sus comidas eran proporcionados por él, preparados por ella, pero comidos por separado. Por lo tanto, casi no habían cruzado palabra desde el encuentro en que la había rechazado.

Por lo tanto, se sintió turbada cuando se arrodilló en la orilla del río y vio entonces que él estaba de pie en una canoa, moviendo el agua poco profunda de la orilla, en busca de peces. Habría escapado a todo correr, si el reconocimiento no hubiera sido mutuo.

—Buenos días, señorita.

Su saludo fue breve; pero ella percibió inmediatamente que ya no había en él la actitud de los últimos dos días.

—Hola —contestó ella incorporándose con cierta torpeza. Y le pareció que era una tontería que se mostraran tan formales en las profundidades de la selva.

—¿Te gustaría ayudarme a pescar?

—Sí, por mí, encantada. Pero ¿me permites lavar mi ropa? La pondré a secar mientras pescamos.

Sin ninguna muestra de impaciencia, Luis esperó hasta que terminó; entonces la ayudó a subir a la canoa y le dijo, mientras le entregaba una cesta hecha de palma.

—Por el momento hay muchos peces en el río, en consecuencia, el método primitivo para pescar que usan los nativos da muy buenos resultados. Cuando muevo el agua poco profunda con este palo, los peces suben asustados a la superficie, así que prepárate para arrojarlos a la canoa con tu cesta.

Para asombro de Rebel, el método resultó. Al principio fue torpe y demasiado lenta, de tal modo que los desesperados peces saltaban de regreso al agua antes de que pudiera arrojarlos de la cesta a la canoa; pero después de uno o dos fracasos, su persistencia fue recompensada cuando logró retener a un pez de tamaño regular y de una especie irreconocible, cuya captura hizo brotar de sus labios un grito de triunfo, mientras observaba cómo se agitaba en el fondo de la canoa.

—¿Tú crees que es comestible? —preguntó con los ojos brillantes.

—Sí, es comestible. He visto a los nativos comer peces parecidos —confirmó—, pero, por favor, no me preguntes cómo se llama, porque se dice que el Amazonas y sus afluentes albergan al menos un millar de especies diferentes. Apenas recientemente, una expedición que se lanzó a reunir peces de ciertos ríos específicos descubrió que casi el cincuenta por ciento de los que habían reunido eran desconocidos.

—Entonces no hay temor de que los nativos pasen hambre —contestó, ella tomando de nuevo su cesta, decidida a mejorar su habilidad.

—Desafortunadamente, la pesca falla con frecuencia, sobre todo en la época de lluvias —mientras se esforzaba por dirigir la canoa

hacia otra área de aguas poco profundas, siguió explicándole lo que sucedía; pero la atención de ella se distrajo, para observar el efecto que producía un rayo de sol sobre su cabello oscuro y alborotado— y cuando eso sucede… —Ella se esforzó en concentrarse de nuevo en lo que él estaba diciendo—, los indios tratan de atraer a los peces por encantamiento, introduciendo en el agua una piedra mágica, o usando un método más efectivo que consiste en arrojar ciertas enredaderas venenosas, hasta que el agua queda impregnada de un líquido azulado que atonta a los peces. Entonces se mueren y son recogidos con cestas cuando suben a la superficie.

Aproximadamente una hora después de fructífera diversión, Rebel tenía suficientes peces colgados de una cuerda como para proporcionarles comida para el resto del día. Estaba inclinada a un lado de la canoa, esperando con la cesta para un último intento, cuando al introducirse en el agua la estaca que Luis usaba para impulsarse se produjo un movimiento violento en el agua. Ansiosamente, ella introdujo su cesta bajo la superficie y se asustó cuando Luis soltó la estaca y rápidamente la cogió de la muñeca para sacarle la mano del agua.

—¿Qué es lo que…? —empezó a preguntar, indignada.

—Mira hacia abajo —dijo él con un movimiento de cabeza.

Muy obediente, Rebel miró en la dirección que él había indicado y se estremeció al ver lo que parecía una serpiente muy grande, que se deslizaba por el agua. Medía unos dos metros de largo, sus movimientos eran lentos y llenos de perversa amenaza.

—¡Vaya! ¡Qué animal tan asqueroso…! —dijo ella, estremeciéndose.

—Más que asqueroso, peligroso —dijo muy serio—. Es una anguila eléctrica. La naturaleza ha compensado su vista defectuosa con un sentido eléctrico que les permite navegar, localizar y atontar a su presa. Si la hubieras tocado probablemente habrías perdido el conocimiento a consecuencia de la descarga eléctrica.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Rebel. Repentinamente desapareció la alegría de la que había disfrutado pescando. Todo lo que deseaba era volver a tierra seca… volver, de hecho, a la sensatez de su propia patria, donde los gorriones comían migas de pan, donde podían cortarse las flores sin el peligro de que el veneno penetrara en la piel, donde los únicos ruidos animales que se

escuchaban eran los ladridos de los perros y el ronroneo de los gatos; donde la gente vivía en casas y no en chozas, y las mujeres llevaban vidas gloriosamente monótonas, haciendo la comida a sus maridos y cuidando a sus hijos. ¡El tipo de hogar que ella nunca había conocido y que no era probable que conociera jamás!

Luis atribuyó su intensa palidez a la impresión y guió la canoa rápidamente hacia la orilla del río. Cuando la ayudó a bajar, su mirada era penetrante y su actitud nerviosa.

—¿Qué te pasa, no te sientes bien? —le preguntó.

Ella mantuvo la cabeza inclinada y la vista baja. Rebel sabía muy bien que sus ojos reflejaban la desesperación y el dolor de sus pensamientos.

—Creo que nuestra visita ha cumplido su propósito. ¿Cuándo podemos volver a casa?

Él se detuvo tanto antes de contestar, que ella se sintió tentada a levantar la vista, pero se alegró de no haberlo hecho cuando escuchó su brusca respuesta:

—Así que has decidido que lo poco que sabes sobre nosotros es suficiente…, suficiente para evitar que desees saber más. Muy bien, señorita… —Su tono se volvió de pronto muy seco—. Intentaré averiguar cómo están las cosas, hablando del asunto al jefe. Si él acepta la sugerencia de buena gana, santo y muy bueno; pero si no…

—¿Crees que podría oponerse a que nos fuéramos? —preguntó temblando.

—¿No has notado, mi joven diosa del bosque, que desde que has llegado los nativos han disfrutado de una abundancia de caza y que, tal como ellos habían predicho, hasta sus sembrados de mandioca están creciendo extraordinariamente?

Cuando llegaron al pueblo, la dejó preparando la comida, mientras él iba a buscar al jefe de la tribu. Luis ya había limpiado el pescado y todo lo que Rebel tenía que hacer era envolverlo en anchas hojas y colocarlo sobre una piedra plana y caliente colocada dentro de un círculo de carbones encendidos.

Luis volvió cuando ella empezaba a colocar el pescado caliente en grandes hojas que utilizaban como platos. Se sentó y aceptó su parte de comida con señales visibles de deleite, aunque las noticias que tenía darle eran desalentadoras.

—El jefe está indispuesto —le dijo Luis, concentrando buena parte de su atención en la comida. Ella esperó y después se impacientó cuando, en lugar de explicarle lo que quería decir, la felicitó—: Este pescado está muy bueno.

Ella hizo a un lado su plato, ya que no era de la misma opinión. Se prometió a sí misma que cuando volviera a la civilización no volvería a comer pescado.

—¿Qué quieres decir con eso de que está indispuesto? ¿Está enfermo el jefe de la tribu? —Ella se dio cuenta, cuando los ojos penetrantes de Luis la miraron, que se había percatado de las señales de tensión que había en ella, que su ansiedad por marcharse le producía nudos en el estómago.

—No, no está enfermo. Es bastante difícil de explicar, pero supongo que será mejor que lo intente. Es que… la esposa del jefe de la tribu está a punto de dar a luz. Yo comprendo que debe parecer fantástico a una mente educada, pero los indios creen que es importante que el padre pretenda asumir la parte maternal del alumbramiento, puesto que está en mejores condiciones físicas que la madre para combatir a los malos espíritus en esos momentos críticos. Prevalece la creencia de que la conducta de los padres antes y después del nacimiento afecta a la criatura y que, por ejemplo, si el padre o la madre comieran la carne de ciertos animales, las características de éstos se transmitirían al pequeño. No necesito decirte, por lo tanto, que la carne del puma es altamente apreciada, porque si alguno de los padres la comiera en los días cercanos al nacimiento, se da por hecho que su hijo adquirirá el valor y la ferocidad de ese animal.

Si esperaba que ella revelara incredulidad, debió sentirse desilusionado. Los ojos se le agrandaron, su expresión se iluminó, pero era a causa de la excitación. Se lo explicó a él a toda prisa:

—He oído a mi padre referirse a esa costumbre como la *couvade*, durante la cual los hombres imitan la maternidad por algún tiempo. De acuerdo con él, la palabra deriva del francés *couver*, que significa empollar. Pero tal costumbre no se limita al Amazonas. Se sabe, desde hace varias generaciones, que los padres primitivos, en muchas partes del mundo se acuestan durante el nacimiento de un niño y se someten a ciertas restricciones de comida y de tratamiento. En algunos casos, el marido continúa acostado tiempo

después de nacer el niño, mientras su esposa, en cambio, realiza las tareas habituales tan pronto como le es posible después del alumbramiento. ¡Qué maravilloso sería —suspiró ella— si pudiera fotografiar esa ceremonia! Mi padre se sentiría feliz si, en su último libro, pudiera proporcionar pruebas fotográficas de que este rito, que se considera un rumor, es todavía practicado.

—Dudo mucho que los nativos en tales momentos permitieran la presencia aun de una supuesta diosa —dijo Luis, frunciendo el ceño —. La esencia del acto es que el padre atrae la atención de los malos espíritus pretendiendo ser la madre, que es una débil mujer propensa a las influencias mágicas. Si un demonio apareciera, tendría que enfrentarse en combate con un hombre fuerte y sano. ¿Quién sabe cuál sería la reacción del jefe de la tribu si fueras a ponerle de pronto la cámara frente a las narices? No —declaró él con decisión, dando por terminada la conversación al ponerse de pie—. ¡No puedo permitirlo! ¡Debe usted descartar ese pensamiento de su mente, señorita…, es demasiado arriesgado!

Su orden la hizo sentirse todavía más decidida a pasar por alto su consejo; pero cuando Luis se alejó de ella, en dirección a la aldea, no pudo adivinar, por la expresión serena de Rebel, que su rostro era una máscara que encubría la agitación de los planes que empezaba a hacer.

Rebel se daba perfecta cuenta de que la vida de los salvajes era regulada por el principio del tabú; que casi a cada paso, pero sobre todo durante los momentos cruciales de su vida, como durante el nacimiento, la iniciación, el matrimonio y la muerte, tenían que celebrarse ceremonias secretas. Pero había ciertas posibilidades, pensó mientras caminaba hacia el pueblo siguiendo los pasos de Luis, de que en su caso los nativos estuvieran dispuestos a hacer una excepción, porque a sus ojos no era una simple mortal, sino una diosa, un espíritu de la selva que había tomado temporalmente forma humana.

Con la cámara al hombro, empezó a moverse entre las *malocas*, buscando alguna pista del paradero del jefe de la tribu. Las mujeres levantaban la vista de su tarea de moler, rallar o cernir coco, cuando la oían acercarse, inmediatamente se postraban en el suelo, con sus cuerpos desnudos temblando de miedo.

Rebel suspiró, deseando tener alguna forma de comunicarse con

ellas, para calmar su soledad; pero aun los hombres de la tribu, valerosos guerreros que no vacilaban en enfrentarse al cruel jaguar, o al puma de ojos perversos, con sus arcos hechos de madera de palmera y flechas de bambú, como única arma de protección, rehuían su sombra cuando pasaba a su lado. Con la esperanza de aliviar un poco su soledad, se acercó tentativamente a una joven madre que estaba sometiendo a su hijo, un bebé adorablemente regordete, a un baño frío. El niño tenía los ojos muy apretados mientras el agua le caía por encima, pero estaba riendo con tal espontaneidad, que Rebel se echó a reír con él de manera involuntaria. La madre levantó la cabeza con brusquedad, entonces, con una mirada de terror y reverencia, tomó a su hijo en brazos y retrocedió tambaleante hacia su choza.

Rechazada por todos, y sintiéndose más aislada que nunca, Rebel continuó deambulando por la aldea, examinando cada choza al pasar, pero sin obtener nada que pudiera orientarla sobre el paradero del jefe. Había casi terminado su recorrido del pueblo, cuando atrajo su atención la conducta de un niño tan absorto en su juego, que no se dio cuenta de su presencia.

Una enorme araña se deslizaba por el suelo, cerca de sus pies; él la estaba mirando con gran atención, para apuntar hacia ella con una flecha de punta metálica que balanceaba en su mano. Entonces, de pronto, atacó y con la expresión de triunfo de un cazador veterano, contempló orgulloso cómo la araña había quedado clavada al suelo con la punta metálica.

—¡Bravo! —exclamó Rebel sin pensar, y expresó su admiración aplaudiendo.

En lugar de reaccionar como los demás, el niño sacó el pecho y sonrió encantado. Entonces, tal como lo hacen los niños de todo el mundo, sus ojos se movieron de un lado a otro buscando a otros adultos que hubieran admirado su hazaña. La inspiración le lanzó en dirección a una choza cercana y cuando llegó al umbral de ella miró por encima de su hombro, como esperando que ella le hubiera seguido.

Rebel logró satisfacer su vanidad acercándose lo suficiente para poder asomarse al interior de la choza. El lugar estaba lleno de un humo acre, a través del cual pudo apenas distinguir a un grupo de mujeres que estaban arrodilladas junto a otra mujer acostada en el

suelo, obviamente en la última fase del parto.

El chiquillo echó a correr, pero Rebel se quedó clavada en su sitio, fascinada por ser la primera vez que veía el nacimiento de un niño. Con gritos de contento, las mujeres que ayudaban a la madre empezaron a moverse activamente; unas se ocupaban de la madre, mientras otras limpiaban al recién llegado, y segundos más tarde el misterio del humo quedó aclarado, cuando el niño lanzó una tos ahogada, seguida por un grito, protestando contra su prolongada fumigación. Las mujeres respondieron en excitado unísono lanzando un cántico ininteligible que Rebel no encontró difícil interpretar. Debía decir algo así como: «¡Ahí va el demonio!».

Con objeto de que su presencia no perturbara la alegría de tan feliz acontecimiento, desapareció deslizándose fuera de la choza sin ser notada. De manera inexplicable, se sentía humilde y deprimida por aquel leve roce con la maternidad. Era una experiencia que le había dejado un dolor sordo y profundo en las entrañas, un dolor nacido del anhelo de compartir la maravilla y la dicha de unirse con un hombre para crear la vida en un acto de amor.

Todavía con los ojos brillantes por la impresión, se dirigió a su choza algo aletargada. La voz de Luis la sacó de su ensimismamiento.

—¿Dónde has estado? —preguntó mientras miraba con desconfianza la cámara que colgaba de su hombro.

—Viendo un milagro —contestó ella con sencillez, todavía con ojos asombrados y soñadores—. Acabo de tener el privilegio de ver a la esposa del jefe de la tribu dar a luz —los ojos de Luis se clavaron en las mejillas levemente sonrosadas de Rebel, en su boca suave y temblorosa—. Fue tan maravilloso… —suspiró ella—, una hermosa consecuencia del amor conyugal.

Por alguna inexplicable razón, él contestó con acritud:

—El nacimiento es un proceso perfectamente natural, señorita. Continuamente están naciendo niños y animales.

—¡Qué típico de usted, señor, comparar a los seres humanos con los animales! El animal copula sólo para asegurar la supervivencia de su especie, mientras que un niño es el resultado del amor de sus padres. Los científicos se empeñan en llamar a tal emoción sexo solamente, pero la verdad es que el amor es una emoción demasiado profunda, demasiado compleja para que los hombres tan

fríos como usted puedan comprenderla. Como hay ya tan pocas regiones inexploradas en el mundo, señor, yo le aconsejaría que encauzara sus energías hacia ese gran desconocido, ese estado de confusión llamado amor.

—Tal vez lo haga —contestó él—, si se ofrece usted como conejillo de Indias para investigar la mentalidad de las mujeres que van como locas tras los hombres.

Rebel se estremeció ante la acusación que empezaba a volverse repetitiva, una acusación que él usaba como combustible para mantener vivo su resentimiento contra ella. Después de cada breve interludio de felicidad, cada vez que él sufría un momentáneo estado de debilidad ante ella, volvía a atacarla. Sin embargo, en ocasiones había notado que la expresión de él se oscurecía, de una forma que parecía indicar que el látigo estaba ya causando más dolor a quien lo enarbolaba que a su víctima.

Su crueldad provocaba en ella el deseo de venganza, de hacerle pagar de algún modo el que la hiciera sentir atrevida, sucia, carente de moral y de modestia.

—Usted me ha acusado muchas veces de ser contradictoria, señor —dijo Rebel, decidida a fingir una audacia que no sentía—. Sin embargo, está claro para mí que la perversidad es uno de sus defectos. Todo lo que ha dicho usted desde que le conozco me indica que desprecia la ingenuidad; sin embargo, condena al mismo tiempo lo que usted llama mis «aventuras amorosas». Por una parte me acusa de ser dura; por otra, dice que soy propensa a «debilidades femeninas». Pero lo que encuentro más desconcertante es la forma en que lanzó usted un reto y, cuando fue aceptado, protestó diciendo que era un ataque a su inmunidad. ¿Qué debe hacer una muchacha, señor, cuando una pieza mayor se pone nerviosa al verse perseguida?

Capítulo 9

Los tambores habían estado sonando todo el día con un ritmo tan monótono e insidioso, que su eco parecía haberse metido en la cabeza de Rebel, haciendo que sus sienes palpitaran al compás de ellos.

La atmósfera era húmeda y pesada, tan deprimente como la tensión que existía entre Luis y ella. Toda la mañana había andado de un lado a otro, visiblemente irritado.

—¿Es que ese ruido no va a parar nunca? —preguntó Rebel enfadada.

—Esta gente no tiene grandes celebraciones frecuentemente —se volvió hacia ella para mirarla con frialdad—. Los tambores están dando la noticia a las tribus vecinas, diciéndoles que después de muchas hijas, su jefe tiene ahora un hijo varón. Están enviando, también, invitaciones a una fiesta que se celebrará esta noche en honor a su diosa blanca, el ser sobrenatural al que ellos atribuyeron el milagro.

Cuando él se dio la vuelta, como si se preparara a someterla a otro día de completo aislamiento, ella le dijo suplicante:

—¿Te importaría mucho si fuera contigo? ¡No estoy acostumbrada a largos períodos de inactividad…, esto me está volviendo loca!

—Me temo que eso no será posible —le contestó con lo que ella consideró un grado exagerado de satisfacción—. A los nativos les escandalizaría el solo pensamiento de llevar a una mujer a una expedición de caza. Ellos no saben lo increíblemente hábil que eres para seguir una presa, cómo la persigues y la destruyes sin

misericordia una vez que la tienes acorralada.

Ella reconoció esta declaración como una sarcástica referencia al trato que suponía había dado a Paulo, el chico que, según él, ella había perseguido, atrapado y destruido.

La firme insistencia de Luis de que debía darse por terminada la carrera de Paulo pesaba en la conciencia de Rebel. Ella se había prometido a sí misma que defendería su causa, que haría hasta lo imposible por hacer que aquel tipo cambiara de opinión; pero el instinto le había advertido que debía esperar el momento oportuno para abordar el asunto y encontrarle en un estado de ánimo propicio. Desafortunadamente esta oportunidad no se había presentado todavía.

—Es una lástima —contestó en tono ligero, tratando que su actitud pareciera indiferente—. Las armas de la cacería son también las armas de la guerra… ¿Cómo me consideras tú: como enemiga o como pieza de caza, cuando diriges tus dardos envenenados contra mí?

—Empleo el veneno como un antídoto contra la enfermedad. ¡Trato de inmunizarme contra los efectos del engaño y la hipocresía, que lograron dejar inutilizado a Paulo! —contestó Luis furioso.

Con el íntimo convencimiento, entre dulce y amargo, de que el intenso rencor de Luis contra ella haría que la recordara siempre, Rebel empezó a andar por la aldea, llevando al hombro la cámara que empezaba a considerar casi como una extensión de su brazo. Intentaba tomar fotos de los nativos preparando sus flechas para la cacería. Aunque se habían acostumbrado ya a relacionar el peculiar clic de la cámara con su presencia, todavía se sentían inseguros de qué era aquel objeto negro que ella usaba siempre. Y aunque ya no temblaban ante su ojo parpadeante, sus intentos por pretender que no los inquietaba no tenían mucho éxito. Esto podría explicar el que se mostraran un poco torpes al realizar tareas tan familiares como introducir el veneno en las puntas agujereadas de las flechas. El veneno que usaban era curare, que obtenían de plantas recolectadas en la selva por las mujeres de la tribu.

Una vez que el grupo de cazadores partió, dejando en el pueblo solo a las mujeres y a los niños pequeños, Rebel se dedicó a deambular de un lado a otro, con aparente desinterés, aunque

siempre manteniéndose muy alerta en busca de alguna pista que la llevara hacia el paradero del jefe de la tribu, que no debía abandonar su refugio hasta que todos los ritos protectores hubieran sido practicados y su hijo estuviera creciendo sano y feliz.

Ella titubeó, desconcertada por la conducta de un grupo de mujeres que estaban sentadas, formando un círculo en el suelo; tenían los troncos inclinados hacia adelante, de modo que sus cabezas se tocaban, mientras cantaban encantamientos y respiraban pesadamente sobre algún objeto que ella no alcanzaba a ver. Junto con los demás habitantes de la aldea, esperó y su curiosidad fue recompensada cuando por fin las mujeres se incorporaron para mostrar una estera cubierta de pétalos de flores, cortados en tiras, con los que procedieron a tejer una capa.

En cuanto terminaron su tarea, las mujeres se dirigieron, entre risas y gritos, hacia la choza donde la esposa del jefe había dado a luz a su hijo, y salieron con la sonriente madre, que se sometió a que la llevaran, entre empujones y risas, hacia la orilla del río.

Rebel se sintió feliz cuando terminó de registrar en película la ceremonia de purificación que se consideraba esencial antes de que la madre, a quien se suponía invadida por los demonios, se atreviera a acercarse a su esposo. Todas las mujeres del pueblo se reunieron en la orilla del río; entonces varias de ellas llevaron a la esposa del jefe al agua, donde se inició un vigoroso juego en el que todas golpeaban el agua tratando de salpicar lo más posible. Cuando salieron, las mujeres la frotaron con fibra de coco y aceite de coco, hasta que su cuerpo negro estuvo terso y brillante. Su cabello fue entonces peinado y adornado con flores, antes de que se le pusiera la capa, que no debía quitarse hasta que las flores con que se había tejido se hubieran secado y empezaran a desprenderse.

Cuando Luis volvió algunas horas más tarde encontró a Rebel ocupada con la tarea de envolver el rollo de película que acababa de tomar en polietileno para protegerlo de la humedad.

—¿Tuviste un día ocupado? —le preguntó—. ¿No corres el peligro de que se te acabe la película? ¡No has dejado de hacer fotografías desde que llegamos!

—Me queda un sola foto en el último rollo —dijo sin pensar lo que decía—, pero la estoy guardando para…

—¿… Para qué? —preguntó cuando ella se detuvo.

—¡Oh, para cualquier cosa de interés que pudiera surgir! —mintió, molesta consigo misma porque había estado a punto de traicionar y revelar sus intenciones.

Para evitar que él empezara a sermonearla una vez más sobre el riesgo que entrañaría tratar de perturbar la *couvade* del jefe de la tribu, lo distrajo cambiando de tema.

—¿Qué tal os fue la cacería… tuvisteis éxito?

—Mucho —contestó él a toda prisa—. Esta noche vas a cenar carne.

Luis parecía relajado y, al mismo tiempo, emocionado, como si la excitación de la cacería, el valor temerario de sus compañeros salvajes, le hubieran liberado de sus tensiones.

—¿Es necesario sacrificar criaturas inofensivas e indefensas?

—Es la ley de la selva —contestó él, encogiéndose de hombros—… El débil tiene que sucumbir ante el fuerte.

Sin mostrarse impresionada por el estremecimiento de horror de ella, Luis volvió al tema anterior.

—Cuéntame qué hiciste… ¿Has conseguido fotos interesantes?

Rebel decidió usar aquello como excusa para distraerle y alejar sus ojos de lince de la expresión preocupada de ella. Empezó a reunir su equipo mientras le describía brevemente los acontecimientos que habían concluido con la ceremonia de purificación.

—¡Un manto de pureza! —dijo con expresión burlona, cuando terminó de describirle el manto tejido con pétalos de flores—. ¡Qué típico de una mujer tratar de adornar la perfección! Nada parece más hermoso a los ojos de un hombre que la simple e inocente desnudez. Una mirada amorosa, un rostro bello, el dulce descuido del pelo cayendo sin ataduras, no necesitan adornos. La inocencia, cuando se viste, deja de ser inocencia.

Tomándola por sorpresa, Luis se movió de forma repentina y se acercó a ella lo suficiente para rodear con un brazo su cintura.

—¿En qué estás pensando, dulce ninfa? —murmuró, pasando sus dedos por el cabello dorado de ella—. El sonrojo es indicación de culpa, ¿has recordado algún incidente del que te sientes avergonzada?

—¿No era esa tu intención? —contestó ella con voz ronca, sintiendo que una corriente de calor intenso, causada por la

vergüenza, se mezclaba con una intensa percepción del vibrante cuerpo masculino. Hubiera querido ocultar el rostro, pero encontró el valor suficiente para echar hacia atrás la cabeza, exponiendo la tierna y vulnerable suavidad de su cuello.

—Los nativos juran que con frecuencia le invade a uno un estado de éxtasis cuando ve a una ninfa —murmuró él, bajando su oscura cabeza hacia ella—, un loco deseo de lograr lo inalcanzable. ¿Crees que ésa es la razón de que me sea imposible quitarme de la mente tu cuerpo tentador, suave como un pétalo, surgiendo del agua, querida mía? Y si es así, ¿no es una bendición que seas una ninfa que, lejos de ser inalcanzable, sea una coqueta confesa, que se jacta de haber gozado de una íntima familiaridad con muchos hombres…?

Ella reaccionó al insulto con una exclamación ahogada de dolor. Comprendió demasiado tarde lo tonta que había sido al provocarle.

—¡Por favor, señor…! —Sin que ésa hubiera sido la intención de él, la había convertido en una mujercita suplicante—. ¡Por favor, suélteme!

Él se echó a reír. Era un sonido suave que se desprendía de las profundidades de su garganta, una mezcla de gruñido y de ronroneo. Ella miró unos ojos grises encendidos de pasión; entonces cerró sus propios ojos mientras los labios de él se encontraban con los de ella en un beso que proyectaba un mensaje inequívoco: «¡Yo soy un hombre de pies a cabeza y te deseo!».

Atrapada por la presión de las manos masculinas, perturbada por el contacto de los labios de él contra los suyos, Rebel no pudo resistir una rápida ola de excitación. Él empezó a manipular en forma agresiva sus emociones, sometiendo su inseguridad con murmullos seductores, con caricias íntimas y besos que, para alguien menos inocente que ella, habrían revelado una gran experiencia.

Cuando, con cierta timidez, deslizó sus manos alrededor del cuello de Luis, éste lanzó un murmullo de satisfacción, que debió haberle servido a ella de advertencia. Pero para entonces la precaución había sido tragada por la convicción de que, por fin, él estaba admitiendo que la amaba tanto como ella le amaba a él. Se sintió arrastrada por una oleada de pasión que nunca antes había sentido y que la hizo comprender que, hasta entonces, sólo había

vivido a medias.

Estaban de pie, entrelazados en un apretado abrazo, casi en el umbral de la choza; estaban lo bastante alejados de la aldea como para que no los viera nadie, excepto que fueran a buscarlos en ese momento. Hundida en una intensa emoción, Rebel se olvidó del mundo entero, excepto del hombre cuyos besos parecían haberla hecho revivir.

—Debemos ir dentro, queridita —murmuró, con las manos adhiriendo con fuerza su cintura—. A pesar de su actitud carente de inhibiciones ante la desnudez, los nativos tienen un código de moralidad, normas de conducta tan rígidas como las nuestras. Lo único que los amantes nunca deben hacer, sin importar lo intensos que sean sus sentimientos, es revelarlos en público.

Consciente de que sus propias inhibiciones estaban desapareciendo a toda prisa, ella se puso de puntillas para depositar un tierno beso en la boca de él, que sonreía levemente.

—¡Qué mala suerte para ellos que nunca hayan aprendido el arte de besarse! —murmuró con voz ronca—. ¿Qué tipo de caricia supones tú que emplean?

—Ellos hacen esto —con aire juguetón, mordisqueó el lóbulo de la oreja de Rebel—. ¡Y esto! —Cuando sus dedos trazaron un camino erótico a todo lo largo de su esbelto cuerpo, ella lanzó una exclamación ahogada por el impacto de su caricia—. Así que, como ves, no están privados del todo del placer amoroso. —Luis se echó a reír con suavidad—, aunque su prejuicio contra toda demostración pública de afecto exige que cuando una pareja aparece junta, uno de los dos debe caminar delante del otro. Nunca pueden caminar uno al lado del otro, ni cogerse de la mano, ni mirarse siquiera con ternura a los ojos. Sin embargo, estas restricciones están compensadas por el tipo de urgencia que estoy sintiendo en estos momentos… la urgencia de tenerte toda para mí lejos de ojos curiosos.

Rebel se daba cuenta de que cuando la levantó en brazos y la llevó al interior de la choza, lo último que a Luis le importaba era cumplir con las reglas de la conducta de los nativos. Sin embargo, una vez que la puso de pie en el interior de la choza, en un ambiente de oscura intimidad, descubrió que no estaba preparada para la ruda precipitación de los dedos de él, que empezaron a

desabrochar la camisa de ella con nerviosa torpeza, ni para la falta de ternura de su voz cuando, impaciente porque no avanzaba en la tarea, exclamó:

—¡Caramba! Cualquiera pensaría que eres una novata en estas lides…, ¿por qué no cooperas?

La impresión que le causaron sus palabras no habría sido tan grande si él no hubiera declarado en muchas ocasiones su completa aprobación de las elevadas normas morales que los hombres brasileños esperaban de las mujeres con las que se casaban. Había una estricta línea divisoria entre las mujeres virtuosas a las que elegían por esposas y los «ángeles caídos» que se elegían sólo para obtener satisfacción temporal. Cuando se dio cuenta de que Luis la consideraba de esta categoría inferior, una intensa rigidez invadió sus miembros, congeló la sangre en sus venas, de modo que sentía adormecidos los dedos cuando los retiró del cuello de él. Más tarde habría de recordar y analizar la sorda ola de rabia que sintió en su interior; era rabia contra la negligencia de un padre que se había deleitado en compartir con ella los conocimientos obtenidos en toda una vida de estudio de la humanidad, pero que había omitido mencionarle el hecho más importante de todos: ¡que después de siglos de evolución, los instintos animales básicos seguían dominando al macho de la especie humana! Pero por el momento tenía problemas más urgentes que resolver en su mente: el problema de ajustarse a ser arrancada bruscamente de la niñez hacia la madurez, el problema de cómo apaciguar el hambre física de un hombre, no impulsado por el amor, como ella había imaginado con tanta ingenuidad.

El contacto de las manos de él sobre su carne produjo una sacudida de repulsión en todo su cuerpo. Con brusquedad, se puso fuera de su alcance y tuvo que luchar para vencer las lágrimas que la ahogaban, antes de poder hablar.

—Lo siento, Luis —logró decir por fin—, pero me temo que todo este episodio ha sido un terrible error.

Ella sintió cómo él se ponía rígido.

—Estoy de acuerdo —dijo él por fin—, que es un grave error llevar a un hombre sediento a donde hay agua y entonces prohibirle que beba.

Hubiera querido explicarle que no había querido provocarle, que

todavía no había asimilado la diferencia entre amar y simplemente hacer el amor, pero no pudo encontrar palabras para describirlo.

—Creo que es bastante tarde para aparentar pudor —dijo él, recorriendo el espacio que los separaba, de dos zancadas—. Hace unos minutos te estabas derritiendo en mis brazos, ansiosa de ser acariciada, y ahora adoptas el aire inocente de un querubín que no tiene cuerpo del cuello para abajo —sus manos la asieron de los hombros para sacudirla en forma violenta—. No voy a rebajarme a poseer a una mujer contra su voluntad —murmuró, rechinando los dientes con furia—, pero por primera vez puedo sentir simpatía hacia los hombres cuya frustración los ha conducido al salvajismo. ¡Las mujeres de tu tipo sois despreciables! —La soltó con tanta violencia, que cayó al suelo—. Tal vez te estarás consolando con el pensamiento de que un solo grito de auxilio atraerá a una tribu completa de adoradores en tu ayuda —dijo lleno de desprecio—. ¡Pero recuerde esto, señorita Storm, yo jamás olvido una deuda! ¡Una vez que salgamos de aquí, tendremos cuatro días de viaje frente a nosotros… le aseguro que una vez que estemos solos, no seré tan fácil de manejar como Paulo!

Capítulo 10

«¡Todas las mujeres deberían aprender a llorar!». Rebel descubrió que Luis Manchete era un maestro excelente, mientras yacía en el suelo, con las lágrimas mezclándose con la tierra de la choza, donde él la había dejado. Ahora estaba luchando con una nueva emoción: las lágrimas de dolor, que hasta entonces nunca había tenido oportunidad de derramar en su vida emocionalmente tranquila.

Debido a que la fiesta que los nativos estaban preparando con tanto entusiasmo era en parte en su honor, tuvo que hacer un esfuerzo para prepararse para ella; así que se bañó y se puso la ropa que había lavado esa mañana; entonces calmó su anhelo de hacer notar su femineidad, peinándose el cabello suelto, que dejó caer hasta debajo de sus hombros, para copiar después el estilo nativo de meterse una flor detrás de cada oreja.

Como los nativos consideraban los lugares donde había agua como fuentes de vida, la fiesta había de realizarse en la orilla de la laguna de la cual había brotado su diosa del agua. Sin embargo, para ahuyentar a los malos espíritus, tuvieron que llevar antorchas encendidas, con las cuales los nativos se guiaban a través de la oscuridad y asustaban a los demonios que acechaban.

No vio señal alguna del jefe de la tribu, cuando Rebel ocupó su lugar como invitada de honor, a la cabeza de la procesión. Y trató de no mirar al hombre que iba a su lado y que la tribu consideraba como su esposo. La esposa del jefe iba detrás de ellos; su capa de flores contrastaba con la desnudez de los demás nativos.

El ambiente parecía demasiado bello para ser descrito con

palabras cuando se sentaron en semicírculo, frente a la laguna, que brillaba por el reflejo de las antorchas. La música natural de la selva proporcionaba un suave fondo a la escena, muy en armonía con ella. Como si alguien lo hubiera ordenado así, todos los sonidos desagradables o intensos se habían callado.

Mientras compartía el tronco de un árbol caído con el sombrío brasileño, Rebel empezó a temblar de nervios. Pero, poco a poco, a medida que iba notando la felicidad de los rostros nativos, de los hombres adornados con pieles y plumas, de las muchachas con cuerpos esbeltos y brillantes, cubiertos de aceites embellecedores, su nerviosidad fue cediendo y dio paso a una sensación de asombro. Tuvo la curiosa impresión de que estaba viviendo en el pasado y que, por fin, había sido aceptada por el poco hospitalario Amazonas.

Sin embargo, una tormenta parecía bullir dentro del hombre sentado a su lado. Su cuerpo tenso parecía contener la furia de una tormenta amazónica.

Como sintió, de pronto, que le costaba trabajo tragar saliva, Rebel levantó la mano hacia su cuello, porque sentía que algo le oprimía la garganta, y dio un salto nervioso cuando la voz fría de Luis dijo con aire burlón:

—Compartes con los monos una especial afición a los movimientos inútiles. Sospecho que la vida entre los primitivos no ha resultado lo que tú esperabas; tal vez ahora estés dispuesta a admitir que tu audaz determinación de ver por ti misma cómo viven los nativos era tan errónea como innecesaria —dijo con voz cortante, mientras sus ojos grises seguían mostrando el torbellino de las nubes de tormenta—. Tu padre podía haber sacado todo el material que necesitaba de mis notas y de la colección que he hecho de sus instrumentos y utensilios domésticos, de sus trajes y armas, así como de algunas toscas muestras de artesanía.

El desprecio que había en su voz hirió el orgullo de Rebel. Su viaje hacia el interior de la selva había sido muy doloroso por culpa de él, pero no le permitiría adivinar que todo su ser estaba gritando que tenía razón.

—No estoy de acuerdo —contradijo ella—. Los museos están llenos de colecciones de curiosidades, pero la documentación fotográfica contribuye a dar realismo a las costumbres y el estilo de

vida de los nativos; ayuda a la gente a apreciar sus diferencias, a comprender su mentalidad y a tener más interés en su bienestar. Y eso es lo que tú tratas de lograr, ¿no es así? —Levantó la barbilla en actitud rebelde, desafiándolo a que negara la lógica de sus palabras. Pero la discusión fue interrumpida por la llegada de unas muchachas nativas que llevaban platos formados con hojas, llenos de comida. Uno para su diosa, que por su importancia debía ser servida antes que nadie, y otro para *Curupira*, cuya importancia estaba apenas una fracción abajo que la de ella.

Quedó desconcertada cuando otra muchacha le ofreció a Luis el contenido de un pequeño cuenco y fue rechazada con cierta brusquedad. Se sintió todavía más desconcertada cuando la muchacha, en lugar de ofrecerle el cuenco a ella, se inclinó y se alejó.

—¿Por qué no me ofreció lo que traía en el cuenco? —preguntó disgustada, y ya un poco envanecida por la adulación de los nativos.

—Sólo los hombres toman *epena* —le contestó él con sequedad —. Es una bebida hecha con semillas de mimosa que combate la agresividad produciendo alucinaciones tranquilizantes, durante las cuales la mente drogada se llena de hermosas visiones.

—Entonces me sorprende mucho que no la hayas tomado —contestó ella alegremente—, creo que te habría hecho mucho bien.

La castigó por su temeridad no haciendo caso a lo que él sabía que era una referencia a su resentimiento. En cambio, le dijo con voz suave:

—Dudo mucho que una droga pudiera producir visiones superiores a la que llevo siempre en mi mente, de un cuerpo blanco saliendo desnudo de la laguna.

Rebel trató de eludir la mirada burlona de él, y evitar que tuviera sus mejillas sonrojadas, llevándose un cuenco de zumo de fruta a sus labios, para beberlo.

Cuando se dio cuenta de un murmullo, pensó que éste se encontraba dentro de su cabeza y que era producto de la tensión nerviosa. Pero cuando el sonido se hizo más intenso y fue acompañado de aplausos, comprendió que toda la tribu se había unido en un canto que expresaba emociones gozosas y que entonaba al compás de los tambores.

Entonces, mientras los tambores aceleraban el ritmo, el canto de los nativos se hizo más fuerte, las palmadas más veloces, y hombres y mujeres se desprendieron del grupo para formar hileras de bailarines, que saltaban de un lado a otro. Sintiendo el burlón escrutinio que Luis hacía de su perfil, Rebel permaneció inalterable, mientras los movimientos de los bailarines se hacían más y más sinuosos, demostrando una cercana y obvia relación con el erotismo. Rebel no tardó en darse cuenta de que la danza no era para los nativos una simple forma de entretenimiento social, sino una oportunidad para los hombres de exhibir sus cualidades masculinas y para las muchachas de exhibir sus extremidades tatuadas, que proclamaban que eran elegibles para el matrimonio.

Cuando uno de los hombres interrumpió la danza, para levantar a su compañera en brazos y llevarla hacia la selva, la exclamación de Rebel traicionó hasta qué punto se sentía escandalizada.

Luis respondió con una carcajada estridente, sin humor.

—Te reto a que te atrevas a condenar de desvergonzadas a las muchachas nativas —dijo con expresión despreciativa—. Su código moral les prohíbe ser provocativas. La danza del requiebro exige un compromiso serio y no es un coqueteo que tiene por objeto enloquecer a un hombre y después tratar de escapar de las consecuencias.

—Tal vez —dijo, defendiéndose con amargura—, eso se debe a que el compromiso es por ambas partes. ¡Las mujeres no son simples piezas de caza, criaturas a las que persiguen por la belleza de su piel!

Rebel se puso de pie de un salto y huyó de la sombra amenazadora de Luis. Se sentía acorralada por él; la atmósfera erótica del baile estaba teniendo el efecto de una droga en sus sentidos; amenazaba con convertirse en un fuego de deseo avasallador, que terminaría por destruir sus débiles defensas. Cegada por el pánico, huyó a través de la selva, tropezando con raíces, chocando contra árboles y arbustos, con más miedo del cazador cuyo acecho sentía muy cerca, que de los peligros que pudiera encontrar en la oscuridad.

La luna llena iluminaba el cielo nocturno, filtrándose algunos de sus rayos entre las hojas de los árboles. Rebel se mantuvo dentro de un sendero que estaba segura debía conducir al pueblo. Los pájaros

chillaron y gritaron a su paso y los monos expresaron su irritación porque la carrera de una mujer hubiera perturbado su paz.

Hasta que no salió a un pequeño claro de la selva, que contenía una choza de aspecto peculiar, Rebel no comprendió que el camino que había tomado, en lugar de llevarla hacia la aldea, la había alejado de ésta. Un helado presentimiento la sacudió, cuando notó los dibujos de animales y varios otros símbolos pintados en los muros de la choza, que se elevaba sobre el suelo de la selva por medio de pilotes formados por troncos de árboles. Su techo de paja descendía hasta casi cubrir una puerta apenas lo suficientemente ancha para permitir la entrada al dueño de la choza. En sus viajes se había encontrado con chozas parecidas. Eran santuarios secretos, de misterio y magia, donde ningún profano se atrevía a entrar. Era la casa de un brujo, el lugar donde preparaba sus pociones y a donde se retiraba siempre que quería consultar a los espíritus.

Instintivamente, Rebel retrocedió al recordar al brujo de la tribu, su rostro pintado, su extraña vestimenta. Los nativos le tenían un considerable terror porque sus torpes gesticulaciones y sus pequeños trucos impresionistas eran considerados por sus mentes sencillas como grandes actos de magia. Ella compartía con los nativos el miedo a aquel hombre, porque las pocas veces que sus caminos se cruzaron, ella había percibido la animosidad del brujo. Había leído su mensaje de odio en el labio que recogía hacia arriba mostrando sus dientes ennegrecidos, y no tenía la menor duda de que él no la creía una divinidad.

Estaba a punto de volverse, lista y hasta ansiosa para enfrentarse a la tormentosa furia de Luis, cuando un grito de rabia, histérico como el de un mono, rasgó el aire de la noche. Petrificada de horror, permaneció clavada en su sitio, mientras veía la silueta escuálida del brujo girando en una danza de furia que hacía tintinear las cuentas que le rodeaban el cuello y sacudían las plumas de su cabeza, mientras expresaba su odio con gesticulaciones desde el umbral de su choza.

Rebel permaneció inmóvil, mientras avanzaba con gestos amenazadores, hasta que quedó a menos de un metro de ella. Sus gritos eran ininteligibles, pero su dedo, que señalaba de forma incesante los cráneos clavados en estacas alrededor de la choza, le hizo comprender que la acusaba por haber entrado en terreno

prohibido.

—Lo siento… —murmuró con voz débil—. No tenía intenciones de entrometerme. ¡Me perdí…!

Sus tímidas respuestas parecieron enfurecerlo todavía más. Ante la mirada horrorizada de Rebel, la mano del brujo bajó hacia una rudimentaria daga que pendía de su cinturón. Entonces, cuando el hombre empezó a avanzar hacia ella con la mano en alto, murmurando encantamientos entre dientes, el miedo arrancó de la apretada garganta de Rebel un grito de terror.

Como si el sonido le deleitara, el hombre sonrió y se lanzó sobre ella. Rebel sintió que el hombre la cogía del pelo, percibió el olor nauseabundo de su cuerpo sucio, todo ello un segundo antes de desmayarse.

—¡Rebel! —La voz que penetró en su subconsciente era tranquilizadora, pero su tono ronco le parecía poco familiar—. Abre tus ojos, ya no hay necesidad de tener miedo… el brujo se ha ido.

La expresión cariñosa pareció tocarle un nervio que la hizo revivir y sentir los fuertes brazos que sostenían sus hombros, el contacto de dedos suaves que acariciaban su mejilla. Presintió el impacto de su mirada sólo el tiempo suficiente para confirmar que la voz ansiosa pertenecía al brasileño, casi siempre enfadado; entonces cerró de nuevo los ojos para ocultar el efecto que su preocupación estaba teniendo en ella. Pero no había forma de que pudiera controlar el dulce y loco temblor que la hacía sentir tan débil, por el que tuvo que aferrarse a él, cuando la invitó con gentileza a que se pusiera de pie.

—¿Qué voy a hacer contigo, mi ninfa rebelde? —preguntó con suavidad, casi como un suspiro en el oído de ella—. ¿Me tienes tanto miedo que prefieres la compañía de un brujo celoso a la mía?

—¿Celoso…? —preguntó ella con voz temblorosa. Percibía de manera vibrante los brazos de él, rodeándola cariñosamente—. ¿Por qué iba a sentirse tan celoso como para querer matarme?

Al recordar cómo los dedos la habían tomado del cabello y el cuchillo en aquella mano llena de odio había bajado hacia ella, Rebel se estremeció y tuvo que buscar apoyo apretándose al consolador cuerpo de él. Sintió que se ponía tenso, como si estuviera soportando una carga muy pesada, y se dio cuenta de que su voz era forzada al contestarle.

—Porque usurpaste su posición de autoridad en la tribu. Antes de tu llegada, todo lo que sucedía más o menos ligado con la buena suerte le era atribuido a él. Sólo él poseía poderes misteriosos, sólo él hubiera podido realizar el milagro de proporcionar un hijo al jefe de la tribu. Pero estás equivocada al pensar que intentaba matarte —le aseguró, levantando una mano para quitar de su frente algunos pequeños mechones sueltos.

—¡Pero me amenazó con un cuchillo! —protestó—. Vi cómo descendía hacia mí un segundo antes de desmayarme. Si tú no le hubieras asustado…

—Yo no le asusté —la contradijo con un movimiento de cabeza —. Yo llegué a tiempo para ver que salía corriendo del claro, llevándose mechones de cabello rubio. Desde luego —su tono se volvió más áspero—, cuando te vi inmóvil en el suelo, perdí todo interés en el brujo… tú te volviste mi gran preocupación.

Su rostro parecía inexpresivo; sin embargo, reconoció un rastro de dolor en sus palabras.

—Pero ¿por qué me cortó el pelo? —exclamó con voz ahogada, pasando sus dedos temblorosos por sus cabellos trasquilados.

—Porque las tribus primitivas creen que cualquier pedazo de ropa, un objeto íntimo, un poco de pelo o de uñas recortadas… debe ser celosamente guardado o destruido, de tal modo que no haya peligro de que caigan en manos enemigas, para ser usados en magia dañina. Si no se toman tales precauciones, se produce un inmediato castigo para el descuidado. La víctima cae enferma y a veces muere, a menos que se den pasos inmediatos para liberarla de la influencia mágica. No tengo la menor duda de que si buscáramos con cuidado, encontraríamos tu cabello clavado a la corteza de un árbol, como expresión de las malévolas intenciones del brujo.

A pesar de su escepticismo respecto a la brujería, un estremecimiento de temor la recorrió, al recordar cómo su padre había discutido con algunos de sus colegas la muerte inexplicable de un aborigen australiano, cuya sombra había sido apuñalada por un enemigo.

Aunque se daba cuenta de que estaba sucumbiendo a supersticiones ilógicas, preguntó en voz baja:

—¿Y cuáles son las precauciones que deben tomarse?

Para su alivio, Luis no se burló de su ingenuidad, sino que la

consoló con aire sombrío:

—Es mejor que dejemos esas cosas en manos de los nativos. Una vez que les hagamos notar lo que ha hecho, tratarán de evitar cualquier actividad maléfica de su parte matándole y clavando una estaca en su cuerpo para evitar que su espíritu maligno vague por el mundo. Pero no te preocupes —se apresuró a tranquilizarla al ver que sus ojos se agrandaban de horror—. Supongo que una vez que el brujo haya tenido tiempo de reflexionar sobre la tontería que ha hecho, procurará poner muchos kilómetros de distancia entre él y la tribu a cuya diosa ha ofendido.

Luis permaneció en silencio, muy pensativo, mientras volvían sobre sus pasos, sorteando la laguna donde los nativos, atontados por la droga continuaban su fiesta, hasta que por fin, sin encontrar a nadie en el camino, entraron en la aldea desierta.

Hasta que no se encontraron frente a la choza que ella ocupaba sola, Luis no rompió el silencio.

—Después de pensarlo bien, he decidido que debemos abandonar la aldea mañana al amanecer. Los nativos tardarán horas en librarse de los efectos del *epena*. Dormirán la mayor parte de ese tiempo. Cuando despierten y descubran que te has ido de forma tan repentina como llegaste, tal vez lleguen a convencerse de que fuiste en realidad una alucinación, un sueño producido por el *epena*. De esa forma, yo podré retener su confianza y estar seguro de que me recibirán bien cuando vuelva en una de mis visitas periódicas para asegurarme si están bien. Procura guardar todas tus cosas —ordenó, tomando su consentimiento por dado—. Quiero que estés preparada para que nos vayamos poco antes de la salida del sol.

Pero todavía faltaban varias horas para la salida del sol, horas llenas de terror para ella, horas que tendría que permanecer sola dentro de la choza oscura, sin nada más que el recuerdo del rostro diabólico del brujo, y sus facciones contorsionadas por el odio, para hacerle compañía. El pensamiento la impulsó a un acto de desesperación que en otras circunstancias le habría parecido imposible. Complacida por la preocupación de Luis y ansiosa de demostrarle su gratitud, se puso de puntillas para sorprenderle con un tímido beso.

—¿No podrías quedarte conmigo el resto de la noche? —le suplicó.

Las manos de Luis descendieron sobre sus hombros para apartarla de él.

—¡Nunca vuelvas a hacer eso! —dijo con voz áspera—. ¡No poseo la fortaleza de Hércules, señorita, aunque hay ocasiones en que usted hace que me sienta como si compartiera parte de su carga… él también llevaba puesta una túnica que, cuando trató de quitársela, se dio cuenta de que estaba completamente adherida a su piel!

Capítulo 11

Un par de horas más tarde, aunque seguía sintiendo su orgullo herido, Rebel pudo examinar los acontecimientos de la noche más claramente. Mientras andaba a tientas por la choza, reuniendo su equipaje esparcido por ella, casi se echó a reír en voz alta al reflexionar en su momentáneo temor de las amenazas del brujo. «El hombre es un simple farsante», se dijo a sí misma, «un torpe charlatán, que teme que puedan descubrir sus secretos».

Pero sin que él lo supiera, uno de sus secretos había sido revelado. Mientras guardaba todo su material de trabajo, preparándose para partir, su memoria había funcionado rápidamente, haciendo que apareciera en primer plano la última cosa que su mente había fotografiado antes de desmayarse.

La excitación se fue apoderando de ella al examinar aquel recuerdo revivido: un claro bañado por la luna, una choza delineada con claridad contra el fondo de los árboles, el rostro del brujo dominando todo el primer plano y, más allá de su brazo levantado, ¡el rostro aterrorizado del jefe de la tribu asomándose por la puerta!

Sólo le quedaba un *flash*… requisito indispensable para que su cámara penetrara en el sudario de oscuridad que ocultaba los secretos de la *couvade*. Le quedaban todavía dos horas antes del amanecer… tiempo suficiente para llegar a la choza del brujo y volver con la ambicionada foto en su cámara. Cuanto más pensaba en ello más convencida estaba de que no debía dejar pasar esa oportunidad. Todo parecía inclinarse a su favor. El brujo, le había asegurado Luis, estaría para entonces a kilómetros de distancia de

allí; los nativos estaban absortos en sus diversiones, y ella tenía dos largas horas antes de marcharse. ¿Por qué no podía emplearlas bien y deleitar a su padre proporcionándole pruebas de un ritual que hasta ahora había sido desdeñado por los escépticos como simple conjetura?

Su padre le había acusado con frecuencia de ser terca y voluntariosa y, mientras se deslizaba a través de la selva sosteniendo su cámara con mano temblorosa, cruzó por su mente que lo que estaba haciendo le habría parecido una gran tontería. Luis se pondría furioso si llegaba a descubrirla, pero ahora que ya había memorizado el camino, la choza del brujo no le pareció muy distante, así que confiaba en que dispondría de tiempo suficiente para hacer su fotografía y volver a la aldea antes de que él notara su ausencia.

La reacción del jefe al repentino estallido y la luz del *flash* era su principal preocupación. ¿Lo aceptaría como parte de su magia, o su mente asociaría inmediatamente su intromisión como un daño contra su hijo recién nacido? Consolándose a sí misma con la idea de que era difícil que él relacionara algún tipo de mal con la diosa cuya magia le había dado un heredero, continuó su camino con paso más ligero. Pasó junto a la silenciosa laguna, en cuyas orillas yacían los nativos, tendidos entre los tambores y los desperdicios de la fiesta. Se habían quedado dormidos donde habían caído, las mujeres exhaustas de tanto bailar, los hombres por el efecto del *epena*.

Cuando Rebel llegó al claro, el lugar estaba totalmente en silencio. Era como si el mundo animal hubiera aceptado que este lugar era tabú, territorio prohibido para todos, excepto para el brujo.

Con todo cuidado, con el corazón latiendo con fuerza, puso un pie en la escala de cuerda que conducía a la choza y escaló la corta distancia hacia la plataforma de madera que se extendía a lo largo de toda la choza. Ni el más leve crujido delató su presencia mientras caminaba de puntillas hacia la puerta abierta, apuntaba su cámara hacia el interior sumido en la oscuridad y disparaba.

La escena revelada por el brillo cegador de luz quedaría grabada para siempre en su mente, como iba a quedar también el salvaje chillido de rabia que escapó de la garganta del jefe de la tribu, que

se encontraba acostado en su hamaca, pintado de negro de la cabeza a los pies, con una larga peluca, arreglada toscamente para que imitara el peinado de su esposa, y con numerosos adornos femeninos en el cuello, las muñecas y los tobillos, que seguramente pertenecían a su mujer. Todo ello se había concebido para engañar a los malos espíritus y hacerlos pensar que se las tenían que ver con una débil mujer, susceptible a sus influencias, y no con su marido, un fuerte guerrero.

La misma luz que cegó momentáneamente al jefe de la tribu la hizo comprender una terrible realidad con la que no había contado. Debido a que estaba tan segura de que el jefe la reconocería como una amiga, no había pensado que mientras la luz iluminaba la choza, ella había permanecido en la oscuridad, dando al jefe la impresión de que había sido atacado por un enemigo invisible.

No esperó a razonar con el enfurecido jefe. Sin esperar a que la reconociera, echó a correr y descendió tambaleante la escalerilla de cuerda. Estaba ya a mitad del claro cuando se dio cuenta de que estaba lloviendo con fuerza. Se habían acumulado en el cielo nubes de tormenta y uno de los aguaceros que eran cosa diaria en la selva amazónica había empezado a arrancar ramas de los árboles, a aplastar la hierba del suelo y a reducir a pantanos los caminos.

Rebel bendijo interiormente la oportunidad de la tormenta cuando, un segundo después de que la luna había sido cubierta por una de las nubes negras, y su luz se había apagado, una lanza cayó en la tierra, a sus pies. El miedo la impidió moverse cuando una lanza le rozó el hombro. Impulsada por el instinto de conservación se lanzó con verdadera desesperación hacia la protección de los árboles. Por fin se ocultó entre los árboles y echó a correr con toda la rapidez de que era capaz, con las manos sobre las orejas para no escuchar los gritos de furia del jefe de la tribu.

Sin saber si él la venía siguiendo, o no, y demasiado aterrorizada para detenerse a averiguarlo, continuó corriendo, tropezando con troncos de árboles, dando traspiés en raíces que a veces la lanzaban al suelo, resbalando en partes cubiertas de lodo o chapoteando entre los charcos, pero siempre protegiendo su cámara lo mejor que podía de la lluvia.

La escena que la esperaba cuando entró tambaleante a su choza parecía la adecuada para aquel horrible episodio. De pie en el

centro de la choza, con una antorcha encendida en la mano, se encontraba Luis, que se disponía en esos momentos a salir a buscarla.

—¿Dónde diablos has estado?

Ella se quedó petrificada, mirándole con expresión asustada. Permaneció callada, demasiado atontada hasta para buscar palabras con las cuales explicarse, mientras los ojos de Luis, incrédulos, la examinaban de arriba abajo, desde el pelo empapado y lleno de lodo, hasta las mejillas que sangraban por los arañazos que plantas y ramas le habían causado y la ropa adherida a su cuerpo como una segunda piel, excepto en los lugares donde el contacto con maleza espinosa había causado rasgaduras. Entonces su mirada, aguda como una aguja, se desvió, atraída por las manos que instintivamente ella había ocultado en la espalda.

—¿Qué estás ocultándome? —preguntó con un tono peligrosamente suave.

—Yo…

na-nada…

—tartamudeó.

Una mano fuerte y poderosa, se extendió ante ella.

—¡Enséñamelo! —exigió él—. Me gustaría examinar ese nada que es tan poco importante.

Comprendiendo que la farsa había terminado, Rebel dejó caer los hombros en un gesto de cansancio y con un suspiro retiró la mano de la espalda y le entregó en silencio la cámara.

Luis no pareció comprender nada. Se preguntaba qué podría haber hecho ella con una cámara en una noche negra y tormentosa.

—Tú habías insinuado que tenías una razón particular para reservar tu última fotografía —la acusó con voz inexpresiva, en apariencia demasiado confundido para dar crédito a las palabras que salían de sus propios labios—, pero aunque hubieras logrado descubrir el escondite secreto del jefe de la tribu, no creo que fueras lo bastante tonta como para volver a la choza del brujo… con tu cámara… para entrometerte en la ceremonia de la *couvade*… ¡Pero lo hiciste!, ¿verdad? —Sus dedos enfurecidos se clavaron en los hombros de Rebel y la zarandearon. Sin el menor murmullo de protesta, Rebel resistió la furia de Luis—. ¿Eres de mente tan cerrada que no te has dado cuenta de que esta gente es salvaje, que

son cazadores de cabezas, que están tan alejados de la civilización que no vacilan en matar a sus enemigos, que practican la repulsiva costumbre de comerse a sus muertos? Te atreves a estremecerte porque te toco y, sin embargo, tu estupidez nos ha expuesto a que nos asen vivos o a que seamos colgados de un árbol, hasta que nuestros huesos estén lo bastante secos para convertirlos en un polvo que se mezcla al puré de plátanos, y sirven aquí como macabro postre…

Su diatriba estaba calculada para impresionarla, pero su furia se calmó un poco a ver que el rostro asustado de Rebel palidecía.

—¡No…! —exclamó ella con voz ahogada—. Lo siento. Comprendo que estuvo mal lo que hice, pero, por favor, Luis, cállate. ¡No resisto oír más…!

En un acceso de aterrorizado remordimiento se dejó caer contra él, sacudida por sollozos convulsivos y ahogados. Él le permitió llorar para aliviar la tensión, antes de ordenar con voz cortante:

—No podemos perder más tiempo. Te doy cinco minutos para que te pongas ropa seca y entonces nos iremos inmediatamente.

Cuando Luis terminó de colocar las correas de su rifle y las bolsas de lona que contenían todas sus pertenencias, ella ya estaba vestida y esperando. El movimiento de aprobación de la cabeza de Luis fue tan inesperado, que ella casi se echó a llorar; pero contuvo con fuerza las lágrimas y escuchó con atención sus instrucciones.

—Sígueme tan de cerca y tan en silencio como te sea posible. Nuestra única oportunidad de supervivencia está en la lancha de motor. Debemos llegar a ella y salir del territorio de esta tribu lo más rápidamente posible. ¿Lista…? —le preguntó, preparándose para extinguir la antorcha.

—Lista —contestó ella con voz temblorosa.

—¡Bien! Entonces, vámonos.

La lluvia había cesado y la luna estaba en lo alto del cielo cuando se lanzaron a través de la selva. Procuraron andar en silencio, evitando los arbustos cuyas hojas, al crujir, podían revelar su intención de escapar. Al rodear la laguna, vieron a la luz de las antorchas agonizantes, que los nativos no se habían despertado aún. El corazón de Rebel pareció estar latiendo en su garganta mientras, siguiendo la súplica silenciosa de los ojos de Luis, lo seguía casi de puntillas, hasta que se alejaron y dejaron atrás la laguna, que habría

de quedar asociada para siempre en la mente de Rebel con su primera experiencia de temor intenso, de turbación aguda y de clara percepción del magnetismo de un hombre.

En cierta ocasión se quedaron inmóviles al escuchar un violento crujido en la maleza que había frente a ellos. Podía ser el jefe de la tribu enfrascado en una enloquecida búsqueda de su enemigo, o tal vez un animal grande. Sin importar lo que fuera, Luis no estaba dispuesto a correr riesgos. Esperó hasta que el sonido se perdió en la distancia; entonces se descolgó el rifle del hombro y lo mantuvo preparado mientras avanzaban hacia adelante.

Hasta que el pueblo no quedó a más de tres kilómetros de distancia, no empezó a tranquilizarse y colocó de nuevo el rifle en su hombro. Rebel esperaba que en cualquier momento estallara de nuevo la tormenta que parecía estarse acumulando tras los labios apretados del hombre. Pero cuando volvió a hablar sus palabras no fueron lo que ella esperaba.

—Por el momento creo que nos podemos considerar a salvo. Las tribus de esta zona están peleando siempre, así que el jefe de la tribu no se aventuraría a alejarse tanto de la aldea sin una escolta de guerreros. Descansa un poco —dejó caer una de las bolsas de lona en la tierra húmeda—. Sólo cinco minutos —le recordó, al ver que ella se dejaba caer con visible alivio sobre el improvisado asiento—. Cuando salga el sol, los nativos nos podrán seguir muy fácilmente. Por eso tenemos que intentar llegar a la lancha de motor antes del amanecer.

—¡Pero no sabemos si el jefe de la tribu me reconoció! —razonó Rebel con desesperación—. Cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que la luz le cegó. Cuando corría a través del claro, la luna estaba cubierta por las nubes, así que sospecho que tiró las lanzas casi por instinto, no a un objetivo visible.

Escuchó el siseo de la respiración de Luis que, después de unos segundos de tenso silencio, continuó en un tono que a ella le pareció inseguro:

—Es posible que tu suposición sea correcta. Por otra parte, también existe la posibilidad de que no lo sea. En estas circunstancias, no podemos quedarnos para averiguarlo. Aunque el jefe de la tribu no te haya reconocido, los nativos no van a renunciar a su diosa sin pelear. Te ven como una leyenda que ha

cobrado vida, como un presagio de buena suerte, una diosa que proporciona paz y abundancia.

La risa despreciativa con la que terminó la hizo más daño de lo que podía haberle hecho una de las lanzas del jefe. Había una muda súplica de perdón en las palabras de Rebel, cuando dijo:

—No pretendo ser la diosa de la fortuna, pero creo que hubo ocasiones… algunas al menos —tragó saliva y se obligó a sí misma a continuar—, en que mi compañía no te fue del todo desagradable, ¿verdad?

Ella estaba pensando en las ocasiones, preciosas para ella, en que habían charlado amistosamente, en que habían sostenido discusiones serias, en que habían reído juntos al descubrir que compartían el mismo sentido del humor, así que no estaba preparada para la amargura de la respuesta de Luis.

Repentinamente extendió los brazos para acercarla a su cuerpo.

—No hay una sola ventaja en la compañía de una persona avara —la acusó—. Una mujer que reparte sus favores en paquetes pequeños y que los retira a capricho, es una avara. ¡El ayuno hace al hombre goloso, querida mía, y como todo buen *gourmet* sabe, una buena comida tiene que iniciarse siempre con una dosis adecuada de hambre!

Cuando la boca hambrienta de Luis descendió sobre la de ella, todo su cuerpo vibró. Muchas veces había soñado despierta, imaginando cómo sería entregarse a la expresión natural del amor abrumador que sentía por él. Ella ansiaba la unidad, convertirse en parte de su mente, en parte de su cuerpo, tal vez, en ocasiones, hasta asomarse al fondo de su alma. El impulso de comunicar su amor físicamente era tan intenso como el de él; pero a pesar de su deseo, a pesar de que todo su ser clamaban por la satisfacción y sentía el cuerpo débil, como si no tuviera huesos, Rebel dudó y prestó atención a una vocecita que le decía que él no estaba adquiriendo compromiso alguno con ella.

Una ola de repulsión la hizo retirarse de unos brazos que se habían vuelto complacientes, ante la seguridad de la victoria.

—Hay un compromiso entre los viajeros, señor —dijo Rebel con voz desventurada—, una ley no escrita que impone a los hombres el deber de asegurarse de que sus compañeras de viaje no sean sexualmente molestadas.

La orgullosa cabeza de Luis retrocedió con violencia, como si hubiera recibido un golpe.

—Perdón, señorita. Ciertamente mi intención no era molestarla, sino sólo proporcionar el tipo de diversión que les gusta a las damas y que éstas esperan. Si la he ofendido, le ruego me disculpe. Sin embargo, en estricta justicia, debo hacer notar que los hipócritas que viven más de una vida, ¡no pueden quejarse si se les hace morir más de una muerte!

Capítulo 12

Rebel se tambaleaba ya de agotamiento cuando los tibios rayos del sol penetraron en la selva. Mientras avanzaba siguiendo a Luis, su mente cansada fue asaltada por la absurda idea de que toda la selva parecía estar llorando: todas las ramas, los troncos y los tallos estaban cubiertos por una capa de neblina húmeda, las hojas parecían abrumadas por el peso de las gotas de agua iridiscentes, que rodaban por su superficie para descender por la orilla y caer haciendo un leve ruido.

Hizo un supremo esfuerzo por abrir los párpados y enfocarlos en la espalda de Luis, tratando de mantenerse despierta, decidida a no darle la satisfacción de oírla quejarse de que tenía frío, estaba mojada, hambrienta y casi muerta de cansancio.

Su único consuelo era la convicción de que casi habían llegado al río. Apenas audible en la distancia era el sonido inconfundible del agua estrellándose contra las rocas y peñascos, una indicación de que se estaban acercando a los únicos rápidos que había encontrado en su viaje hacia la aldea, a menos de un kilómetro, en la orilla del río, donde habían dejado atada la lancha.

Pasó otra hora más antes de que Luis, con una voz sin compasión, indicara un tronco caído.

—Siéntate ahí mientras reviso las bolsas para ver qué encuentro para desayunar.

Rabel se dejó caer sobre el tronco y estiró las piernas.

—Un par de galletas para cada uno es todo lo que puedo ofrecerte —miró con el ceño fruncido a la bolsa casi vacía—, a menos que logremos pescar algo o cazar una paca o dos, tendremos

que resignarnos a pasar hambre los próximos dos días.

—¿Qué es una paca? —preguntó ella, mordisqueando con aire desventurado una galleta húmeda que sabía a moho.

—Es un roedor muy sabroso —contestó él—. Los indios lo consideran una verdadera delicia.

Rebel se sintió asqueada. Sospechando que su crueldad había sido intencionada, Rebel controló el impulso de vomitar y luchó por disimular su repulsión cambiando de tema. Había algunos pétalos de flores esparcidos a sus pies; al levantar la vista hacia el techo de la selva vio que algunos más caían suavemente, cuando una ráfaga de viento sacudió las hojas.

—He visto muy pocas flores en la selva —dijo ella con aire pensativo—. Sin embargo, su aroma dulzón y fuerte se siente en todas partes.

—Es que florecen sin ser vistas, ahí arriba, donde les da el sol. —Luis indicó con la cabeza la copa de los árboles—. Es un jardín secreto donde abundan innumerables especies de flores, sobre todo orquídeas. Los nativos las llaman «las hijas del aire», son las únicas hembras que pueden sobrevivir sin dosis regulares de adulación masculina —contestó él con sequedad.

—Tu capacidad para hacer distinciones parece muy limitada cuando pretendes que todas las mujeres somos frívolas y coquetas —protestó ella, irritada ante la actitud despreciativa que mostraba Luis hacia las mujeres.

Lamentó un momento después su respuesta impulsiva, cuando él la miró con ojos cargados de desprecio.

—¿Te atreves a creer que eres una excepción de esa regla? —Se estremeció al sentir que la recorría una mirada penetrante y fría, que la hizo intensamente consciente de cada arruga, mancha y rasgón de su atuendo. Su humillación se intensificó cuando él continuó diciendo con frialdad—: No tengo la menor duda de que hasta las malas yerbas a veces pretenden ser orquídeas, cuando recuerdo a cierta jovencita con una flor prendida detrás de cada oreja y un botón, estratégicamente colocado, sin abrochar.

Con las mejillas encendidas, Rebel se puso de pie de un salto, para liberar su humillación.

—¡Es usted despreciable, señor! Es tan brutalmente insensible como sus antepasados, que traficaban con esclavos, que doblegaban

el espíritu de los hombres con el látigo e infligían todavía peores degradaciones a sus mujeres. Saffira dijo una vez que usted está casado con el Amazonas —dijo con voz aguda—, lo cual me parece muy correcto, porque el Amazonas posee cualidades muy similares a las de usted: un exterior civilizado que oculta un interior salvajemente bárbaro, cruel e insensible.

—¿Así que ahora soy la bestia feroz que amenaza destrozar a la inocente gacela, no? —declaró con voz lenta y sarcástica—. Su habilidad como actriz es considerable, señorita, pero explota con exageración la credibilidad de su auditorio con esos bruscos cambios de papeles. ¡Después de todo, la mayor parte de la gente, con excepción hecha de novatos tan inocentes como Paulo, consideraría su transición de cazadora a inocente gacela demasiado incongruente para ser creíble!

Aunque el momento no era nada oportuno, ya que él se mostraba más que nunca escéptico, Rebel sintió deseos desesperados de aclarar de una vez por todas el malentendido de él, respecto a sus relaciones con Paulo. Era un malentendido que se levantaba entre ellos como una barrera infranqueable y que constituía las bases de cada una de sus amargas confrontaciones. Luis utilizaba el nombre de Paulo para atacar la conciencia de Rebel.

—¡Estoy cansada de ser llamada hipócrita, coqueta y vulgar! —rugió impaciente—. Has dado una interpretación completamente errónea a la situación entre Paulo y yo. Hasta a un criminal se le da el derecho de ser escuchado, pero tú has asumido el papel de juez y jurado, sin darme siquiera la oportunidad de explicarme.

—¿Para aportar circunstancias atenuantes…? —Su labio se torció en una mueca de desprecio—. ¡Ahórreme el melodrama, señorita! Veo que está deseando hacer el papel de mujer inocente y ofendida…

—¡Eres intolerable! Me detestas porque no me conoces, y nunca me conocerás si te aferras a esa antipatía que sientes por mí. Tienes prejuicios contra mí.

Comprendió que su acusación parecía haber tocado algún punto vulnerable de su conciencia, porque se irguió para defenderse.

—Actúo como víctima de la experiencia. Pero defiéndete, si quieres. Trataré de no recordar que eres un camaleón cuyo color se

adapta con facilidad a las circunstancias.

Alentada por su pequeña victoria, sintió la suficiente confianza para admitir:

—Desde que nos conocimos, Paulo mostró señales de haberse enamoriscado de mí, pero yo no hice nada para alentar lo que era, obviamente, un simple caso de enamoramiento juvenil. Pero tampoco lo desalenté, porque habría sido cruel de mi parte hacia un muchacho que se creía ya maduro.

—¿Lo suficientemente maduro para hacerte el amor?

—Me besó… una sola vez —dijo ella, preguntándose lo que Luis estaría pensando.

—¿Y no consideras alentador un beso? —insistió él.

—Bueno, sí, tal vez… pero yo estaba desesperada, ¿no te das cuenta…? ¡Desesperada por encontrar a alguien que me llevara a la aldea india! Consideraba que estaba en juego la reputación de mi padre. Su colección de libros le había granjeado la aclamación mundial y, desde luego, él quería que su último volumen tuviera la misma calidad de los anteriores. Yo también lo deseaba así, tanto, que me convencí a mí misma de que Paulo sería un guía competente. Me negué a escucharle cuando en el último momento perdió el valor y trató de echarse para atrás. Fue un error convencerle —confesó ella mirando con expresión inconscientemente suplicante a unos ojos que no daban señal alguna de suavizarse—, fue también un error alentarle para que desobedeciera tus órdenes. Por ambos errores, pido disculpas desde el fondo de mi corazón; pero no puedo, no estoy dispuesta a aceptar castigos por pecados que no he cometido.

—¿Pretendes hacerme creer que Paulo arriesgó su reputación, su carrera, hasta su propia vida… sólo por un beso?

—¿Por qué no? —preguntó ella con suavidad—. Cuantos le conocen comentan su bondad, su solicitud y su caballerosidad.

—Paulo puede poseer muchas cualidades, pero todas ellas son humanas. Hablas de él como si fuera un chiquillo y al momento siguiente le atribuyes virtudes casi sobrenaturales. Pero, no nos hagamos ilusiones… ningún hombre, sin importar su edad, puede pasar días enteros en íntima proximidad con una hermosa muchacha y salir de la experiencia con sus emociones intactas.

Aunque la expresión de él era sombría y sus palabras mordaces,

un rayo de esperanza surgió en Rebel ante esa primera insinuación de que la consideraba atractiva. Ella había sufrido la loca y dulce agonía de sus besos, había sido llevada al borde de la locura por la urgencia de sus caricias; sin embargo, se había resistido siempre en el último momento, confundida y lastimada por la ausencia de una pequeña y vital palabra de amor.

—Por favor, Luis —su nombre surgió de sus labios con suavidad, como una mezcla de sollozo y suspiro—, ¡no arrojes la carga de mis culpas sobre los hombros de Paulo! Tú sabes que la culpa es sólo mía, así que si tienes que castigar a alguien, castígame a mí.

La desconcertó la furia que estalló en los ojos de Luis. Era una ira incontrolable que parecía hacer erupción cada vez que se mencionaba el nombre de Paulo.

—Si él va a adquirir un carácter lo bastante fuerte como para domar a una rebelde, debe aprender a aceptar como un hombre el castigo merecido —dijo con ferocidad—. ¡Tú has hecho muy clara tu aversión a ser acariciada, pero aunque las caricias juguetonas de un cachorro pueden despertar tus instintos maternales, éstos no son sustituto de la pasión que sólo puede ser capaz de despertar un compañero exigente!

Rebel se ruborizó con intensidad ante esa cruel referencia a los episodios durante los cuales él había logrado despertar en ella reacciones dignas de una verdadera mujer. Su reacción inmediata fue la de huir, pero el orgullo se lo impidió.

—¿Eres tan inmune a las debilidades humanas como para no poder perdonar a un pobre muchacho una sola debilidad? ¿O se debe tu conducta irrazonable al hecho de que encuentras difícil perdonar un error que tú mismo podías haber cometido? Si Paulo merece sufrir las consecuencias de un solo beso, entonces, ¿qué castigo, puedo preguntar, es aplicable a ti?

La selva que los rodeaba parecía caer en un profundo silencio mientras ellos se miraban furiosos. Se habían olvidado de la fatiga, de la necesidad de darse prisa, del peligro cercano, de todo, excepto de su mutuo desprecio. Fue el chillido de un pájaro asustado el que puso a Luis alerta. Se quedó escuchando antes de volverse con rapidez hacia ella.

—¡Al río, pronto! —dijo, inclinándose para recoger sus bolsas de lona—. Si no me equivoco debemos encontrar la lancha de motor

anclada a unos cuantos metros de aquí.

Sin importar qué sonido habían percibido sus oídos, puso en sus pasos una urgencia que ella encontró imposible de igualar. Tan pronto como mostró señales de que se iba quedando atrás, él extendió la mano para cogerla del codo, impulsándola con tanta brusquedad que casi fue a dar de bruces al suelo. Comprendiendo que su actitud era motivada por la necesidad y no por la crueldad, se sometió sin protesta a ser medio arrastrada y medio levantada en vilo mientras corrían hacia el río a una velocidad que casi no tocaba el suelo.

Cuando llegaron a la laguna, Luis dejó caer las bolsas de lona al suelo y sin vacilación alguna se dirigió hacia donde estaba la lancha, tan bien disimulada que Rebel se había imaginado que tardarían mucho más en encontrarla.

Aterrorizada por el obvio presentimiento de peligro que había atacado a Luis. Rebel le ayudó a retirar las hojas, ramas y helechos que cubrían la embarcación y se alegró de obedecer sus breves instrucciones cuando le ordenó que saltara a bordo. El sonido del motor fue música para sus oídos, dulces notas alteradas de pronto por gritos que acompañaron a la aparición de numerosos cuerpos en la orilla del río.

Desde la mitad de la laguna donde ya se encontraban para entonces, era imposible decir si los gritos que los nativos estaban dando eran de furia, desesperación o desilusión, si los brazos que se movían con violencia implicaban una amenaza o una tierna despedida. Una mirada al perfil, de Luis, triste y duro a la vez, le confirmó que él, también, estaba inseguro: al mismo tiempo se dio cuenta de lo que debía sentir. Durante años había dedicado todos sus esfuerzos al bienestar de las tribus olvidadas, penetrando solo y desarmado, con valor maldito, en su territorio, en un intento de conseguir su confianza y afecto, pero ahora, gracias a la torpe interferencia de ella, todo aquello por lo que había trabajado tanto parecía a punto de perderse. ¿Lo considerarían todavía como un amigo cuyas visitas serían siempre bienvenidas? ¿O era ahora un objeto de odio, el hambre que les había robado su diosa?

Impulsada por la certeza de que, a pesar del peligro que eso significaría, él volvería para averiguarlo, ella se puso de pie y se colocó frente a los nativos, con los brazos abiertos, como si hiciera

con su gesto una muda súplica en favor de la causa de Luis Manchete.

—¡Caramba! ¡Siéntate! —gritó Luis—. ¡Todavía estamos al alcance de sus flechas!

Aterrorizada por esta amenaza, pero decidida a no ceder terreno, empezó a mover las manos en señal de despedida, deseosa de recibir una respuesta cordial. Los cuerpos de los nativos se habían reducido simples manchas en la playa cuando, a través de la laguna, se oyeron cánticos. Cuando Luis apagó el motor, para poder escuchar lo que decían los cánticos, las piernas de Rebel se doblaron y se dejó caer en el fondo de la lancha.

—¿Qué están diciendo? —suplicó con la mirada clavada en Luis.

Su concentración era tan intensa, que Luis parecía no haber oído, pero entonces, la gravedad del rostro de Luis se disolvió en una lenta sonrisa de satisfacción. No pareció tener prisa por sacarla a ella de la duda.

—Es usted una jovencita muy valiente, señorita Storm. Haber demostrado miedo cuando estábamos todavía al alcance de sus flecha, habría sido muy humano; pero gracias a que exhibió usted toda la compostura que era de esperarse de una amazona, están ahora entonando un cántico de súplica, para que su diosa vuelva pronto.

—¡Oh…! —Rebel le miró sorprendida, mientras saboreaba el efecto de su halago. ¡Por fin había logrado conquistar un poco su favor! Como si él también estuviera luchando con emociones que no le eran familiares, Luis se dio la vuelta para encender el motor y entonces dedicó toda su atención a guiar la lancha a través de la angosta salida de la laguna, antes de lanzarla hacia el complicado laberinto de ríos que había más allá.

Después de una hora viajando en silencio a través de un mundo de agua y de selva, se volvió y leyó, en la absorta actitud de Rebel, una profunda fascinación por la selva que los rodeaba y que parecía haber permanecido intacta desde tiempos inmemoriales.

Adivinando sus pensamientos con extraordinaria precisión, dijo:

—Si estás comparando la selva amazónica con otras selvas ecuatoriales que tal vez has conocido en África, debes recordar que esta selva ha permanecido virgen durante millones de años y que, en consecuencia, plantas y animales han podido evolucionar sin

interferencia alguna, adquiriendo formas irreconocibles que no se encuentran en otras partes.

—Quisiera no haber gastado todo el carrete —confesó Rebel, ansiosa de prolongar la conversación con aquel hombre cuyo indefinible cambio de actitud la hacía sentir extrañamente tímida.

—¿Hay alguna omisión en particular que quisieras rectificar?

—Me hubiera gustado concentrarme en efectos un poco teatrales que estimularan la imaginación… cosas como las gotas de lluvia brillando en una hoja de loto, grande como plato —movió una mano haciendo un gesto vago en el aire—, una masa de orugas como un bordado sobre el tronco de un árbol caído; riberas tan irregulares que parecen manchones hechos en un lienzo por un pintor… Pero sobre todas las cosas —decidió con aire pensativo—, me habría gustado fotografiar algunas de las especies de orquídeas que florecen en lo alto de la selva, las que tú dices que los nativos llaman «hijas del aire».

Ella se preguntó qué habría motivado su repentino impulso de llevar la lancha a la orilla del río y entonces, con el rifle al hombro, saltar a tierra con esta enigmática orden:

—Quédate aquí… no tardo.

En silencio, le vio caminar y perderse entre la maleza; segundos más tarde dio un salto de miedo al oír el disparo del rifle.

Su sorpresa aumentó cuando Luis volvió, para dejar caer una flor en su regazo, una orquídea silvestre que había arrancado con un disparo de su jardín aéreo.

—¡Qué preciosidad…! —suspiró ella, conmovida casi hasta las lágrimas por el gesto de él, que reconoció como un ofrecimiento de paz.

—Cualquier flor puede provocar admiración en un ambiente exótico. Pero yo reservo mi propia admiración para esas valerosas y lindas flores, algunas veces llamadas por error mala yerba, que logran florecer y alcanzar todo su esplendor en la adversidad.

Capítulo 13

Cuando el sol se ocultó, los monos empezaron a parlotear en los árboles y se escuchaban también, numerosos sonidos producidos por las aves. Combinados con el croar de las ranas y el rumor del río, producían una sinfonía que no inducía precisamente al sueño.

Luis había encendido dos hogueras, una cerca de la hamaca de Rebel y la otra a uno o dos metros de distancia, próxima a la suya. Rebel permanecía despierta, mirando las palmeras. Se estremeció y se acurrucó en un esfuerzo por combatir el frío del aire húmedo de la noche, que penetraba en su saco de dormir. Estaba exhausta, pero su mente estaba demasiado activa para permitirle dormir.

Desde que le ofreció la orquídea, Luis se había vuelto extrañamente silencioso. Hora tras hora, hundido en un profundo silencio, había guiado la lancha por kilómetros incontables de ríos y arroyos, a veces tan angostos que el follaje de las orillas se unía en el centro formando un túnel verde, y en otras ocasiones se hacían tan anchos, como para formar inmensos lagos cuyas orillas eran como una débil raya fina en el horizonte.

La atención de Rebel se dirigió entonces hacia Luis, que permanecía sentado junto a la hoguera, mirando a las llamas. Irritada por el frío y por su incapacidad para comprender el estado de ánimo en el que Luis se había refugiado, cambió de posición y empezó a mover los dedos de los pies, para evitar los calambres. El crujido de la hamaca atrajo su atención. Le vio ponerse de pie y entonces se puso en tensión cuando empezó a avanzar hacia ella.

—¿No puedes dormir? —Su tono era frío e indiferente, su figura elevada proyectaba una sombra enorme.

—Me temo que no —contestó ella, con los dientes castañeándole de frío.

Él titubeó y aunque su expresión estaba cubierta por las sombras, Rebel estaba segura de que estaba frunciendo el ceño. Había una nota de indecisión en su voz cuando finalmente le preguntó:

—¿Te gustaría nadar conmigo?

—¿Nadar…? —Ella se incorporó sorprendida—. ¡Pero hace demasiado frío… y es peligroso!

—Los nativos se suelen bañar a esta hora de la noche, porque cuando la temperatura de la selva es más baja, el agua resulta mucho más agradable que el helado y húmedo aire de la noche. Además —explicó—, cuando estábamos instalándonos aquí, descubrí un riachuelo de agua potable.

—Bueno… si estás seguro… —Rebel apretó los dientes para que dejaran de castañetear y él la ayudó a bajar de la hamaca—. Cualquier cosa es mejor que estar acostada aquí, congelándome.

Cuando estuvo de pie, Luis le retiró su apoyo con una premura que pareció subrayar su negativa a tener contacto físico con ella. Le siguió tambaleante a través de la selva, luchando contra las oleadas de dolor y confusión que causaban en ella sus cambios de actitud. Esa mañana ella había imaginado que la relación entre ellos había cambiado para mejorar; pero, por alguna razón, él se había encerrado en su caparazón de cortesía, que contrastaba con sus acaloradas discusiones de los días anteriores. Rebel comprendió que había disfrutado de ellas, después de todo, casi como de sus furiosos abrazos y de sus besos violentos.

Esta vez no tuvo razón para sentirse turbada por su presencia, cuando se desprendió de la ropa e introdujo un pie en el estanque. No había señales de Luis cuando se armó de valor y se lanzó a las profundidades de un agua intensamente fría, que la hizo subir a la superficie escupiendo y abriendo la boca angustiada. Sin embargo, de manera sorprendente, cuando pataleó un poco, sintió que un suave calorcillo se extendía por sus miembros. Entonces, poco a poco, mientras ella asimilaba la belleza asombrosa del estanque bañado por la luna, sintió que la tibieza del agua aumentaba. Los rayos de la luna producían tonalidades rojizas en el estanque, de tal modo que en poco tiempo Rebel sintió que estaba disfrutando el

placer de nadar desnuda en una inmensa copa de vino.

Chapoteó feliz, perdida en un sueño lleno de fantasías que excluían que el color del agua se debía al contenido del subsuelo, como se lo hubiera podido explicar cualquier aficionado a la geología. Su placer era tan completo, que cuando la cabeza de Luis apareció, surgiendo del agua, ella parpadeó y murmuró con aire soñador:

—¡Baco, dios del placer, vestido para la paz con una túnica púrpura y para la guerra con una piel de pantera!

Durante un momento él se quedó callado, sin comprender. Entonces, cuando se dio cuenta de lo que ella quería decir, sacudió su cabellera mojada para retirarla de los ojos y contestó secamente:

—Se dice que Baco tenía varias personalidades, entre ellas las de un perverso sátiro y también la de dueño del destino. No voy a turbarte preguntándote cuál crees que me queda mejor de las dos —sin darle tiempo a hacer su elección, se dio la vuelta para deslizarse por el agua, diciendo—, ya es hora de secarse, joven bacante… ¡creo que ya has bebido lo suficiente!

Casi contra su voluntad, Rebel siguió su ejemplo; pero cuando llegó a la orilla y salió del estanque, tuvo la impresión de que se había metido en un congelador y que la sangre se le helaba en las venas. Lamentando tardíamente la falta de una toalla, empezó a ponerse la ropa sobre el cuerpo empapado. Entonces trató de reparar la tontería cometida masajeando débilmente sus extremidades.

—¿Estás lista? —dijo Luis, saliendo de entre los árboles. Pero al ver un joven rostro congestionado por el frío y una camisa empapada por los mechones mojados que caían sobre ella, lanzó una maldición ahogada, sustituida por una exclamación de impaciencia. Sin perder tiempo, se quitó la camisa y la utilizó para secarle el pelo. No dejó de hacerlo hasta que Rebel sintió que el cuero cabelludo le hormigueaba y su pelo estaba seco.

Todavía serio, como si estuviera muy ofendido, la tomó en sus brazos y caminó con ella hacia su pequeño campamento, donde la dejó bruscamente junto a la hoguera.

Rebel, se puso de rodillas y se acercó un poco más, con los brazos extendidos para que el fuego calentara sus manos. Sentía el cuerpo débil por el efecto combinado del frío y el áspero

tratamiento de Luis.

—Son en estos momentos cuando se demuestra sin la menor duda que las mujeres no están preparadas para soportar los rigores que entraña el recorrer regiones inexploradas. ¿Por qué no pueden las mujeres conformarse con lo que hacen mejor… esto es, atender la casa y cuidar a los niños?

Rebel no tenía la menor idea de por qué Luis estaba tan enfadado y mucho menos sabía por qué ella misma tenía que luchar contra unos deseos intensos de llorar.

—Ésa es una pregunta que yo misma me he hecho con frecuencia —dijo con voz ahogada—, sobre todo cuando siento que la niña que hay en mi interior pide las muñecas que nunca tuvo y los compañeros de juego que nunca conoció.

Para su propio horror, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Oyó una imprecación dicha en voz baja por encima de su cabeza. Entonces fue puesta de pie por unas manos que ella esperaba fueran rudas, pero que resultaron gentiles hasta un punto sorprendente.

—Estás cansada y tienes frío —declaró Luis ante la cabeza inclinada de ella—. Tienes demasiado frío para dormir sola. Si lo recuerdas, te advertí que habría noches en el Amazonas en las que debías estar preparada para compartir el calor del cuerpo de tus compañeros de viaje. Y me parece —concluyó con expresión sombría— que ésta es una de esas noches.

No mostró señal alguna de emoción mientras extendía su saco de dormir cerca del fuego y la ayudaba a introducirse en él; pero no le habría importado nada si lo hubiera hecho. Rebel tenía demasiado frío y estaba demasiado deprimida para que algo le importara. Ni siquiera cuando él se deslizó a su lado rechazó la intimidad de un cuerpo que se apoyaba, rígido como un tronco de árbol, contra su espalda.

Sólo un pensamiento inquietante la impulsó a murmurar:

—¿Tú crees que estamos a salvo de los animales merodeadores, durmiendo en el suelo?

—No te preocupes… dejaré el rifle cerca.

—Sí, pero… —empezó a protestar, pero tuvo que detenerse para ahogar un bostezo.

—Estará usted perfectamente a salvo, señorita —insistió él;

entonces, demostrando una vez más su increíble habilidad para leer sus pensamientos, concluyó con ironía—: Le prometo que no me dormiré.

Ella se movió inquieta durante la noche. Despertó con el nombre de él en los labios para hundirse en el acto en un tibio y satisfactorio abismo, tranquilizada por el sonido de su respiración regular y por la cercanía de su cuerpo, inmóvil y resistente.

Cuando las primeras luces del alba la despertaron, Rebel se movió y entonces frunció el ceño, sintiendo que le faltaba calor y que Luis ya se había levantado.

—Buenos días, señorita.

El tono de Luis era tan frío, que ella no pudo menos de preguntarse si no habría soñado que había compartido su saco.

—Buenos días.

Ella se sentó, llena de turbación, para contemplar el rostro bronceado de Luis y su cabeza húmeda, que le indicó que se acababa de bañar.

—He encontrado algunos plátanos para el desayuno —dijo él como si acabara de ir a un mercado cercano—. Ya no hay galletas y para beber sólo tenemos agua. En ese sentido, somos afortunados, porque hay zonas en la selva en las que el agua no se puede beber.

—Entonces, deberíamos llenar las cantimploras antes de irnos, ¿no? —comentó Rebel, desconcertada por el aire de indiferencia de él.

—Desafortunadamente, en nuestra precipitación por salir de la aldea, olvidamos las cantimploras —le dijo sin censura, pero en tono seco—. Sin embargo, en esta época del año hay un atajo, a través de los ríos, que se vuelve navegable. Así que si partimos enseguida, podemos evitar la incomodidad de pasar otra noche en la selva.

Él había dicho incomodidad, pero lo que había querido decir era desastre, pensó Rebel, mientras le observaba concentrar toda su atención en llevar la lancha por aquel laberinto de ríos, dando vueltas de vez en cuando y lanzándola a una velocidad endemoniada en los tramos rectos. Estaba claro que estaba usando esa intensa concentración y ese esfuerzo físico como escape para alguna frustración interna.

Se detuvieron sólo una vez, para explorar la selva en busca de

comida y bebida, sólo para descubrir, como los indios lo habían hecho muchos años antes, que algunas partes del Amazonas eran estériles. Rebel caminaba por la orilla del río, con los ojos hambrientos buscando alguna posible fruta, cuando tropezó con una raíz e instintiva mente extendió las manos para aminorar el impacto de la caída. Sintió cómo se le clavaban en las palmas de las manos las espinas del árbol en que se había apoyado. Lanzando un grito de dolor, retiró las manos. Entonces miró con ojos enormes las numerosas espinas que se le habían clavado.

Como era de esperar, Luis, que siempre procuraba estar a distancia razonable de ella, escuchó su grito y estuvo a su lado en cosa de segundos.

—¿Qué pasa…? —Sus ojos penetrantes examinaron la maleza para ver si no había serpientes; entonces, convencido de que no había, ninguna, revisó con precaución los arbustos entre los que pudría acechar alguna fiera. Como sospechaba que Luis estaba buscando una excusa para enfadarse con ella, Rebel ocultó las manos a la espalda y se sonrojó al mentir:

—Siento haberte alarmado con un grito, pero me asustó un pájaro que salió volando de un arbusto.

Su rubor se hizo más intenso cuando, en lugar de mostrarse satisfecho, Luis empezó a estudiar su rostro, como para decidir si su expresión revelaba arrepentimiento o culpabilidad. Sintiéndose incómoda por la intensidad de su mirada, Rebel trato de escapar apartándose.

—¡Espera…! —Cuando su mano detuvo el brazo de ella, notó inmediatamente que ella se estremecía de dolor. Sin decir nada, rodeó su muñeca y la volvió para que quedara con la palma hacia arriba. El silbidito que lanzó pareció revelar que se sentía tan ofendido, que Rebel se puso en tensión y esperó, llena de desventura que la regañara.

Cuando se sobrepuso de la impresión inicial al examinar sus palmas llenas de espinas dijo:

—Hay un botiquín en la lancha. Será mejor que vayamos.

Su tono era tan exento de expresión que ella se sintió ligeramente ofendida. ¿No le interesaba para nada lo que le sucediera a ella, o la había definido ya en su mente como propensa a los accidentes?

A pesar de su deseo de llegar a casa antes de que cayera la noche, pasó sentado casi una hora extrayendo con pinzas las espinas que cubrían sus manos hinchadas. Entonces le dio pomada en las heridas y le vendó las manos con habilidad profesional.

—Ahora —dijo con aparente tranquilidad—. ¿Puedes permanecer en la lancha, por favor, mientras consigo algo para comer y beber?

Rebel le miró perpleja bajar de la lancha e ir hacia la espesura, sin volver una sola vez la cabeza. Hizo lo que él le decía. Sentía como si de él emanaran olas que le retaban a seguirle pero permaneció inmóvil, sumida en inquietantes pensamientos.

No habían pasado más de diez minutos cuando Luis volvió llevando dos trozos de liana. Los balanceaba con todo cuidado para que las puntas no cayeran. Le entregó una a ella y le demostró su empleo colocando una punta de la que él había retenido en sus labios y levantando la punta contraria.

Ella vaciló un poco antes de seguir su ejemplo, preguntándose qué tipo de sabor podía esperar; pero una vez que él hubo calmado su sed, le aseguró:

—Es agua pura para beber, no tiene ningún sabor. Si no fuera por este tipo particular de liana, muchos nativos morirían de sed en esta región donde no hay arroyos dentro de la selva, especialmente durante los meses de sequía.

Alentada por sus palabras, Rebel se llevó la liana a los labios y levantó el otro extremo hasta que una pequeña corriente de agua empezó a humedecer su lengua. El trozo de liana, de casi medio metro de largo, que Luis había cortado con un machete, tenía suficiente líquido para saciar su sed. Eso, y unos aguacates con que él se había llenado los bolsillos, constituyó su comida.

Aun antes de que acabara de comer, Luis puso en marcha el motor y poco tiempo después la lancha salió de un angosto riachuelo hacia un enorme lago con la superficie ondulada por la brisa. Maravillada por el paisaje, Rebel se levantó y se acercó a Luis.

Durante un rato le permitió que estuviera a su lado, disfrutando del viento que le sacudía el cabello y las gotas de agua que salpicaban sus mejillas: pero entonces hizo que se sintiera como una intrusa diciéndole cortante:

—Será mejor que vuelvas a tu asiento.

Redujo la velocidad de la lancha, mirando con el ceño fruncido grandes balsas de verdor que flotaban. A medida que la lancha avanzaba, Rebel vio que eran grandes masas de vegetación flotantes, que parecían lo bastante sólidas para soportar el peso de la lancha. La tensión de Luis pareció contagiársele, mientras él maniobraba la lancha por un estrecho pasaje entre el agua cubierta de yerbas, que hacían que la lancha pareciera estar en tierra firme, no tanto navegando, como arando un surco entre la yerba.

Como Rebel conocía ya sus estados de ánimo, percibió cuándo el alivio relajó la curva de los hombros de Luis. Se dio cuenta de que la vegetación flotante era cada vez más escasa, hasta que por fin dejaron atrás aquellas llanuras de vegetación acuática que sin duda alguna él temió que pudieran apresar la lancha, retenerla como si hubiera naufragado en una isla desconocida.

Horas más tarde se hizo evidente, por la forma segura en que Luis conducía la lancha que, aunque la noche había caído, reconocía lugares familiares. Aunque a ella todos los ríos le parecían iguales, para Luis contenían mensajes que le decían que estaba ya acercándose a su casa.

Con una mezcla de alegría y dolor, Rebel vio surgir de la oscuridad la clara silueta de un atracadero, oyó que se apagaba el motor de la lancha y sintió un leve tirón cuando la embarcación chocó suavemente con las estacas de madera clavadas en el río. Comprendió entonces que su padre, Paulo, Saffira de Pas y muchos otros estaban ya muy cerca.

Como si él también sintiera que habían llegado al final de un capítulo, algunas de cuyas partes él hubiera querido poder re-escribir, Luis no saltó inmediatamente a tierra, sino que se sentó frente a ella.

—Hemos llegado —le dijo con aspereza.

—Estoy segura de que no lo lamentas —murmuró ella, muy cercana a las lágrimas—, dicen que el Amazonas es una mujer… tan mujer, que a un hombre le resulta difícil manejarla. Y sin embargo, tú pudiste con ella y conmigo.

—He llegado a la conclusión —contestó él con voz ronca y dura—, de que el Amazonas y tú sois indivisibles, que sois gemelos que comparten las mismas características, las mismas contradicciones, la

misma habilidad para atraer y rechazar. Para el viajero de paso pueden ser tan crueles como bondadosos; pueden alentar la confianza de un hombre, sólo para ser lanzado sin advertencia alguna en un foso de dudas. Tus pensamientos, como el laberinto de los afluentes del Amazonas, son complejos y engañosos; tus acciones, tan caprichosas como sus rápidos. Sí, el Amazonas es una mujer —concluyó él pesadamente—, la única mujer que estoy dispuesto a compartir… la única de la cual aceptaría recibir el título de «uno de sus muchos amantes».

Capítulo 14

Rebel estiró el cuello para examinar las fotografías recién reveladas, que había puesto a secar. Durante los últimos días, el cuarto oscuro que los científicos de Luis le habían improvisado, había sido usado por ella como un refugio, un lugar en el cual podía escapar a incontables preguntas, miradas curiosas y ocasionales comentarios jocosos. Pero, sobre todas las cosas, su construcción había ayudado a hacer del trabajo una excusa válida para evitar a Luis Manchete, el hombre que, desde el momento en que cruzó el umbral de la casa, había recuperado el papel de gran señor, una remota figura de autoridad, cuyo frío aire de indiferencia no alentaba a nadie a hacerle preguntas de ninguna especie. Era un hombre al que todos, exceptuando Saffira, parecían tener miedo.

Si no hubiera tenido fotografías como prueba, habría estado tentada a pensar que los acontecimientos que habían compartido eran simples alucinaciones. Pero a medida que cada escena surgía de su baño de líquido revelador, se reavivaba en ella el recuerdo de días llenos de asombro, de lucha, de peligro y de una felicidad ocasional tan intensa, que casi resultaba insoportable.

Desafortunadamente, su trabajo ya había terminado. Al colgar la última foto, sintió una gran emoción al ver el rostro del jefe de la tribu, contorsionado de furia, con su peluca toscamente colocada y los numerosos adornos femeninos que chocaban contra su masculina cara de guerrero. Contuvo la respiración al examinar la fotografía y captar por primera vez, con todo su impacto, la furia enloquecida del hombre.

—¡Rebel…! —Paulo llamó a la puerta con la mano, al mismo

tiempo que decía su nombre—. ¿Puedo entrar?

—¡Espera un segundo! —exclamó ella. Su voz la había hecho volver bruscamente a la tierra. Entonces empezó a reunir, invadida por el pánico, una serie de fotografías cuyo tema era demasiado personal para que pudiera compartirlo con alguien. Las introdujo en un sobre, sin cerrarlo, y utilizó una estantería llena de libros como escondite temporal, antes de gritar a Paulo—: ¡Está bien, ahora puedes pasar!

Cuando Paulo entró en el cuarto oscuro, Rebel comprendió en el acto que estaba muy excitado. Durante todos estos días había vivido con la amenaza del despido colgando sobre su cabeza, la posibilidad de que lo echaran de un trabajo que le gustaba, con el consiguiente riesgo para su futura carrera. Cruelmente, Luis le había tenido en suspenso; desde su llegada, había pasado la mayor parte del tiempo encerrado en su estudio atendiendo a la correspondencia que se había acumulado en su ausencia; sin embargo, Rebel estaba segura de que si hubiera querido, habría dado preferencia a la entrevista con Paulo.

—¡Acabo de hablar con el jefe! —exclamó Paulo, casi loco de emoción.

Ella sonrió, aliviada, porque era obvio que el resultado de la entrevista había sido favorable para Paulo. Sin embargo, se sintió obligada a preguntar:

—¿Cómo le fue? ¡Cuéntame!

—Muy bien Le encontré muy comprensivo, hasta un poco sorprendente. Después de un sombrío sermón preliminar, sobre los riesgos de desobedecer órdenes, cambió completamente de actitud. Empezó a hablarme como si fuera mi tío, advirtiéndome sobre la influencia que una mujer experimentada puede tener sobre un muchacho joven como yo. Me dijo que incluso hombres mayores, más mundanos que yo, pueden resultar víctimas de las argucias de una mujer intrigante.

Rebel ahogó una exclamación de protesta. Se sintió muy lastimada porque sabía que Luis se estaba refiriendo a ella. Al mismo tiempo, se reprochó su propia tontería, su obstinación en dar una imagen que no era la suya.

Que Paulo la había reconocido en las palabras de Luis quedó claro cuando añadió sonriendo:

—En el pasado, siempre admiré la capacidad de don Luis para valorar y juzgar correctamente a la gente. Pero en este caso —le aseguró fijando la vista en el rostro dulce y preocupado de ella—, su juicio es del todo equivocado. ¡Y así se lo dije! —Se puso de pie, muy erguido, en actitud orgullosa—. Le hice notar con toda claridad que, aún a riesgo de poner en peligro mi carrera, no podía escuchar sin protestar, que se hicieran comentarios erróneos sobre la muchacha con la que intentaba casarme…

La mente de Rebel estaba tan ocupada luchando con el pensamiento de que Luis tenía una opinión todavía más baja de ella de lo que había supuesto, que por un momento no entendió lo que Paulo acababa de decir. Hasta que él no la abrazó, para darle un beso lleno de ansiedad, ella no comprendió el sentido de sus palabras.

—¡No, Paulo, no debes…! —retiró su boca de la de él—. ¿Cómo pudiste decir tal cosa? Yo nunca te he dado la menor razón para suponer… —Se detuvo, porque su voz se ahogó en la garganta. Se sumió, temblando, en un repentino silencio, mientras pensaba lo que Luis Manchete pensaría ahora de ella, hasta qué punto su actitud y su opinión sobre ella serían confirmadas por la idea de que había reanudado su coqueteo con Paulo en el punto en que se suponía que lo había dejado.

Sin embargo, no pudo menos de sentir compasión por el muchacho cuya expresión era un reflejo exacto de cómo se estaba sintiendo ella: herida, desdeñada y desventurada.

—Yo pensé… —dijo él titubeante y entonces se detuvo—. No debí habértelo propuesto, ¿verdad? —aceptó con tristeza—. Mientras estabas ausente, en la selva, me sentía tan terriblemente preocupado por ti, que llenabas mi pensamiento todo el día y toda la noche. Me pareció una conclusión lógica el que una muchacha que había llegado a significar tanto para mí se convirtiera en mi esposa. Te quiero Rebel —dijo suplicante—. Nunca se me ocurrió pensar que tú no me quisieras.

Unos minutos más tarde, Rebel entró en su dormitorio, ligeramente consolada por el hecho de que Paulo, aunque muy triste, había aceptado sin reproches el que ella rechazara su proposición de matrimonio.

Cuando cruzó la puerta, frunció el ceño. Su búsqueda de soledad

resultaba frustrada por la presencia de su padre en el dormitorio.

—¡Rebel, queridita mía! —exclamó él, muy sonriente, indicando con un movimiento de cabeza una gran caja de cartón colocada sobre su cama—. Te he traído un regalo… y una buena noticia.

—Gracias, papá. —Rebel hizo un esfuerzo porque su voz expresara gratitud—. Como ha habido escasez de buenas noticias últimamente, oiré primero ésta y después abriré el regalo.

—¡Cómo puedes decir tal cosa! —Su padre enarcó las cejas—. Llegaste de la expedición sana y salva, con fotos extraordinarias, mejores de las que yo hubiera podido esperar, y aún así, no estás satisfecha. ¿Qué esperas?

Rebel se sintió tentada de decirle la verdad, de decirle que el desafío de explorar lugares desconocidos había perdido todo atractivo para ella, que el pensamiento de pasar el resto de su vida vagando como una gitana, sin un hogar fijo, sin quedarse nunca en un lugar el tiempo suficiente como para echar raíces, era una perspectiva tan espantosa para ella que de sólo pensarlo la ponía enferma. La otra alternativa que tenía su existencia, la de instalarse en alguna casita de campo, para acompañar a su padre durante el retiro, le brindaba tan poco estímulo que resultaba deprimente. Pero él estaba tan feliz, tan encantado ante la perspectiva de iniciar su último libro, que no tuvo valor para disgustarle con esos comentarios.

—Como el señor Manchete dijo una vez, soy una hija ingrata —concluyó en voz alta, con aire solemne.

—Nada de eso —la contradijo su padre—. Lo que ocurre es que estás un poco deprimida. Una reacción muy natural después de una expedición emocionante. Por fortuna, tengo justo el tónico que necesitas —metió una mano dentro del bolsillo y sacó un recorte de periódico, indicando un párrafo que él había marcado con lápiz—. ¿Recuerdas las fotografías que tomaste del Monte Kinabalu, cuando estábamos trabajando en Borneo el año pasado? Bueno, una de ellas, la fotografía de una hondonada llena de nubes, ¡ganó el premio de «La Fotografía más Notable del Año»!

—¿De veras…? —Rebel hubiera querido compartir el orgulloso entusiasmo de su padre.

—No nos hubiéramos enterado si no le hubiera pedido a Paulo que me trajera los periódicos ingleses que pudiera encontrar,

cuando, de manera inesperada, tuvo que volar a la capital del país, por cuestiones de negocios. Casi no podía dar crédito a mis ojos cuando leí el párrafo, tan breve que casi me pasó desapercibido. Me hizo sentir muy orgulloso y me alegré de haber tenido la previsión de pedir a Paulo que te comprara un regalo, aunque lo hice antes de saber tu éxito. Es un vestido —confesó él, indicando una vez más la caja de cartón que estaba sobre su cama—. Tú nunca has demostrado mucho interés por tu apariencia, querida mía, probablemente porque estuviste privada de influencia femenina desde muy pequeña, pero creo que en el fondo te gusta estar guapa como a cualquier chica de tu edad. Me gustaría muchísimo que te arreglaras esta noche, que te pusieras muy elegante, para la que debe ser nuestra cena de despedida, si queremos llegar a Londres a tiempo para la presentación del premio. Así que estrena hoy tu vestido.

Rebel no se molestó en abrir el paquete hasta mucho tiempo después de que su padre se había ido. Se quedó sentada largo rato, abrumada por el pensamiento de que el abismo entre ella y Luis Manchete iba a ser agrandado por kilómetros y kilómetros de distancia, que la cena de esta noche sería la última comida que compartirían, que cuando se retirara esa noche, seria la última en que dormiría bajo su mismo techo.

Luis prefería cenar tarde, así que ella tuvo tiempo suficiente para lavarse y secarse el pelo antes de recogerlo en un moño alto que estilizaba su cuello.

Demostrando indiscutible buen gusto y una profunda devoción por la mujer que habría de usarlo, Paulo había seleccionado para ella un vestido que llegaba hasta los tobillos, en un tono muy suave de malva.

Se contempló en el espejo, un poco avergonzada de las curvas voluptuosas que quedaban reveladas por el vestido y que casi siempre se disimulaban con las camisas y pantalones que utilizaba. Paulo había tenido la previsión de comprarle zapatos adecuados al vestido. Eran unas sandalias de tacón alto, formadas por finas tiras de piel azul que se ajustaban a la perfección a sus pies.

Alentada por un impulso de mostrarse atrevida, por la urgencia de hacer que Luis Manchete se diera cuenta de que algunos hombres debían considerarla deseable, aun fuera de la selva, buscó

en su maleta un regalo casi olvidado: un pequeño estuche que contenía varias sombras de colores diversos para los ojos y un lápiz de labios que había permanecido cerrado y sin usar desde el día en que lo había recibido.

Bajó el lápiz de labios para examinar el resultado de sus esfuerzos y contempló con asombro a la sofisticada desconocida cuya imagen veía reflejada en el espejo. Había visto imágenes similares en las páginas de revistas femeninas. Con frecuencia había envidiado el aspecto de fragilidad y el estilo de vida protegido y mimado que llevaban, todas esas muchachas.

Inclinó la cabeza a un lado para examinar una mejilla con numerosos arañazos, que eran ya casi imperceptibles. Habría sido agradable que el último recuerdo que de ella le quedara a Luis fuera una imagen de perfección. Con un resignado encogimiento de hombros, se puso de pie, tratando de consolarse con el pensamiento de que la perfección podía ser un poco aburrida.

Salió de su habitación para dirigirse hacia una pequeña sala donde los invitados se reunían habitualmente para tomar un trago antes de cenar. Casi siempre había numerosos científicos, entre los cuales podía perderse, pero cuando entró a la habitación, tuvo la impresión de que estaba vacía. Dudó pensando que había bajado demasiado temprano o que tal vez estaban en otra habitación. Estaba a punto de volverse cuando escuchó un ruido. Volvió la cabeza en la dirección de donde venía el sonido y reconoció a Luis, muy elegante con una chaqueta formal, cuya inmaculada blancura contrastaba con su cabello oscuro.

Durante un segundo se miraron, tensos y alertas. Entonces, al recordar su deber de anfitrión. Luis bajó la mirada y dijo con suave cortesía:

—¿Puedo servirte algo de beber?

—Preferiría un zumo de fruta, si es posible, gracias —tartamudeó ella, sintiendo que la amenazaba un peligro todavía mayor que la lanza del jefe de la tribu. Él cruzó la habitación y poco después le entregó un vaso lleno casi hasta el borde. En su superficie flotaban cubos de hielo en miniatura, que helaron su lengua cuando dio el primer trago.

—Estás muy guapa esta noche.

El cumplido fue tan inesperado que Rebel estuvo a punto de

ahogarse.

—No debes arruinar tu vestido —el rostro de Luis era inexpresivo, mientras limpiaba el exceso de zumo de frutas del exterior del vaso, con un inmaculado pañuelo—. Saffira me ha dicho que Paulo invirtió mucho tiempo y esfuerzo en su compra. Lo que me parece correcto, considerando la importancia de la ocasión. Creo que debo felicitarte, ¿no? —Su voz era muy fría. Aunque esperaba una respuesta, Rebel tardó en contestar.

Comprendiendo que su padre debía haberle dicho lo del premio, Rebel sintió que se ruborizaba.

—Sí, así es —contestó nerviosa, sin saber qué otra cosa podía decir.

Se estremeció ante la intensidad de las chispas de furia que parecieron encenderse por un momento en los ojos de él. Miró su vaso, preguntándose por qué parecía sentirse tan ofendido por su éxito, y se sintió todavía más confundida cuando la furia de él se transformó en palabras.

—Tal cambio de circunstancias probablemente interferirá en tu trabajo. Me diste la impresión de que eras una viajera incansable, pero sin duda alguna, al aceptar nuevas responsabilidades, te verás obligada a permanecer en un solo lugar, ¿no?

Por un momento quedó desconcertada. Entonces, solamente recordó que su padre había dicho que uno de los beneficios que ofrecería el premio era la oportunidad, para los fotógrafos jóvenes, de trabajar durante un año con un experto.

—Tal vez me sienta un poco atada al principio —confesó titubeante—, pero trataré de recordar que mi libertad no estará restringida para siempre. Después de un poco de tiempo, podré continuar con mis actividades de siempre, pero con muchas mejores perspectivas.

Luis echó la cabeza hacia atrás bruscamente y a Rebel le recordó a una cobra enfurecida, lista para atacar. Entonces, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, logró contener el veneno lo suficiente como para congelarlo.

—No dudo que lo hará, señorita Storm. Ha hecho muy concienzudamente su labor… ¡un día de éstos, Paulo será un joven muy rico! —dijo fríamente.

Diez minutos más tarde, Rebel ocupó su lugar en la mesa de la

cena, con su mente atontada todavía luchando por asimilar el hecho de que ella y Luis habían estado hablando de cosas diferentes, que mientras ella se imaginaba que estaba hablando de su premio, él se refería a su no existente compromiso con Paulo.

Atontada, Rebel se esforzó en comer lo que ponían frente a ella, y en contestar con monosílabos las preguntas que le hacían Paulo y Saffira que, junto con ella y su padre, eran los únicos invitados a la cena de esa noche. Pero tras su cortina de cortesía estaba reviviendo con desesperación cada palabra que habían intercambiado. Comprendió, entonces, por qué la expresión de Luis había revelado primero asombro y después profundo desprecio durante la breve y desastrosa conversación.

—Su hija no parece tener mucho qué decir esta noche, profesor —la voz complaciente y felina de Saffira sacó a Rebel de su ensimismamiento.

—Nunca ha sido muy habladora —aceptó su padre—. Si una cámara pudiera ser empleada como medio de expresión verbal, encontraría usted que es una brillante conversadora.

—También deben hacerse concesiones, considerando que la señorita tiene muchas cosas en las que pensar esta noche —dijo la voz de Luis desde la cabecera de la mesa—. Muchos tormentos salpican el camino hacia el matrimonio.

Todos contuvieron la respiración, sorprendidos. Entonces el silencio fue roto simultáneamente tanto por Paulo como por su padre.

—Perdone mi omisión, señor —dijo Paulo a toda prisa—, pero no he tenido todavía la oportunidad de explicarle…

—¡El camino hacia el matrimonio…! —lo interrumpió su padre, lo bastante asombrado como para olvidar los buenos modales—. Amigo mío, ése es un camino que me encantaría que mi hija recorriera; pero hasta el momento suspiró, —no hay la menor señal que indique que tan feliz perspectiva esté a la vista.

Rebel hubiera querido salir corriendo de la habitación, consciente del puño de Luis que oprimía con fuerza el mango de su cuchillo, y que estaba prestando profunda atención a su padre, cuando éste continuó diciendo con tristeza:

—Me siento en parte culpable de eso. Debido a mi egoísmo, a mi entrega absoluta al trabajo. Rebel ha vivido rodeada de hombres; en

consecuencia, ha estado mas celosamente protegida que una monja de clausura.

En respuesta a la risa despreciativa de Saffira, él le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Esto debe parecerle contradictorio señora, pero estoy seguro de que Luis me comprenderá muy bien —miró hacia Luis, que estaba tenso—, y confirmará mi declaración, cuando digo que los exploradores experimentados, los hombres que viven en íntima comunión con la naturaleza, son capaces de añadir muchos kilómetros a su recorrido, antes de asustar a un nido de polluelos; de pasar horas enteras admirando la belleza de una orquídea poco común, enfureciéndose si uno de ellos, sin muy buenas razones, se atreviera a romper el tallo de una flor. ¿Tengo razón o no, Luis? ¿Y sabe usted de un solo caso en que la seguridad de una mujer haya sido amenazada o su confianza traicionada, aún viajando en compañía de un solo hombre?

Rebel jamás había imaginado que podría sentir alguna vez compasión por el arrogante brasileño; sin embargo, cuando lo vio ponerse pálido y su puño apretar el cuchillo, comprendió que estaba siendo torturado por el recuerdo de incidentes que habían tomado en su mente un aspecto de barbarie; que estaba comparando su conducta con la de los animales de la selva.

Hubiera querido tranquilizarlo a gritos, decirle que no importaba, que todo lo que había hecho quedaba borrado por su rostro pálido y demacrado, que pregonaba un mensaje de culpa que podía leer hasta la persona menos perceptiva. Pero para su alivio, ni su padre ni Paulo parecieron poseer suficiente intuición para descifrar su expresión.

No podía decirse lo mismo de Saffira, cuyos ojos oscuros parecían penetrantes como agujas mientras hurgaba en la mente de Luis, tratando de analizar sus pensamientos.

Dirigió una mirada de odio a Rebel y al notar el rubor que había subido a su rostro, se puso de pie para lanzar una mordaz acusación:

—¡Todos los hombres sois crédulos y bobos! ¡Veis inocencia donde una mujer sólo ve culpabilidad, permanecéis ciegos a la verdad que os mira directamente a los ojos! —Su silla cayó al suelo y ella la empujó con el pie para hacerla a un lado, y entonces salió

corriendo como una loca de la habitación. No habían tenido tiempo de recuperarse de su asombro, cuando volvió a entrar llevando un sobre grande que Rebel reconoció inmediatamente.

Cuando adivinó cuál era la intención de Saffira, trató de expresar su protesta; pero sólo logró lanzar un grito ahogado.

—Si su inocente hija es tan comunicativa con su cámara, profesor —dijo con aire de triunfo, poniendo un montón de fotografías sobre la mesa—, entonces, ¿qué mensaje descifra usted de esto?

Rebel cerró los ojos para hacer desaparecer de su vista aquellas fotografías que desnudaban su alma. Eran fotografías de Luis riendo, de Luis con el ceño fruncido, alegre, pensativo; de Luis tomando el sol, nadando en la laguna, limpiando el cañón de su rifle; de Luis rodeado de un grupo de chiquillos…

De pronto se dio cuenta de que no soportaría enfrentarse por más tiempo a la expresión de asombro de Luis, ni al desprecio de Saffira, satisfecha al ponerla en ridículo. Con la mirada baja, se levantó de su asiento y corrió hacia la puerta. Cuando su mano tomó contacto con el picaporte, tiró de él con fuerza para abrir la puerta y huyó corriendo, dejando tras de sí, en la habitación sumida en el silencio, el eco de un sollozo ahogado, que revelaba un corazón hecho pedazos.

Capítulo 15

El primer instinto de Rebel fue correr hacia su dormitorio, pero a mitad del vestíbulo cambió de idea y se dirigió hacia la salida más cercana, porque sentía que los muros de la casa se cerraban sobre ella como una trampa.

Rebel salió corriendo de la casa, en dirección a la selva, sintiendo la incomodidad de los zapatos, que no eran apropiados para correr. Si se hubiera detenido a pensar, habría reconocido la tontería de buscar refugio en una selva que de noche era todavía más inhóspita que de día. Pero ella estaba desconcertada y enloquecida por el pánico.

Cuando había avanzado unos metros hacia el interior de la selva, fue detenida con brusquedad. Su falda, había quedado prendida en un arbusto espinoso. Trató de liberarse, pero cuanto más tiraba, más parecía extenderse la delicada falda y más quedaba sujeta a lo que le daba la impresión de ser un millar de pequeños puños decididos a retenerla como prisionera.

—Parece, señorita, que mi destino es estar siempre rescatándola de las consecuencias de sus propias tonterías…

El violento estremecimiento que esa voz le causó, produjo un sonido de rasgadura de tela lo suficientemente fuerte como para disimular el sollozo que escapó de su garganta cuando vio la elevada figura de Luis erguirse a poca distancia de ella.

—¿Es que no hay límite para tus tonterías? —preguntó con voz cortante, mientras avanzaba con paso rápido hacia ella—. ¿No has puesto ya demasiado a prueba mi paciencia y mi resistencia, obligándome a seguirte hasta el interior del Amazonas, a rescatarte

de las lanzas del jefe de la tribu y después, en el camino de regreso, a curar los efectos de un peligro que hasta un niño habría sido capaz de evitar? ¿Te dejó tan poco impresionada tu anterior exposición a las bajas temperaturas, que no dudaste en arriesgarte a pasar otra noche en la selva, con un vestido tan ligero que es como si no llevaras nada puesto?

La impresión la dejó rígida cuando, con una violencia controlada todavía más temible que la que había empleado hasta entonces, la arrancó de la prisión de las espinas, se quitó la chaqueta y le cubrió con ella los hombros.

—¿Te sientes más caliente ahora? —preguntó—. ¿Lo bastante caliente como para que pueda detenerte unos minutos y me respondas a varias preguntas?

Ella empezó a protestar.

—Sí, pero…

—Sin evasivas, por favor —le ordenó con aire sombrío—. Quiero respuestas francas y directas.

De pronto Rebel empezó a temblar aunque no de frío porque sentía el cuerpo rodeado por la intimidad de una chaqueta todavía tibia con el calor del cuerpo amado. Pensando que el frío era la causa de su estremecimiento, Luis lanzó una maldición entre dientes y bajó las manos que le tenía puestas en los hombros, para rodearla con un abrazo consolador.

Ella no podía verle la cara, pero sus palabras sonaban como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo, cuando le preguntó en tono acusador:

—¿Por qué me hiciste creer que intentabas casarte con Paulo?

—No lo hice —dijo ella con voz ahogada, sintiendo que su proximidad le cortaba la respiración—. Al menos, no intencionadamente. Cuando abordaste el tema, me imaginé que te estabas refiriendo a mi premio.

—¿Y qué excusa puedes ofrecer a tu otro engaño deliberado? —le preguntó, con tono desafiante—. ¿Por qué te esforzaste tanto en dar una imagen mundana, lanzando insinuaciones para dar la impresión de que eras tan liberada como la mayor parte de las chicas educadas en las llamadas sociedades progresistas? Tú debes haberte dado cuenta de que me disgusta y desapruebo todo tipo de conducta inmoral, pero tú persististe en tu falsedad. ¿Por qué?

De pronto sus lastimados sentimientos se rebelaron contra una nueva humillación. Era necesario que él nunca supiera cómo su indiferencia al amor que ella sentía por él le había hecho actuar y representar un papel que era opuesto a su naturaleza. Con toda probabilidad, en el futuro, él y Saffira especularían divertidos sobre lo contradictorio de su conducta; pero al menos ella podía negarles la satisfacción de saber que era tan ingenua e inexperta en cuestiones de amor, como su padre había sugerido.

Llena de orgullo, levantó la cabeza para mirar desafiante los ojos de Luis.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que era falso lo que yo decía, señor? —Logró lanzar una risilla aguda—. Justifico las ideas conservadoras de mi padre, adecuadas a su edad; pero, sin duda alguna, usted es demasiado inteligente para esperar que las mujeres seamos frágiles, que nos sonrojemos a la menor provocación, o que nos desmayemos si un hombre llevara demasiado lejos sus requiebros amorosos, ¿no es cierto? No me gusta destruir las ilusiones de mi padre —dijo con voz burlona—, pero no se me ocurrió que usted también estaba en peligro de perder las suyas.

—¡Lo estás haciendo otra vez! —murmuró entre dientes y su mano asió la cintura de ella con fuerza—. Estás insinuando que eres una linda gata que te deslizas por las selvas del mundo en busca de machos. Si ése fuera realmente tu caso, ¿por qué me dejaste tantas veces frustrado? Sospecho que una vez más me estás diciendo una mentira —rugió furioso—, ¡lo que significa que no me dejas otra alternativa que demostrar que mi teoría es la correcta!

Rebel luchó por evitar besos que eran una amenaza para su cordura, pero él la aprisionó contra su cuerpo con un brazo de acero.

Mucho tiempo después, cuando los besos de él habían vencido toda resistencia por parte de ella, cuando su espíritu había sido domado, Rebel sintió que aquellas manos lo bastante fuertes para manejar un machete empezaban a temblar de pronto y vio que la incertidumbre penetraba en sus ojos.

—¡Querida! —gimió él, con voz ronca de tensión—. Mi bienamada, nunca me imaginé que el amor fuera un tormento tan terrible, una agonía de dudas e incertidumbres…

Titubeante, Rebel trató de hablar, tragó saliva con esfuerzo y

volvió a intentarlo.

—No lo entiendo… ¿está tratando de burlarse de mí, señor?

—No, mi amor, claro que no —dijo él, con una mezcla de súplica y de enfado—. Pero ¿podrías realmente quejarte si lo estuviera haciendo, considerando la forma en que has manipulado mis sentimientos? Desde que apareciste en mi vida, me he visto obligado a enfrentarme a una serie de emociones completamente nuevas para mí. Me has abrumado, confundido y enloquecido, me has hecho sentir furioso, salvaje, tiernamente protector y en los últimos días —la opresión que ejercía sobre ella se hizo más intensa por el esfuerzo de tener que admitir aquello—, ¡hasta he tenido que luchar contra un deseo intenso de asesinar a Paulo!

Las lágrimas hicieron borrosa su vista, clavada en aquel rostro, como si dudara de que él fuera capaz de tales debilidades.

—¡Di algo mi amor! —suplicó Luis.

Rebel sentía que las emociones se habían convertido en un torbellino incontrolable.

—¿Cómo puedo creerte cuando me demostraste tan poco respeto como el que los nativos demuestran a sus esposas, cuando la ofrecen al visitante ocasional? Además —el recuerdo la hizo estremecerse de dolor—, tú dijiste que me encontrabas atractiva solo debido a la escasez de mujeres en la selva.

—Cuando un hombre se siente acorralado, recurre a cualquier tipo de defensa —le aseguró con suavidad. Entonces, con una nueva ternura en la voz que llegó hasta el fondo del corazón de Rebel, abandonó todo su orgullo para disculparse—. Lamento terriblemente haberte causado tanto dolor, amor mío. Gracias a Dios eres una mentirosa tan poco convincente, que nunca me decidí a aprovecharme de tu vulnerabilidad, en especial, no lo hice durante esa noche de infierno en que dormiste en mis brazos, inocente como una niña… fue esa noche cuando comprendí que lo que sentía por ti no era sólo deseo, sino amor, el tipo de amor que un hombre sólo puede sentir por la mujer a la que desea hacer su esposa, la madre de sus hijos —con voz tensa agregó—: Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Como sé lo sensible que eres al dolor de los animales indefensos, estoy seguro de que no me querrás torturar haciéndome esperar demasiado tiempo tu respuesta.

—¡Oh, mi amor…! —exclamó ella.

Incapaz de decir una palabra más, se perdió en sus brazos y fue levantada en vilo por *Curupira*, el salvaje del Amazonas, al que sólo el amor había logrado domar.

FIN



MARGARET ROME es una autora inglesa de novelas de amor. Empezó a escribir pasados unos años de haberse casado y criado a su hijo. La mayoría de sus libros se desarrollan en Inglaterra, pero hay algún en lugares más exóticos. Ha escrito más de treinta libros.